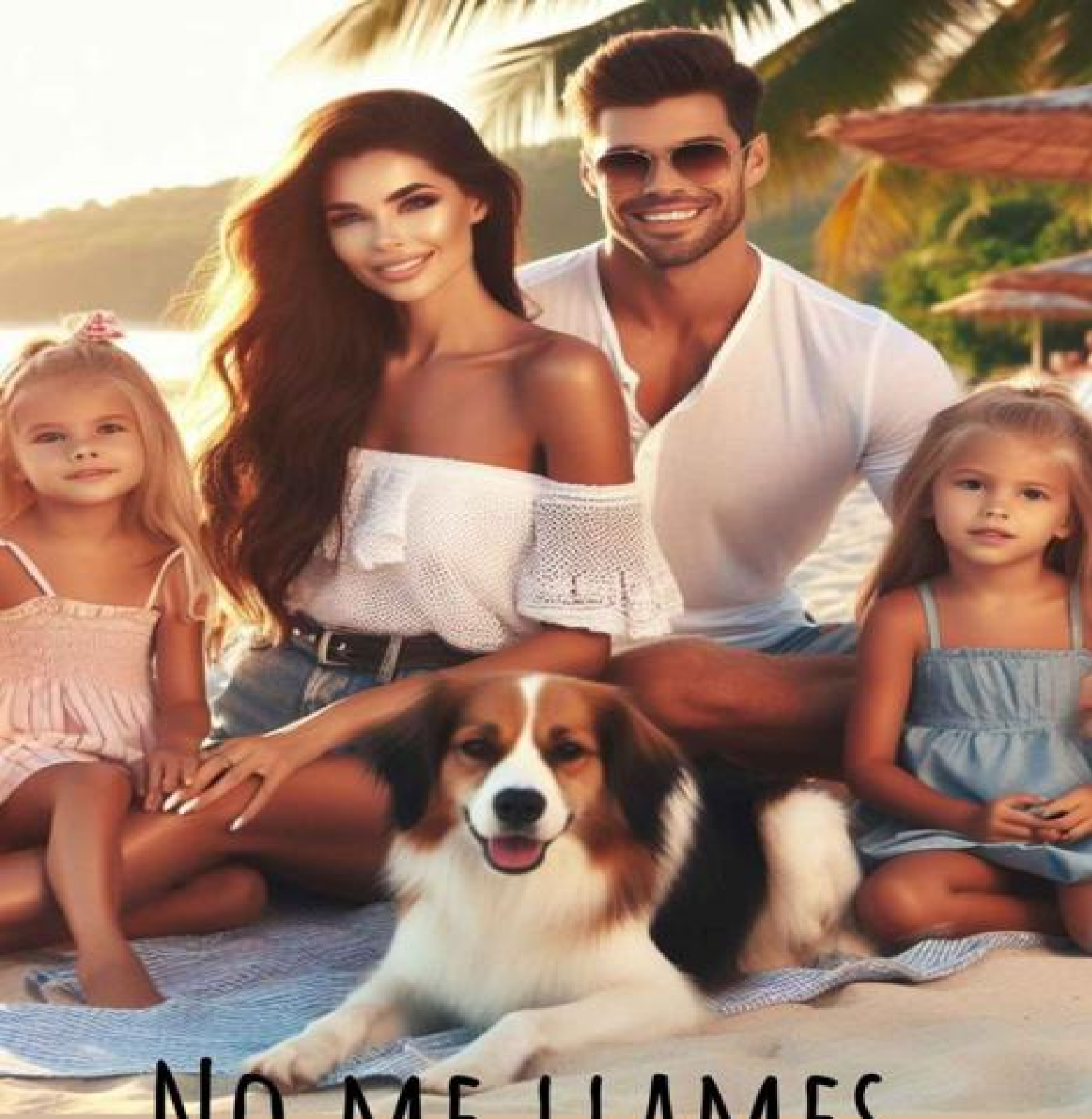


No me llames Baña Perros 2

Iris Vermeil

NO ME LLAMES BAÑA PERROS 2

← Todos los derechos reservados

Quedan prohibidos dentro de los límites establecidos por la ley y bajo los apercibimientos legales previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

Esta es una obra de ficción creada únicamente por el autor. Cualquier parecido con otras personas, así como, lugares y situaciones son pura coincidencia.

Título: No me llames Baña Perros 2

← Copyright 2024 – Iris Vermeil

Primera edición, Junio 2024.

Índice

1
2
3
4
5
6
7
8
9
10

1

Nuestras risas cómplices resuenan bajo las sábanas.

—Mmm… Hugo… que juguetón te has despertado… —susurro para que las niñas no nos oigan.

Debe ser temprano. Ni siquiera hemos mirado la hora, pero los rayos de sol indican que ya ha amanecido.

Él, mientras tanto, devora mi cuello hasta el lóbulo de mi oreja estremeciéndome la piel. Amasa mis pechos, los junta, pellizca mis pezones y cuando el calor sube más… y más… en ese punto exacto donde estamos a punto de hacer el denominado "mañanero" unos pasos secos se aproximan como un *Tiranosaurio Rex*.

La puerta se abre rápidamente y de par en par. Algo, o, mejor dicho, alguien se lanza encima de nosotros.

—¡Au! —exclamo.

—¡Es hoy! ¡Es hoy!

—¡Gisela!

Por si una fuera poco… ¡Emma viene de camino despelucada junto con mi perra *Gala*! Y repiten la misma acción. Emma pisotea el duro abdomen de su padre y a mí, la perra me pone toda la pata en la boca. ¡Qué rico olor a *cheetos*!

Nos han cortado el rollo, y, a pesar de que no es la primera vez, me siento de lo más afortunada por tenerles a todos ellos en mi vida.

—Papá, Helena, vamos levantaros… que hoy nos vamos de vacaciones -dice Emma.

—¡Síii! ¡Hoy vamos a montarnos en coche!

Nos miramos sonrientes. Salimos los cinco de la cama. Preparamos el desayuno, unas tostadas con quesito y zumo de frutas, para Hugo su buen café… ¡Cómo no!

Tras ello, dividimos tareas mientras él en el baño viste y peina a las niñas con un par de coletas a los lados yo repaso las maletas para que no se nos olvide nada.

—Cariño, ¿el protector solar lo has metido en el neceser? —pregunta Hugo desde el baño.

—¡Sí! —respondo desde el comedor—. ¿Tu metiste las chanclas de piscina?

—También.

—¿Dónde?

—En la bolsa negra.

Cielos… esto de salir de vacaciones estresa muchísimo.

—¿¡Pero por qué vamos tan cargados para una semana!? —exclama.

—Hombre, siempre puede haber imprevistos.

—Oh, cielos —suspira resignado.

—Chiquitinas estáis preciosas -les doy un beso en la frente a cada una—. Os dejamos llevaros un juguete solamente. Vamos, cogedlo.

Las niñas, que les encanta ir conjuntadas, salen corriendo a su habitación a rebuscar qué muñequito llevarse.

—Pero Helena, si después nos van hacer comprar alguno en el parque… —dice en tono de reclamo.

—Déjalas… son niñas, han de jugar -comento en tono sosegado—. De esa forma en el coche se distraen.

Nuestras vacaciones van a ser en un parque de atracciones donde nos alojaremos durante una semana en uno de los hoteles con piscina que ofrecen. Estoy segura que serán muy moviditas y divertidas. ¿Nos acompañáis?

A mí, me hacen mucha falta. Estoy agotada de trabajar en la peluquería canina. Hugo igual, todo el día patrullando la ciudad en horario de turnos rotativos.

Salimos por la puerta y… ¡Zas! Ahí está la vecina cotilla de turno en bata y zapatillas de flores preguntando que si nos vamos de vacaciones… ¡Pues claro! ¡¿Es que no es evidente? Pienso para mis adentros, pero yo me callo y dejo que hable Hugo, que yo no la soporto.

Cuando nos deja ir, bajamos en ascensor hasta el parking. Primero nos paramos a repostar en la gasolinera y seguidamente, dejamos a mi *Gala* en casa de mis padres. ¡Hasta el perro se va de vacaciones! Pues allí tiene una terraza enorme para correr y saltar, además que, en casa de los Sainz, mi madre le va a cocinar pollo con arroz y mi padre estoy segura que la cebará a golosinas. Cuando vuelva, ni la reconoceré. Pero no puedo quejarme mucho, al menos ellos son felices y a nosotros nos hacen el favor de cuidarla estos días.

El trayecto es calmado, no hay mucho bullicio porque es temprano. El cielo despejado augura que serán unos días calurosos de agosto de gozo y mucho sol. Ha pasado un año largo desde que Hugo y yo empezamos a salir, desde entonces, nuestra relación se ha asentado y ha madurado. El tiempo a su lado se pasa volando y es que no podía haber encontrado mejor persona que él. Además de padrazo, es noble, respetuoso, trabajador, cariñoso… ese hombre con el que todas soñamos. Aunque tiene sus defectos como todo el mundo y no voy a negar que hemos tenido ningún roce, no pasa nada porque nos complementamos muy bien y tenemos muy buena comunicación. Compensa, cada minuto a su lado, adoro a este hombre y sé que él a mí también. A los pocos meses me fui a vivir con él y con sus hijas, dejando atrás mi piso de soltera. Esas gemelas son lo más dulce que hay en el mundo, aunque cuando sacan la testarudez de su padre me vuelven loca. Y, aunque me he tenido que adaptar al cambio, a sus horarios, normas, a la manera en que Hugo quiere educarlas y transmitirle valores, lo hemos gestionado de la mejor forma posible y no cambiaría mi vida de “madre” ahora por nada del mundo. Aunque no las haya parido yo, les he cogido mucho cariño. Y es que madre no es solamente la que pare, sino la que está ahí en todo momento, también.

Durante el viaje las niñas ven una película de dibujos animados y juguetean entre ellas al “veo veo” Hugo y yo escuchamos música. ¿Hemos hablado alguna vez de lo sexys que son los hombres conduciendo? Seré yo que estoy en plena ovulación y mis hormonas se sienten como en un campo de flores, pero… ¡Qué brazos! ¡Qué perfil!

—¿Tienes ganas de llegar?

—Sí, muchas, son nuestras primeras vacaciones en familia —respondo.

—Mira que de joven solía venir mucho con mis colegas a este parque de atracciones, pero contigo es la primera vez —acaricia mi muslo.

—Te va la adrenalina.

—Ya sabes que sí.

Charlamos animadamente, cuando, de repente, Emma comienza a sentirse mareada. Sus ojos están vidriosos y su piel ha palidecido. Le doy un poco de agua, pero comienza a sentirse aún peor. No puedo evitar preocuparme por ella, así que le sostengo la mano con ternura. Cuando finalmente en una rotonda sucede lo que temía: Emma vomita. Mi corazón se encoge de

preocupación y empatía mientras Hugo detiene el coche en el arcén y ambos nos apresuramos a ayudarla.

Hugo saca una bolsa de plástico del compartimento de la guantera y la sostiene, mientras Emma continúa devolviendo. Gisela mira con preocupación a su hermana gemela, y yo la consuelo mientras acaricio su espalda.

Finalmente, la pequeña se siente mejor después de desahogarse. Le damos un dulce y un pañuelo para limpiar su boca.

Después de asegurarnos de que la niña está cómoda, limpiamos el coche y seguimos nuestro viaje. Todo va sobre ruedas hasta que nos encontramos un desvío inesperado debido a una nueva construcción en la carretera.

—Estoy nerviosa con todo esto.

—Tranquila, esto sólo añade un poco de emoción al trayecto.

Hugo se da cuenta de que ha perdido el rumbo mientras conduce después del incidente de Emma. Mira el GPS, pero no logra identificar dónde se encuentra exactamente. Le miro con sorpresa y un poco de preocupación.

Decidimos intentar volver a la carretera principal, pero las señales parecen confusas y la falta de señal de GPS en nuestros teléfonos no ayuda en absoluto. Las risas y el entusiasmo del primer día de vacaciones se han convertido en un ambiente tenso en el coche.

Hugo, que tiene un gran sentido de la orientación, sugiere una dirección que cree que nos llevará al parque de atracciones. Yo, con una sonrisa, digo:

—Confío en ti, cariño. ¡Sigamos tu intuición!

Nos adentramos en un camino secundario, pasando por una explanada enorme y árida. Aunque la situación es un poco incierta, ambos mantenemos el ánimo en alto y empezamos a disfrutar de la belleza de la naturaleza que nos rodea.

Finalmente, después de algunas vueltas y revueltas, encontramos una señal que nos lleva de regreso a la carretera principal. Después de un rato, al fin llegamos al parque de atracciones, donde la diversión nos espera. A pesar de nuestro pequeño desvío, esta imprevisible aventura de perdernos no nos ha hecho olvidar que estamos de vacaciones.

—Los mejores momentos surgen de las situaciones más imprevistas.

—Así fue cómo nos conocimos -me guiña un ojo y yo me pongo tonta, pero tonta como una adolescente.

Cuando aparcamos, sacamos todo el equipaje y pasamos al interior del hotel. Nos quedamos boquiabiertos. El hotel esta tematizado con inspiración del salvaje oeste, con una fachada de madera y letreros pintorescos que recuerdan a una antigua ciudad fronteriza. Nos emociona la idea de alojarnos aquí y experimentar algo diferente.

La recepcionista, una mujer vestida con atuendo muy acorde a la decoración con un sombrero vaquero, nos da una cálida bienvenida detrás del mostrador de la recepción.

—¡Bienvenidos al Hotel Rancho! ¿Cómo puedo ayudarles hoy?

—¡Hola! -dice Hugo—. Estamos aquí para registrarnos. Tenemos una reserva a nombre de la familia Pereira.

—¡Claro, déjenme verificarlo... Ah, ¡aquí está! Tienen una habitación familiar en la Cabaña del Sheriff. Les daré las llaves denme un momento.

Las gemelas están emocionadas por la atmósfera del hotel y observan con curiosidad los detalles decorativos de estilo occidental, como las lámparas de aceite y las fotos antiguas de hombres montando a caballo en las paredes.

—Aquí están sus llaves, tienen la número 7. Solo sigan el camino de madera, la encontrarán fácilmente. Y, por cierto, esta noche tenemos una cena temática en el Salón del Rancho. ¡Esperamos verlos allí!

—¡Gracias! —añado—. Estamos ansiosos por la cena temática.

Con las llaves en mano, nos dirigimos a nuestra cabaña. Al entrar, nos encontramos con una acogedora habitación que sigue la misma temática, con muebles de madera y detalles rústicos. Las niñas están como locas por dormir en una litera que se asemeja a un vagón de tren.

—¡Esto es genial! Las niñas van a pasárselo en grande aquí.

—Estoy segura y nosotros también.

Después de instalarnos en nuestra cabaña, nos dirigimos al parque de atracciones.

El sol brilla en el cielo, hace un calor abrasador. El ambiente está lleno de sensaciones increíbles. Hugo y yo estamos listos para disfrutar de las atracciones con Emma y Gisela, que no pueden contener su entusiasmo y están saltando de alegría como ranas en una poza.

Comenzamos el día montando en la montaña rusa más suave del parque. Mis manos sudan y mi corazón late mientras rápido subimos a la cima de la colina. A mí todo me da miedo aquí. Sin embargo, a mi lado, Hugo está emocionado como un niño más. Gisela ríe a carcajadas, mientras que Emma parece un poco nerviosa, pero decidida a disfrutar.

La caída es espectacular para ellas, y todos gritamos de emoción mientras bajamos a toda velocidad. Al final del trayecto, estamos todos con una gran sonrisa en el rostro, ansiosos por repetir la experiencia.

Luego, nos dirigimos a un carrusel, donde las pequeñas eligen cuidadosamente sus caballos y disfrutan dando vueltas al son de la música. Hugo y yo nos miramos y compartimos una risa cómplice, disfrutando de la simple belleza de verlas felices. Después de unas horas llenas de diversión en las atracciones, sugerimos hacer una pausa y gozamos de un delicioso almuerzo en el parque. Compartimos pizzas y patatas fritas mientras conversamos sobre cómo está yendo en las atracciones. Por la tarde, exploramos el parque en busca de más emociones. Montamos en una rueda de la fortuna y admiramos las vistas panorámicas del parque. Las niñas insisten en probar todos los juegos de feria, desde lanzar aros hasta derribar latas.

Una de las atracciones más divertidas son las canoas que suben y bajan a toda velocidad por un río de aguas bravas. Nos ponemos chubasqueros y subimos a la canoa con entusiasmo. Mi policía favorito, se sienta frente a Gisela, yo me siento en el medio con Emma, y la aventura comienza. El recorrido empieza tranquilo, pero pronto nos enfrentamos a rápidos y cascadas.

La primera ola nos golpea, empapándonos por completo. Las gemelas ríen a carcajadas mientras las gotas de agua salpican por todas partes. Hugo y yo no podemos evitar reír también ante su entusiasmo contagioso.

A medida que avanzamos, la agitación aumenta. Pasamos por una cascada que nos sumerge en una nube de agua pulverizada. Hugo y yo estamos completamente empapados, y las pequeñas están casi irreconocibles entre las risas y el agua que salpica.

Emma grita de alegría mientras sorteamos las olas y Hugo se inclina hacia atrás en un intento de esquivar una corriente de agua. Esto solo hace que terminemos aún más mojados. La risa llena la balsa mientras continuamos nuestra aventura acuática.

Llegamos al final del recorrido, completamente empapados pero llenos de risas y diversión. Salimos de la balsa riendo y mojados hasta los huesos.

—¡Esto ha sido épico! —dice Hugo—. ¡Estamos completamente empapados!

Las niñas están felices mientras nos reímos de nuestras pintas.

—¡Definitivamente, lo mejor que hemos hecho es venir aquí!

Terminamos el día con una caminata de vuelta a nuestra cabaña, todo riendo y disfrutando. A pesar de estar empapados, esta experiencia ha sido el broche perfecto para este primer día.

En nuestra intimidad ducho a las gemelas y les seco el pelo, Hugo les prepara la ropita que lucirán esta noche. Seguidamente nos duchamos nosotros rápidamente, pero con la picardía de tenernos desnudos. Disimulamos nuestra atracción ya que las pequeñas están muy cerca…

Hugo es sugerente y me confiesa las ganas que tiene de hacerme el amor. Me sonrojo.

—Esta noche… Mientras duerman…

—Me da corte cariño…

—Estarán agotadas, mi vida, y ellas dormirán en la otra cama grande.

—Espero no dormirme yo también.

Reímos.

Cenamos en el Salón del Rancho para disfrutar de la cena temática. La atmósfera está llena de música country y decoraciones de época. Comemos hamburguesas a la parrilla y disfrutamos de un espectáculo de música en vivo.

A medida que cae la noche, estamos encantados de haber elegido este hotel para alojarnos. Os lo recomendamos.

El día termina con una espectacular exhibición de fuegos artificiales. Nos sentamos juntos, abrazados, mientras los colores y destellos iluminan el cielo nocturno. Este primer día en el parque ha sido para no olvidar, lleno de risas. Estamos deseando ver lo que el resto de nuestras vacaciones nos deparara.

—Ha sido un día fantástico.

—Os adoro mis niñas…

—Te amo Hugo.

Nos besamos.

2

Al día siguiente, nos despertamos temprano en nuestra acogedora cabaña. El aire fresco fluye por la ventana, y el aroma a pan recién horneado nos atrae hacia el comedor del hotel. Decidimos disfrutar de un desayuno en familia, el lugar también está decorado con el mismo estilo rústico que el resto del lugar, con mesas de madera y sillas de cuero. Las niñas están emocionadas por lo que les depara el día y no paran de hablar.

Nos sentamos en una mesa cerca de una ventana con vistas a un paisaje montañoso espectacular. La camarera, vestida con atuendo de campesina, nos da la bienvenida con una sonrisa amable y nos trae el menú del desayuno.

—¿Qué os gustaría para el desayuno, chicas? —pregunto.

—¡Tortitas, por favor! —exclama Gisela.

-Yo quiero cruasanes de chocolate —dice Emma.

-Yo me voy a pedir una buena taza de café negro -añade Hugo.

Pedimos nuestras comidas y compartimos anécdotas del día anterior, recordando con cariño la atracción de las canoas. Las risas llenan la mesa.

Cuando llega la comida, las niñas disfrutan de sus tortitas y cruasanes de chocolate. Hugo y yo saboreamos unos buenos huevos revueltos con beicon, yo con mi zumo de naranja y Hugo con el café negro que pidió.

—Helena, papá, ¿podemos volver a montar en la balsa hoy? —comenta Gisela.

—¡Claro que sí, si eso es lo que queréis!

—Y también quiero montar en el carrusel otra vez —sugiere Emma.

—Entonces, después del desayuno, planificaremos el día en el parque.

Disfrutamos de nuestro desayuno sabiendo que otro día de aventuras y diversión nos espera.

***

Al entrar al parque las gemelas van directas a una tienda infantil con todo tipo de recuerdos, imanes de nevera, bolsas, camisetas, peluches... Se encaprichan de todo lo colorido que ven, y finalmente les convenzo para que escojan lo que más les guste.

—¿Te gustó anoche? -susurra Hugo detrás de mi mientras ellas escogen.

Me muerdo el labio. Le miro con deseo rememorando nuestro encuentro. Hugo y yo esperamos que Emma y Gisela se quedasen profundamente dormidas. Una vez que estuvimos seguros de que estaban descansando plácidamente, decidimos revivir entre caricias y pasión el momento en que nos conocimos.

Encendimos una lámpara tenue que emitía una suave luz dorada, creando un ambiente cálido y romántico en la cabaña. Hugo me miró con esos ojazos pardos llenos de amor y cariño, y no pude evitar sonreír ante su mirada. Nos metimos en la cama.

—¿Recuerdas la primera vez que hablamos? —preguntó.

—Claro que sí, parece que fue ayer cuando me pusiste aquella dichosa multa.

—Me sacaste de quicio.

—Y tú a mí… ¿qué te crees? —reímos.

—Pero pensé que eras preciosa con tu mal genio y tu orgullo.

Nos acercamos lentamente, compartiendo un abrazo que transmitía toda la complicidad y amor que compartimos. Las palabras se volvieron innecesarias mientras nuestras miradas hablaban por sí solas.

—Además pensé… este culazo no me lo pierdo —lo agarró fuerte.

—Siempre me has hecho sentir muy mujer…

—Esta noche no será la excepción -me devoró los labios.

Apagó la luz. Compartimos besos apasionados mientras nuestros corazones latían al unísono. La atmósfera erótica nos envolvió, mientras revivimos la pasión que nos ha mantenido unidos. Me recordó también, cuando nos quedamos encerrados en la peluquería canina e hicimos el amor salvajemente en la mesa.

La noche pasaba lentamente, llena de amor y complicidad. Hugo me masturbó el clítoris con sus finos dedos e hizo que me derritiera en un explosivo, pero a su vez sutil orgasmo. Entonces, me hizo el amor de lado, suavemente. Sin ruidos, sin gemidos, sin gritos como estábamos acostumbrados en nuestros encuentros. Qué ganas tenía de notar su miembro húmedo y terso dentro de mí. Nuestros labios se apretaron mutuamente, se sellaron para que no saliera ni un suspiro. Finalmente terminamos y nos quedamos dormidos en los brazos del otro.

—El sexo contigo siempre me va a gustar —le doy un beso corto en los labios y pongo atención en Emma y Gisela.

Echo una mirada a las niñas que se encuentran en un rincón de la tienda donde se exhiben una variedad de peluches adorables que representan animales.

—Mira Helena, ¡estos peluches son tan bonitos!

—¡Sí, Emma, son de lo más achuchables! ¿Quieres uno?

Examinan cuidadosamente los peluches, acariciando sus cuerpos suaves y esponjosos. Hay osos, bisontes, pumas y hasta un lobo, cada uno con un toque único y detallado que los hace especiales.

—Niñas, ¿cuáles os gustan más?

—Sí, podéis elegir uno como recuerdo de nuestro viaje.

Las niñas intercambian miradas cómplices antes de tomar su decisión. Finalmente, Emma elige un osito marrón con un sombrero vaquero y Gisela opta por un bisonte con un pequeño pañuelo alrededor del cuello.

—¡Estos serán nuestros nuevos amigos de viaje! —exclama Emma.

—¡¡Sí!!

Hugo y yo sonreímos ante su elección y vemos cómo las niñas abrazan con cariño a sus nuevos amigos de peluche. Sabemos que estos pequeños compañeros se convertirán en recuerdos especiales cuando sean más mayores.

Tras la compra, nos percatamos que hay un espectáculo con aves rapaces por empezar en breve, en una zona acondicionada del parque. Nos interesamos y decidimos asistir ahora que el sol no aprieta mucho. Llegamos al lugar del espectáculo, donde nos sentamos en las gradas junto a otros visitantes, todos ansiosos por presenciar la majestuosidad de las aves. El presentador, vestido como un auténtico vaquero, se para en el centro del escenario y comienza a hablar sobre las aves que veremos.

—¡Bienvenidos al espectáculo de Rapaces del Salvaje Oeste! Hoy les mostraremos la grandeza y el poder de las águilas y los halcones, los auténticos reyes del cielo.

Todo el público aplaude.

Con un gesto elegante, el presentador llama a un halcón, que vuela desde un rincón del

escenario y se eleva en el aire. Las niñas están fascinadas mientras observan al halcón girar y dar vueltas en el cielo.

—¡Mirad cómo vuela! Es realmente impresionante.

—Sí, es increíble cómo estas aves pueden dominar los cielos —añado.

El espectáculo continúa con la aparición de un majestuoso águila calva, el símbolo de América. Sus alas se extienden con elegancia mientras vuela sobre nuestras cabezas. Gisela y Emma aplauden emocionadas.

Después de varias demostraciones más, el presentador invita a un águila dorada a volar hacia nosotros. Todos mantenemos la respiración mientras el majestuoso ave se acerca y aterriza en un poste cercano. Sus ojos agudos miran a la audiencia mientras el presentador explica más sobre esta asombrosa especie.

El espectáculo concluye con un emocionante vuelo de un águila pescadora que atrapa un pez en pleno vuelo desde un estanque artificial.

Al final del espectáculo, salimos todos con una profunda admiración por esta magnífica demostración.

Tras eso, decidimos darles a las niñas la oportunidad de divertirse en el área infantil del parque, supervisadas por monitores y rodeadas de otros niños que también están disfrutando de las actividades. Sabemos que estarán en buenas manos mientras Hugo y yo aprovechamos para montarnos en una montaña rusa extrema.

Una vez llegamos, la fila es larga, lo que nos da tiempo para ponernos aún más nerviosos y conversar sobre la experiencia que nos espera.

Cuando al fin llegamos al frente de la fila y subimos al vagón de la montaña rusa, la adrenalina fluye por nuestras venas. El ruido de las vías de acero y el rugido de ésta nos hacen sentir vivos.

—¡Esto va a ser increíble! —exclamo.

—¡Definitivamente, cariño! —grita—. ¡Listos para la aventura!

Nos aseguran bien. El vagón comienza a moverse y sube lentamente a la cima de la primera colina. La vista desde lo alto es impresionante, pero la altura y la velocidad comienzan a marearme. Sin embargo, la emoción de la caída me mantiene en el asiento.

Cuando finalmente descendemos a toda velocidad, gritos de emoción se escapan de nuestros labios. La velocidad y las vueltas bruscas hacen que mi estómago dé vueltas. Mientras tanto, mi chico se ríe a carcajadas, disfrutando cada segundo de la atracción

—¡Esto es alucinante!

—¡Sí, sí lo es!

La montaña rusa continúa con giros y giros, y aunque me siento mareada, no puedo evitar sonreír ante la emoción que comparto con él. Finalmente, el trayecto llega a su fin, y salimos del vagón con las piernas temblorosas, pero con una sensación de satisfacción.

Al rato, Hugo y yo nos reunimos con las niñas en el área infantil, donde ellas nos cuentan agitadas sobre sus propias aventuras en los juegos. Aunque estoy mareada, estoy feliz.

Decidimos comer en un restaurante que sirve menús deliciosos. Nos sentamos en una mesa al aire libre, disfrutando del cálido sol mientras examinamos el menú.

—Estoy deseando probar las costillas a la barbacoa de este lugar.

—¡Suena genial, papá! —dice Gisela—. Yo quiero una hamburguesa con patatas fritas.

—Yo también quiero las costillas a la barbacoa —comento—, y tal vez compartamos una porción de aros de cebolla.

—Macarrones Helena, quiero macarrones con mucho queso —exclama Emma.

—Bien.

Disfrutamos de una comida deliciosa. Sin embargo, mientras estábamos inmersos en la conversación y la comida, un joven sin escrúpulos se acerca a una mesa cercana y roba la cartera de un padre de familia que está distraído. Nadie a nuestro alrededor se percata de lo que ha sucedido, solamente Hugo.

—¡Señor, ese joven le acaba de robar la cartera! —advierte.

El padre, rápidamente, comienza a buscarla en sus bolsillos y a darle la razón. Ahí es cuando Hugo, con su instinto policial, se levanta de su silla con determinación.

—Hugo, ¡¡¿dónde vas?! —pregunto alarmada.

—Voy a por el chico que ha robado la cartera. ¡No puedo dejar que se salga con la suya!

Sin pensarlo dos veces, sale corriendo tras el joven ladrón. El chico se da cuenta de que lo están persiguiendo y aumenta su velocidad, pero Hugo es rápido y decidido.

Las personas alrededor comienzan a darse cuenta de la situación y algunos se unen a la persecución. El ladrón finalmente es acorralado por Hugo que lo detiene hasta que llega la seguridad del parque.

Hugo regresa triunfante, aunque un poco agitado. La gente lo felicita y yo me muero de ganas de gritar *¡Olé mi chico! ¡Olé mi chico!*

—Lo atrapamos -recupera el aliento—. No podía dejar que escapara con la cartera de ese hombre.

—Eres increíble. Siempre tan valiente y decidido.

El padre se acerca a Hugo y le agradece por su ayuda. A pesar del susto, el incidente nos recuerda la importancia de estar alerta y ser solidarios en situaciones inesperadas.

Terminamos nuestra comida con una sensación de alivio. Después de la persecución y el regreso a la normalidad, decidimos continuar con nuestro día y volver a montarnos en la atracción de agua que tanto disfrutamos el día anterior.

Las niñas están emocionadas mientras subimos a la canoa y nos preparamos para la emocionante aventura acuática. Los rápidos y las cascadas nos empapan a medida que descendemos por el recorrido. Las risas y los gritos de alegría llenan el aire mientras disfrutamos de la refrescante diversión.

Al finalizar la montaña rusa acuática, decidimos probar otra atracción. Esta vez, nos dirigimos a una cascada gigante que nos empapa por completo mientras descendemos a toda velocidad. Las niñas ríen y gritan, y Hugo y yo disfrutamos de la emoción de la caída.

Más tarde, mientras paseamos por las pintorescas calles del parque, nos encontramos con unos actores disfrazados que cantan y bailan. Son músicos vestidos al estilo del salvaje oeste, y su música alegre llena el aire. Los niños que están cerca se acercan para ver el espectáculo, y Emma y Gisela no son la excepción. Los personajes les saludan con entusiasmo, haciéndoles sonreír mientras disfrutan de la música y el baile. Disfrutamos del espectáculo mientras las niñas se unen al baile y cantan junto a los personajes. Es un momento alegre y lleno de diversión que agrega aún más magia a nuestro día.

Después de pasar un buen rato, decidimos refrescarnos con unos deliciosos helados. Nos dirigimos a una heladería y cada uno elige su sabor favorito.

—Creo que tomaré un helado de fresa —pienso en voz alta.

—Yo quiero uno de vainilla con chispas de chocolate —añade Hugo.

—¡Chocolate para mí!

—Está bien Emma. ¿Y tú, Gisela?

—También quiero de fresa, como mamá.

—Me has llamado…

Parpadeo dos veces.

Hugo y yo nos miramos emocionados y yo, precisamente, con lágrimas en los ojos ante esta muestra de cariño tan espontánea de parte de Gisela. Es la primera vez que me llama "mamá" de manera tan clara y directa. A pesar de que son pequeñas, ambas son conscientes de que no soy su madre. Saben que su madre, Mónica, se marchó de un día para otro sin dar explicaciones.

—Gisela, mi amor... ¡Gracias!

Gisela sonríe y nos abraza con ternura. Este momento especial nos llena de felicidad por la familia que hemos construido juntos y por los lazos que estamos construyendo.

Con nuestros helados en mano, nos sentamos en un banco cerca de la heladería y disfrutamos de cada deliciosa cucharada. El sol se hace insoportable sobre nosotros mientras conversamos y reímos.

Después de nuestro pequeño descanso, decidimos dar un paseo en el tren del parque. El tren está todo decorado y ofrece un recorrido relajante, lo que nos permite disfrutar de las vistas y la atmósfera.

Mientras el tren avanza lentamente, las niñas se emocionan al ver las réplicas de edificios antiguos del salvaje oeste a lo largo del camino. Los pasajeros saludan y sonríen mientras el tren pasa, creando un ambiente amigable y divertido.

—Este paseo en tren es perfecto para relajarnos después de tanta emoción.

—Sí, y nos permite disfrutar de las vistas, la arquitectura y la naturaleza que lo envuelve.

Las niñas están felices mientras observan con ojos curiosos todo lo que les rodea durante el breve trayecto. Es un momento tranquilo y especial. Con los recuerdos de nuestro paseo en tren y los sabores dulces de los helados aún en la boca, continuamos explorando. Por la noche, tras la cena, decidimos darle a Emma y Gisela la oportunidad de disfrutar de una velada con monitores en el club del hotel. Están emocionadas por la idea de hacer nuevos amigos y pasar un tiempo entretenido.

Hugo y yo nos preparamos para una velada especial para adultos. Nos arreglamos y nos dirigimos al bar exterior del hotel, que ha sido decorado con un ambiente hawaiano exótico para la ocasión. Las luces tenues y la música relajante nos transportan a un paraíso tropical.

Pedimos cócteles exóticos y encontramos un lugar cómodo para sentarnos mientras esperamos el inicio del espectáculo con antorchas de fuego. El ambiente es relajado y alegre, y estamos emocionados por la noche que nos espera.

Poco después, el espectáculo comienza con artistas hábiles que realizan impresionantes malabares con antorchas de fuego y danzas tradicionales hawaianas. El fuego brilla intensamente en la oscuridad, creando un espectáculo hipnotizante.

Mientras disfrutamos del espectáculo, notamos una familia que nos resulta familiar: es la misma familia cuya cartera fue robada esa mañana en el restaurante. Nos acercamos a ellos y los saludamos con una sonrisa.

—¡Hola! Nos encontramos esta mañana cuando tuvieron el problema con la cartera —salta Hugo de lo más expresivo y espontáneo.

—¡Ah, sí! ¡Te recuerdo, Hugo! Gracias de nuevo por ayudarnos.

Nos sentamos juntos y comenzamos a charlar animadamente. Descubrimos que compartimos muchos intereses. Disfrutamos de una agradable conversación mientras seguimos contemplando el espectáculo.

—Es increíble cómo las circunstancias pueden llevar a conocer a personas —salta su mujer.

—Sí, definitivamente —asiento—. A veces, incluso en medio de situaciones complicadas, pueden surgir amistades inesperadas.

La noche continúa y al final de la velada, nos intercambiamos los teléfonos y prometemos mantener el contacto. Nos despedimos con la sensación de haber hecho nuevos amigos y con la esperanza de volver a encontrarnos en el futuro.

3

Al tercer día, decidimos explorar el parque de atracciones de agua. Este lugar está lleno de impresionantes toboganes, una playa artificial y una espectacular piscina de olas que prometen un día apasionante.

Llegamos al parque con trajes de baño y protector solar, listos para sumergirnos. El primer destino es uno de los toboganes de agua más espectaculares. Subimos por una escalera empinada hasta la plataforma de lanzamiento y esperamos nuestro turno. Cuando finalmente llega, nos deslizamos en una especie de donut gigantesco por el tobogán a toda velocidad, sintiendo la adrenalina mientras zigzagueamos por las curvas y giros.

Después de varios viajes en los toboganes, decidimos relajarnos en la piscina de olas. Nos zambullimos en las aguas cristalinas y esperamos ansiosamente el sonido de la sirena que anuncia la llegada de las olas.

Cuando las olas comienzan a formarse, nos dejamos llevar por la diversión. Las niñas ríen mientras saltan sobre éstas y Hugo y yo disfrutamos del refrescante chapoteo.

—¡Esto es genial! ¡Las olas son increíbles!

De repente, algo sale terriblemente mal. El mecanismo que controla las olas comienza a fallar. Estas se vuelven indomables y extremadamente poderosas, creando una situación de pánico entre la gente. Se elevan a alturas alarmantes, rompiendo contra las paredes de la piscina y causando confusión y caos entre los visitantes. La gente grita y lucha por mantenerse a flote mientras las olas los arrastran.

—¡Las niñas Hugo! —grito.

—¡Las tengo, nada hacia el borde!

—¡No puedo!

—Coge mi mano.

Con un esfuerzo conjunto, nos aferramos a las niñas y nadamos hacia el borde de la piscina, luchando contra las olas que amenazan con arrastrarnos. Alrededor de nosotros, otros visitantes también buscan desesperadamente salir de esa situación y estar seguros.

Los socorristas del parque acuático actúan rápidamente y hacen sonar sus silbatos de alerta. Intentan guiar a las personas hacia zonas seguras mientras trabajan en detener el mecanismo defectuoso de la corriente.

La tensión y el miedo se sienten en el aire mientras esperamos ansiosamente que la situación se resuelva. Finalmente, después de lo que parece una eternidad, los socorristas logran detener dicho mecanismo y las olas comienzan a calmarse.

—Estamos a salvo. Está todo bien -intento calmar sus llantos.

—Gracias a Dios que los socorristas actuaron rápido.

La adrenalina sigue corriendo por nuestras venas mientras respiramos aliviados. Después de este incidente aterrador, decidimos tomarnos un tiempo para calmarnos antes de continuar disfrutando del parque acuático. La seguridad de nuestra familia es lo más importante, y agradecemos a los socorristas por su valiente y rápida respuesta para mantener a todos a salvo.

Pero Hugo está visiblemente enfadado por el peligro que enfrentamos debido al fallo en el mecanismo de las olas. Se acerca al personal del parque acuático con una expresión de frustración en el rostro y empieza a expresar su enojo enérgicamente, acompañado por otras

personas que también están indignadas.

—¡Esto es inaceptable! —brama—. ¡No podemos creer lo que acaba de suceder! Este fallo en el mecanismo ha puesto en peligro a todas las personas que nos encontrábamos dentro de la piscina. ¡Han puesto nuestras vidas en riesgo!

—Lamentamos profundamente lo ocurrido —responden con voz sosegada los socorristas-. Fue un problema técnico que no pudimos anticipar.

—¡No es suficiente con una disculpa! —dice otra persona visiblemente afectada—. ¡Hemos venido aquí en busca de diversión! Y nos encontramos todos al borde de un ataque de ansiedad.

—¡Exactamente! ¡Nuestras familias confiaron en la seguridad de este lugar y ha sido aterrador! Queremos una explicación y garantías de que esto no volverá a suceder.

—Entendemos su preocupación y haremos todo lo posible para investigar y prevenir futuros incidentes.

Hugo y las demás personas continúan expresando su indignación y exigen respuestas claras. El personal del parque acuático se compromete a tomar medidas adecuadas y a garantizar que se tomen precauciones adicionales en el futuro.

Después de la reclamación y las disculpas del personal, estos se reúnen con todos los afectado y se lleva a cabo una reunión. Durante la misma, se llega a un acuerdo y se ofrece una compensación económica por los daños y las molestias sufridas.

—Estamos agradecidos por la compensación, pero lo más importante es que se tomen medidas para garantizar la seguridad de todos los visitantes en el futuro—comenta Hugo.

—Comprendemos su preocupación y queremos asegurarles que estamos trabajando activamente en mejorar nuestros procedimientos de seguridad y en evitar que esto vuelva a ocurrir.

Después del incidente, y una vez resuelta la situación, decidimos probar las piscinas del hotel. Necesitamos un lugar tranquilo y relajante para calmarnos y recuperarnos del susto que experimentamos. Hugo y yo nos disponemos a volver a las taquillas para recoger nuestras pertenencias y cambiarnos. Sin embargo, cuando llegamos, nos damos cuenta de que hemos perdido las llaves.

—¡Oh, no! Parece que he perdido las llaves de las taquillas —me informa riéndose.

—Vaya, esto sí que no me lo esperaba —me contagia.

—Al menos, nuestras pertenencias no se han convertido en un tesoro hundido en el fondo de la piscina.

—Eso es cierto. Supongo que tendremos que pedir ayuda al personal del hotel.

Nos acercamos al personal del hotel y explicamos lo que ha sucedido, con una sonrisa comprensiva, nos proporcionan un duplicado de las llaves y nos dirigimos nuevamente a recoger todo lo que habíamos dejado.

—La próxima vez, deberíamos tener un lugar más seguro que el bolsillo de tu bañador para nuestras llaves.

—Sí—dice riéndose sin parar.

Después de recuperar nuestras pertenencias, nos cambiamos y continuamos disfrutando de nuestro tiempo en la piscina del hotel, esta vez asegurándonos de guardar las llaves en un lugar más seguro.

Me encantan estas piscinas del hotel, que son conocidas por su ambiente sereno y su encanto rústico con azulejos verdosos y no turquesas como estamos normalmente

acostumbrados. Las niñas están un poco nerviosas después de lo que ocurrió en el parque acuático, por lo que la piscina del hotel parece ser el lugar perfecto para disfrutar de un tiempo de calidad juntos en un entorno más tranquilo.

Al llegar, encontramos tumbonas cerca de la piscina infantil y nos relajamos mientras las niñas se sumergen en el agua. Las aguas son suaves y templadas, lo que nos permite calmarnos poco a poco.

Mientras las niñas juegan y se divierten en la piscina, Hugo y yo nos percatamos de que aún están un poco nerviosas después de lo ocurrido en el parque acuático.

—Chicas, sabemos que la experiencia de esta mañana en el parque acuático ha sido un poco aterradora, ¿verdad?

—Sí, papá. Las olas eran enormes.

—Nos asustamos mucho.

—Lo entendemos. Pero quiero que sepáis que estamos en un lugar mucho más seguro ahora.

—Exactamente. Y estamos aquí para divertirnos y relajarnos juntos.

—Sí, mamá Helena. ¡Estamos listas para divertirnos!

—Y sabemos que siempre estáis cuidándonos.

Con nuestras palabras, recuperan su entusiasmo y comienzan a disfrutar de la piscina con alegría renovada junto con otros infantes. Hugo y yo nos miramos con gratitud.

—Tus hijas son tan inteligentes y valientes… se parecen muchísimo a ti —comento.

—Helenita… te como —me besa.

—Espero estar haciéndolo bien.

—Lo haces jodidamente bien, amor.

Nos ponemos melosos. Mientras disfrutamos de un momento romántico en el borde de la piscina, las gemelas, no pueden evitar soltar una risa juguetona al vernos dándonos un beso.

—¿Qué pasa, chicas? ¿Os burláis de nosotros?

—Papá y Helena están dándose un beso de amor.

Mis mejillas arden. No sé dónde meterme. Qué bochorno.

—Bueno, a veces los padres también necesitan un poco de romance, ¿sabéis?

Se ríen de forma pilla. Las risas de las niñas llenan el aire, y aunque se burlen juguetonamente de nosotros, es evidente que están felices de vernos juntos.

—¿Con un beso nace un bebé? —pregunta Gisela.

Ay mi madre… ¿¡Y ahora qué!? ¡Socorrooo!

—Esto te lo dejo a ti -murmuro muerta de la vergüenza.

Son curiosas por naturaleza, y su pregunta nos toma un poco por sorpresa. Hugo sonríe ante su inocencia y curiosidad.

—Cariño, un beso es una forma hermosa de mostrar amor, pero no es la manera en que nace un bebé. Los bebés llegan al mundo cuando un papá y una mamá deciden tenerlos y se cuidan mucho.

—Exacto, un bebé es una bendición especial que necesita mucho amor y atención.

—Vosotras fuisteis bebés muy rechonchos y llorones.

Hugo se lanza a hacerles cosquillas y a mojarlas con el agua. Y eso que, a mí, no me gustaban los niños… ¡Quién me ha visto y quién me ve! Las pequeñas asimilan la respuesta, y aunque la pregunta puede parecer inusual, me parece tan inocente la curiosidad infantil y cuán de importante es proporcionar respuestas honestas y comprensibles a sus preguntas.

Decido darme un chapuzón con ellos cuando de pronto se escucha un silbato. Levanto la vista y me encuentro con la socorrista, una joven de melena rubia con actitud chulesca.

—¡Eh, eh, eh! Señora, aquí hay reglas, ¿sabe? Las gafas de sol no están permitidas en la piscina.

¡Uy ese tonito no me mola nada!

—Parece que nos han pillado —murmura Hugo—. Creo que infringimos las reglas de vestimenta.

—¿En serio? ¿Las gafas de sol son motivo de infracción ahora?

—Así es. Las reglas son las reglas. Nada de glamour en la piscina.

—No es glamour, soy miope y las necesito.

—Creo que he sido clara —se cruza de brazos.

Mientras sigue el pulso entre nosotras, noto que la socorrista, además de su actitud estricta, parece echarle un ojo a Hugo. Sus miradas furtivas y sonrisas sugerentes no pasan desapercibidas.

—Y disculpen, pero no se permiten juguetes en las piscinas infantiles. Es para garantizar la seguridad de todos.

—Pero, pero, papá ¡es mi patito de goma favorito! —se queja Gisela.

—¿Y mi flotador con forma de unicornio también está en la lista prohibida?

Me aguanto un estallido de risa.

—Lo siento.

—Bueno, chicas, parece que tendremos que dejar a nuestros amigos de goma fuera del agua esta vez junto con mis gafas -comento más chula que un ocho—. No vaya a ser que provoquen un accidente catastrófico y toda la piscina salga herida por nuestra culpa.

La socorrista enarca una ceja.

—Tranquilas, seguro que encontramos una forma divertida de jugar sin los juguetes —intenta poner paz Hugo.

Las niñas, aunque un poco decepcionadas, asienten y deciden disfrutar del agua sin sus queridos juguetes.

—Cariño, parece que nos toca seguir las reglas. Las gafas de sol quedan fuera del agua.

—Está bien. Gafas de sol retiradas —me las quito y salgo de la piscina para dejarlas en la hamaca.

—Eso está mejor. ¡Disfruten del agua!

La socorrista, con una sonrisa más falsa que una moneda de Popeye, vuelve a su puesto mientras Hugo y yo compartimos una risa cómplice. Parece que incluso la guardiana del agua encuentra tiempo para un poco de diversión en medio de sus responsabilidades.

—He notado eso.

—¿El qué?

—¿Cómo que el qué? Se le caía la baba contigo.

—Cosas tuyas…

—Ay sí… -pongo los ojos en blanco—. Le hacía falta un babero. ¿Estará permitido o tampoco?

Reímos.

—No me extraña con estos brazos…

Los acaricio, los aprieto… duros como el acero.

—Pero soy todo tuyo…

Nos besamos hundiéndonos en el agua bajo la mirada de asco de la socorrista.

***

Esta noche hacen fiesta especial y todos tenemos que ir vestidos de blanco. La fiesta continúa con una cena temática mexicana bajo las estrellas. Las luces parpadeantes crean un ambiente mágico mientras nos sentamos en una mesa decorada con colores vibrantes y detalles festivos.

Hugo y yo compartimos una deliciosa cena mexicana, disfrutando de tacos, enchiladas, guacamole y margaritas mientras las niñas se deleitan con sus platos favoritos nada picantes.

—Esta cena está deliciosa —balbuceo con la boca llena—. Me encanta la comida mexicana.

—Como no… si adoras las telenovelas.

—¡Sí! ¡Amo México!

—Los mejores tacos que he probado en mi vida y este ambiente hace que sea aún mejor.

—¡Mirad estas luces de colores y las decoraciones, son geniales!

—¡Sí! ¡Y la comida es tan sabrosa!

La música mariachi en vivo añade un toque especial a la noche, llenando el aire con melodías alegres que nos hacen sentir como si estuviéramos en una auténtica fiesta mexicana.

De repente, un chico se para en medio de la multitud y, con un anillo en la mano, se declara ante una muchacha con palabras apasionadas y llenas de amor. La escena es emotiva y hermosa, la gente que los rodea aplaude y vitorea mientras la mujer acepta con lágrimas de felicidad.

Observo la escena con una mezcla de envidia y admiración. Por un lado, siento envidia de la pareja que está viviendo este momento tan especial y romántico. Por otro lado, me quedo maravillada por la belleza del amor y la conexión que comparten.

Hugo, que me conoce, nota la expresión en mí y toma mi mano con cariño.

—¿Estás bien?

—Sí, estoy bien. Solo me hace pensar en cosas, eso es todo.

—Cuéntame.

—-Se me despiertan cosas que me hacen reflexionar sobre nuestra relación, pero no quiero hablarlo delante de las niñas.

—Está bien amor, más tarde hablaremos.

Asiento.

Las luces parpadeantes, la música alegre y las emocionantes atracciones crean un ambiente encantador que disfrutamos al máximo. Mientras paseamos por el parque de atracciones, Emma, Gisela y yo nos sumergimos en la diversión de los juegos y las atracciones. Sin embargo, durante un momento tranquilo mientras observamos un espectáculo de fuegos artificiales, Gisela vuelve a mencionar su pregunta sobre los bebés.

—Helena ¿cómo se hace un bebé?

—Bueno, Gisela, es una conversación que podemos tener en otro momento cuando seas un poco más mayor. Es una parte natural de la vida.

—De acuerdo—dice con entusiasmo.

A medida que continuamos explorando el parque y disfrutando de la fiesta, no puedo evitar que la pregunta de Gisela siga rondando en mi mente. Después de un rato, decido hablar

con Hugo sobre ello, ya que es una conversación importante.

—Cariño, quiero hablar contigo sobre algo que me ha estado preocupando. Gisela me ha vuelto a preguntar sobre cómo se hacen los bebés y… siento que podríamos tener uno en un tiempo.

—Ya hemos tenido esta conversación antes. Después de lo que pasó con Mónica, no quiero casarme ni tener más hijos. Mis hijas son suficientes para mí. Eso es lo que te ocurría durante la cena, ¿verdad?

—Sí.

—Helena…

Las palabras de mi pareja me duelen profundamente. Aunque respeto sus sentimientos y sus preocupaciones después de su relación anterior, también siento que sus hijas y yo somos una familia y que la idea de tener un hijo juntos podría ser idílica.

—Mi vida, entiendo tus temores, pero quiero que sepas que estoy dispuesta a seguir adelante con nuestra familia. Adoro a tus hijas y creo que podríamos darles un hermanito o hermanita. Yo te acepté como eras a pesar de tener miedo al comienzo de nuestra relación y…

—No quiero hablar más de esto —dice de forma rotunda—. Ellas son mi prioridad, junto a ti y eso es todo.

La conversación se vuelve incómoda, aunque le ame y aprecie a sus hijas siento una profunda tristeza por la brecha que se ha creado entre nosotros debido a nuestras diferencias en cuanto a tener más hijos en común.

4

Siento un nudo en el estómago mientras la distancia entre Hugo y yo se hace más evidente. La conversación sobre el matrimonio y tener más hijos ha dejado una grieta.

Durante el desayuno, el silencio pesa en la mesa. Las miradas esquivas se cruzan de vez en cuando, pero ninguno de los dos se atreve a abordar el tema que nos separa. Las niñas no perciben nada, disimulamos bien ante ellas. Me siento abrumada por la tristeza y la confusión debido a la manera de pensar de Hugo. A pesar de nuestro amor y compromiso el uno con el otro, nuestras visiones divergentes sobre el matrimonio y tener hijos en común me están afectando.

Cada vez que lo miro, mi corazón se aprieta. No puedo evitar preguntarme si esto significa que nuestras diferencias son insuperables. Me duele que Hugo no esté dispuesto a considerar la idea de tener otro hijo y casarse, aunque sé que él ha sido herido en el pasado. ¿Qué culpa tengo yo? ¿Por qué no puede olvidar a Mónica? Sé que lo que hizo no tiene perdón, pero… ¡Quiero que siga con su vida! ¿Cómo se lo hago ver?

A pesar de entender sus temores, no puedo evitar sentirme de esta manera por su negativa a considerar nuestras expectativas compartidas de un futuro juntos. Anhelo la unidad y la intimidad que compartíamos antes de esta conversación.

La distancia emocional entre nosotros es dolorosa, y estoy decidida a encontrar una forma de abordar esta brecha y encontrar una solución que nos permita seguir adelante juntos como familia. Pero por ahora, mi corazón se siente pesado y mis pensamientos están llenos de incertidumbre sobre el camino que estamos tomando.

***

El día en el parque de atracciones transcurre en un incómodo silencio. A pesar de estar rodeados de fantásticas atracciones y el bullicio de la gente, Hugo y yo apenas intercambiamos palabras.

Intentamos sonreír y animarnos por Gisela y Emma, pero el distanciamiento entre nosotros es palpable. Apenas nos miramos.

En cada atracción que disfrutamos junto a las niñas, la distancia emocional parece ampliarse. Intento recordar los momentos felices que compartimos, pero la preocupación por nuestro futuro juntos nubla mi mente soy incapaz de divertirme. Quiero llorar. A medida que avanza el día, me doy cuenta de lo mucho que extraño la conexión y el amor que solíamos compartir ambos. La falta de comunicación con este tema hace que el distanciamiento sea más grande y este a su vez es doloroso. La situación produce ansiedad en mí y anhelo encontrar una solución que nos permita superar nuestras diferencias y recuperar la armonía en nuestra relación.

Finalmente, no puedo más y decido hablar con Hugo.

Me acerco a él mientras estamos a solas, las pequeñas se han montado en unos autos de choques infantiles. Respiro profundamente antes de hablar.

—Necesitamos hablar…—le digo con voz temblorosa.

—Lo sé, Helena. Las cosas se han puesto difíciles desde ayer.

—Adoro a tus hijas y valoro profundamente nuestra relación. Pero también tengo mis

propios deseos y sueños para el futuro, y siento que necesitamos encontrar una forma de conciliar nuestras diferencias.

—Lo entiendo, de verdad que sí —acaricia mi rostro con sus manos—. Pero después de que Mónica nos abandonase, simplemente no puedo evitar sentirme cauteloso respecto a más compromisos y responsabilidades.

—Comprendo tus miedos y los respeto. Pero también siento que podemos encontrar un camino que nos haga felices a ambos. ¿Podemos intentar buscar un equilibrio juntos?

Hugo reflexiona.

—Lo que tengo clarísimo es que no quiero perderte.

—Ni yo a ti.

Hugo y yo continuamos hablando, compartiendo nuestras preocupaciones y deseos. Necesita tiempo para aceptar todo.

Después de hablar y hacer las paces, decidimos llevar a las niñas a un pasaje de terror. El pasaje de terror tiene un ambiente misterioso y tenebroso, pero está diseñado para ser emocionante en lugar de aterrador para los más pequeños. Mientras avanzamos por los pasillos oscuros, las niñas están inquietas y nos aferramos a sus manos, preparados para un susto divertido.

De repente, una voz misteriosa llena el camino, narrando la leyenda de una momia que ha despertado de su sueño milenario. Las luces se atenúan y los efectos especiales se activan, creando una atmósfera mágica.

—*Después de mil años de descanso, la momia ha despertado, trayendo consigo fuego y misterio* -dice un actor.

Más tarde, una escena espectacular se despliega ante nuestros ojos: una momia, representada por un muñeco animado, parece cobrar vida mientras se ilumina con efectos de fuego en su interior.

A medida que avanzamos, nos encontramos con diferentes escenas que cuentan la historia de la momia. Las niñas están fascinadas por las representaciones teatrales y los efectos especiales que dan vida a la leyenda.

En una escena, vemos una antigua tumba egipcia iluminada por una tenue luz dorada, con jeroglíficos tallados en las paredes. Una figura se levanta lentamente, envuelta en vendas, mientras los ojos brillan misteriosamente.

—*La momia se alza de su sueño milenario, buscando su camino en la oscuridad*.

Una pasarela se despliega frente a nosotros, cruzando un abismo ficticio. La momia parece avanzar hacia nosotros mientras un espectáculo de fuego la rodea, creando una impresión de peligro inminente.

—*Despierta con fuego en su interior, dispuesta a enfrentar cualquier desafío. ¡Huyan! ¡Huyan!*

Termina el recorrido.

—¡Vaya espectáculo! Esto es mucho más escalofriante de lo que esperaba.

Al salir, la tensión aumenta cuando, de pronto, nos damos cuenta de que Emma ha desaparecido en medio de la multitud. La sensación de pánico se apodera de nosotros y comenzamos a buscarla frenéticamente.

—¡Emma! ¡Emma, ¿dónde estás?!

—¡Emma! ¡Respóndenos, cariño!

Las luces tenues y los efectos de sonido del pasaje de terror crean un ambiente aún más

inquietante mientras llamamos desesperadamente. Los minutos se sienten como una eternidad mientras imaginamos las peores posibilidades.

Finalmente, escuchamos una voz temblorosa respondiendo desde una esquina del pasaje.

—¡Helena, papá, estoy aquí!

Corremos hacia donde proviene la voz y encontramos a Emma, con lágrimas en los ojos y temblando de miedo. La abrazamos con fuerza, aliviados de haberla encontrado sana y salva.

—Oh, cariño, ¿estás bien? ¿Qué ha pasado?

—Me asusté y me perdí -responde—. No sabía qué hacer.

—Tranquila, ya estas con nosotros cariño. Todas las veces que te pierdas, nosotros siempre te encontraremos.

La experiencia de perder a Emma en medio del pasaje nos ha dejado con los nervios a flor de piel, pero estamos agradecidos de tenerla de vuelta con nosotros.

Después de superar el susto, decidimos continuar disfrutando de nuestro día. Nos subimos a más montañas rusas emocionantes y experimentamos otras atracciones divertidas.

A pesar de las diferencias que hemos enfrentado, compartimos risas mientras probamos las atracciones y disfrutamos del tiempo juntos como la familia que somos. Las gemelas, están llenas de energía y alegría, y sus carcajadas contagiosas nos recuerdan la importancia de crear recuerdos felices junto a nuestros hijos.

A medida que el día avanza, disfrutamos de más atracciones, comemos deliciosos bocadillos de salchicha y patatas aliñadas, en definitiva, nos divertimos juntos. Al regresar al hotel, nos llevamos una agradable sorpresa al encontrarnos con nuestros nuevos amigos, la familia que conocimos durante el altercado del robo de la cartera. La casualidad nos une nuevamente cuando coincidimos en el bar hawaiano del hotel.

—¡Hola de nuevo, vecinos! Parece que nos encontramos en todos lados.

—¡Es increíble!

—Sí, ha sido un placer conocernos.

—Y bueno, nuestros hijos se lo están pasando tan bien en el club del hotel que decidieron quedarse un rato más.

—¡Nosotros también queremos quedarnos, papá! ¿Por favor, ¿podemos?

—¡Sí, por fiii!

—¿Qué dices, Hugo? Parece que las niñas quieren quedarse un rato más en el club.

—Bueno, si están emocionadas por pasar más tiempo con sus nuevos amigos, ¿cómo podemos negarnos? Adelante, chicas, divertiros.

Las niñas están encantadas de poder quedarse con sus amigos en el club del hotel, y nosotros, disfrutamos de una conversación animada y compartimos anécdotas de nuestras vacaciones.

—Bueno vamos a aprovechar y estaremos un ratito a solas —nos guiña un ojo el señor al despedirse.

—Deberíamos hacer lo mismo —sugiere Hugo.

Hugo y yo nos retiramos a nuestra cabaña para disfrutar de un tiempo a solas.

Una vez dentro, el ambiente cálido y acogedor de la cabaña nos invita a relajarnos. Nos acariciamos suavemente, expresando nuestro cariño y amor el uno al otro. Hugo me hace un masaje en la espalda, aliviando la tensión acumulada de estos días.

—Este masaje es justo lo que necesitaba —suspiro.

—Estoy feliz de poder hacerte sentir bien, cariño.

La luz tenue y el silencio de la cabaña crean un ambiente ideal. Después del masaje, decidimos disfrutar de una ducha relajante juntos. Pero todo se caldea y Hugo me alza. Posa mi espalda sobre los azulejos y me abre de una estocada. Me aferro a su resbaladiza espalda, tersa y fibrada. Cada movimiento de cadera es más gustoso y puedo dejarme llevar. Él es tan delicado… Gimo a su oído y le digo cuánto me encanta. Entonces, apasionado, se mueve más y más rápido.

Al salir de la ducha, tenemos un segundo *round*. Me tira a la cama y me besa de arriba abajo. Comenzando por mis pechos, sin pasar por alto mis pezones que los succiona y los chupa. Me retuerzo al notar su lengua cálida e intrépida sobre mí. Me gira y de otra estocada vuelve a adentrarse en mi interior. Le suplico que no pare mientras agarra mi cabello y lo jala hacia atrás follándome como un auténtico vaquero montando y domando a una yegua salvaje. Los dos estamos tan excitados que nos dejamos llevar por el fuego que sentimos.

—Qué delicia…

—Estás como un tren Helena…

Hugo y yo estamos dándolo todo, disfrutando de un momento de pasión y sexo cuando de repente, escuchamos un ruido curioso fuera de la ventana, y nuestros ojos se abren de sorpresa al ver algo que nos hace horripilarnos. Un par de ojos brillantes y curiosos nos miran desde el exterior.

Me siento sorprendida y asustada, y Hugo también parece estar en estado de alerta.

—¿Qué fue eso, Hugo? —me tapo con la almohada.

—No estoy seguro, pero parece que alguien o algo está mirando por la ventana.

Los dos nos sentamos rápidamente en la cama, con el corazón latiendo con fuerza. La figura misteriosa sigue mirando, y la tensión en la habitación aumenta. Intercambiamos miradas nerviosas antes de reunir el coraje para acercarnos lentamente a la ventana.

Al mirar afuera, descubrimos que la figura no es más que un travieso gato callejero que ha decidido asomarse a nuestra ventana en busca de algo de comer.

—¡Es solo un gato curioso! ¡Casi me muero de miedo!

—Vaya, ese minino nos ha dado un buen susto. Parecía un intruso.

Con alivio, nos relajamos, sabiendo que no hay peligro real y damos rienda suelta a la pasión nuevamente.

5

Después de pasarlo en grande en el parque, nos despedimos de éste y nos dirigimos hacia nuestro próximo destino: un apartamento a pie de playa en la Costa Dorada. Al llegar al apartamento, nos encontramos con un lugar acogedor y lleno de luz. Desde la ventana, podemos contemplar el resplandor del sol reflejándose en las olas del mar. Huele a sal y se percibe la brisa. Es un lugar fantástico para descansar antes de retomar la rutina y las obligaciones.

Las risas de las pequeñas resuenan mientras exploramos las habitaciones, emocionados por la idea de estar tan cerca de la playa.

No nos entretenemos más y ésta nos da la bienvenida mientras desplegamos nuestras toallas de colores vibrantes y la sombrilla en la cálida arena.

—Hay que ponerse protección solar porque el sol quema y…

Me dejan con la palabra en la boca.

Las gemelas corren como ovejas en un prado verde hacia el agua mientras hablo sola con las manos untadas en crema. Pues nada, se la unto a Hugo en la espalda y seguidamente él a mí.

—Niñas va… primero hay que ponerse crema.

—Jo… papá… ¡no!

—Va, venid aquí.

—No. ¡No y no!

—¡Queremos jugar! —exclama Gisela.

—Vamos, es importante para que no nos quememos al sol -comento intentando demostrar calma.

—¡No queremos! —explota Emma.

Las niñas alzan la voz y se resisten obstinadamente, ignorando nuestras súplicas. Hugo, con una voz más severa, intenta poner orden.

—¡Basta! La protección solar es necesaria. ¡Venid aquí ahora mismo o nos vamos a casa!

—¡No es justo!

—Es solo un minuto y luego podréis jugar tranquilas.

—Pero es pegajosa... —se queja Emma.

—No hay más que hablar. Quiero veros a las dos bien untadas—ordena.

—Pero...

—Ni peros ni peras. ¡Ahora!

Las gemelas, sorprendidas por la firmeza de Hugo, se acercan con gesto de protesta, pero finalmente ceden ante la autoridad paterna. Después de aplicar la crema con cierta resistencia, nos dirigimos hacia la orilla.

—¡Vamos a construir el castillo más grande que este lugar haya visto! —comento para que se les pase el enfado.

Nos tomamos en serio la tarea de construir un épico castillo de arena. Cubos, palas y caracoles marinos se convierten en nuestras herramientas creativas mientras intentamos superarnos a nosotros mismos en cada torre y foso.

—Papá, mira esta torre gigante. ¡Va a tocar el cielo!

—Increíble, Emma. Pero cuidado, ¡no vaya a ser que una gaviota confunda nuestro castillo con un nido!

Gisela se une al juego, recogiendo conchas y piedras, decorando nuestro castillo con tesoros marinos. Todo parece ir a la perfección hasta que, de repente, una ola traviesa decide acercarse más de lo esperado.

¡Sorpresa!

La ola alcanza nuestras piernas y moja la mitad del castillo de arena, dejándonos a todos boquiabiertos.

Estallamos en risas.

—Bueno, parece que la naturaleza también quiere participar en la construcción. ¡Vamos a reforzar nuestras defensas contra las olas, señoritas!

Recuperamos nuestras fuerzas para construir un castillo resistente. Entre carreras para evitar las olas, nuestra mañana de playa se convierte en una comedia, donde la naturaleza y nuestra creatividad se entrelazan en una aventura única junto al mar. Cuando las tripas resuenan, decidimos dirigirnos a un chiringuito cercano para disfrutar de una deliciosa comida.

Nos acomodamos en una mesa, la brisa marina acaricia nuestros rostros mientras esperamos a ser atendidos.

—¡Bienvenidos! —nos recibe un cordial camarero—. ¿Les gustaría probar nuestra famosa paella y alguna cosa más para acompañar?

—¡Por supuesto! Para nosotros una paella como plato principal —dice Hugo.

—De entrante, tomaremos estas croquetas de chipirones y las bravas de la casa —prosigo.

El buen hombre anota todo tal y como se lo pedimos.

—¿De beber?

—Yo una cerveza.

—Y yo un refresco de cola con hielo y para las niñas limonada.

—¿Tienen menú infantil?

—Sí, por supuesto, aparece detrás de la carta.

—Oh está bien.

Las niñas lo ojean desde sus sillas.

—¿Qué os parece unos espaguetis a la boloñesa y patatas fritas? —propongo.

—Síii —asienten.

—Anotado.

Observamos que el lugar está repleto de gente. La mayoría familias y gente joven. El aroma de la comida que sale de la cocina me está matando. ¡Tengo mucha hambre! Y de repente, minoriza la espera una gaviota que, decide protagonizar un espectáculo propio. Con una velocidad sorprendente, se lanza desde los cielos y aterriza en la mesa de un señor que estaba disfrutando de unas sardinas hechas a la brasa.

La gaviota, realiza un giro impresionante y se lleva el pescado del señor, dejando a todos en la mesa boquiabiertos.

—¡Oh, pero si ni siquiera he tenido tiempo de reaccionar!

El ave, con su botín en el pico, levanta el vuelo y se aleja triunfante, dejando risas y asombro en su estela.

—¡Es alucinante! —ríe por lo bajo Hugo.

—¡Dios mío ahora entiendo la mala fama de las gaviotas! —murmuro muerta de la risa

—. ¿Has visto eso?

—Parece que las gaviotas aquí son auténticas expertas en comida rápida. Ha cazado esa sardina más rápido que un cohete.

Todos reímos ante la escena, y el señor afectado incluso sonríe mientras se encoge de hombros.

—¡Camarero otra ración de sardinas! —ordena en voz alta.

La paella de marisco llega a la mesa, con su arroz dorado, gambas, calamar, mejillones y almejas. El aroma es tan irresistible que despierta nuestros sentidos y me hace salivar. El camarero nos la sirve en plasto individuales, y nos deja lo que ha sobrado en la misma paella por si queremos repetir.

—¡Está riquísima! —expresa con entusiasmo Hugo.

—La mejor que he probado en mucho tiempo -rebaño el plato.

El chiringuito se llena cada vez más y el bullicio de la gente se vuelve molesto. Por suerte no tardamos en finalizar la comida y tras el festín, nos despedimos y regresamos a nuestro rinconcito en la playa.

De camino Hugo compra unos helados y nos dirigimos nuevamente hacia la arena. Cada mordisco es una explosión de sabores, y algún que otro grano de arena mientras caminamos por la orilla.

—¿A dónde queréis ir ahora, exploradoras?

—¡Al agua!

Decidimos aprovechar el cálido día y nos aventuramos a dar un chapuzón en el mar. Con risas y entusiasmo, nos sumergimos en las olas, disfrutando de la sensación refrescante del agua salada.

—Vamos, Helena, ¡únete a la diversión!

Con una sonrisa, me lanzo al agua, pero las olas tienen planes diferentes para mí. De repente, una ola juguetona se forma justo detrás de mí y, antes de que pueda reaccionar, me envuelve y me revuelca, dejándome empapada y ligeramente sorprendida.

—¡Ah, las olas me han ganado esta vez!

Las risas estallan entre Hugo, Emma y Gisela, que observan la escena desde la orilla. Empapada, pero riendo, me uno al espíritu juguetón de la playa, agradeciendo la frescura inesperada que las olas me han regalado.

—¿Estás bien?

—Sí, sí, estoy bien.

Mientras las niñas juegan alegremente, Hugo y yo nos sumergimos en el mar cerca de ellas. Las caricias suaves de las olas y la luz dorada del atardecer crean un escenario muy romántico.

—El agua está perfecta, ¿verdad, cariño?

Hugo asiente, y en un instante, nuestros labios se encuentran en un dulce beso. Mientras nos besamos, echamos un ojo a las niñas, quienes juegan en la orilla sin prestar mucha atención a nuestro pequeño interludio romántico.

—Parece que las niñas están entretenidas.

—¿Te acuerdas de cuando nuestra mayor preocupación era si podíamos robar un beso sin que nos vieran?

Sonríe y me abraza con ternura, sumergiéndonos juntos en la complicidad de estos instantes de amor en el mar. Mientras las risas de las niñas se entrelazan con la brisa marina,

Hugo y yo nos sumergimos más en nuestro propio mundo, compartiendo risas y miradas cómplices. Los rayos del sol danzan sobre la superficie del mar, creando destellos dorados que iluminan nuestros rostros mientras nos abrazamos con cariño.

—Esto es perfecto, ¿verdad?

—Absolutamente. No hay lugar en el mundo donde prefiera estar que aquí contigo y nuestras niñas.

Nos entregamos a la conexión especial que siempre hemos compartido, permitiendo que el amor fluya libremente en cada gesto y palabra. Mientras las olas nos envuelven, los besos suceden, tiernos y apasionados, como si el mar mismo celebrara nuestra complicidad.

—Recuerdo cuando meses atrás decíamos de pasar este verano juntos.

—El tiempo ha pasado volando.

La suavidad del agua se convierte en cómplice de nuestro romance, y nos entregamos a la danza amorosa de la marea.

—Nuestro propio paraíso aquí.

—Y no cambiaría esto por nada en el mundo.

Así, entre besos y risas, disfrutamos de este momento romántico en el abrazo del mar, sabiendo que cada ola nos trae recuerdos preciosos y amor que ha resistido el paso del tiempo.

Mientras nos relajamos en la orilla, disfrutando de los mimos, de repente, la tranquilidad se ve interrumpida por la dramática expresión de una chica de pechos voluptuosos y cintura de avispa saliendo del mar. Con un gesto elegante, se echa el pelo negro azabache y húmedo hacia atrás, pero la sorpresa se apodera de su rostro al darse cuenta de que ha perdido la parte superior del bikini.

—¡Oh, no! ¡No me puede estar pasando!

Rápidamente, intenta cubrirse con las manos, buscando una solución.

Hugo, al principio, observa sorprendido la escena con los ojos ligeramente abiertos. La chica, aun tratando de resolver su pequeño percance, nota la mirada de Hugo y sonríe con un toque de incomodidad.

A mí, me saltan chispas de celos. ¡Pero si está embobado el tío!

—Hugo vuelve a la tierra.

—Ah, sí, sí.

Mientras la chica resuelve su pequeño percance y recibe ayuda de una amiga, la normalidad retorna a la playa, pero la complicidad entre Hugo y yo se ha llenado de un toque burlón.

—Cariño, ¿qué estabas mirando con tanto interés?

Hugo, ligeramente nervioso, trata de restar importancia al asunto.

—Oh, nada en particular. Solo estaba... observando el horizonte.

—¿El horizonte? ¿O el *‘horizonte’* humano que acaba de salir del agua?

—Bueno, es solo que... me ha tomado de sorpresa, ¿sabes?

¡Este va a tomar de su propia medicina!

Decido quitarme la parte superior del bikini y disfrutar del sol en topless. ¡Libres domingos y domingas! Sin embargo, Hugo, consciente de la presencia de las niñas y otros bañistas, expresa su incomodidad.

—Cariño, las niñas te podrían ver y hay otras personas alrededor...

—Oh, no seas tan machista, Hugo. Estamos en la playa, relájate un poco.

***

A media tarde nos dirigimos al apartamento, nos duchamos y secamos después de la aventura en el mar y preparamos un espacio acogedor en el salón.

—¿Qué película os gustaría ver, chicas?

—¡Vamos a ver esa de aventuras con piratas!

—Sí, esa suena genial, ¡con tesoros escondidos y todo!

—Parece que tenemos una elección unánime. ¡Película de piratas!

Con palomitas de maíz en mano, nos acomodamos para disfrutar de la película juntos. A medida que la historia se desarrolla en la pantalla, nos abrazamos, compartiendo no solo el sofá sino también la calidez de una conexión familiar. Con cada escena, nos sumergimos en la magia del cine y, al finalizar la película, me doy cuenta de que, las niñas están profundamente dormidas… ¡Como su padre!

***

A la mañana siguiente y con las pilas cargadas, después de un delicioso desayuno, decidimos regresar a la playa. Esta vez, nos animamos a bucear cerca de las rocas, ansiosos por descubrir los secretos que el mar tiene para ofrecernos.

—¿Listas para sumergirnos en un nuevo día bajo el sol?

Emma y Gisela asienten emocionadas, llevando sus gafas de buceo y aletas. Nos dirigimos hacia las rocas donde el agua es más clara.

—Recordad, ¡siempre atentas y con cuidado!

Con las aguas cristalinas a nuestro alrededor, nos zambullimos en un mundo submarino lleno de peces juguetones y formaciones rocosas fascinantes. Las risas se mezclan con los sonidos del océano mientras exploramos juntos, maravillándonos con la diversidad de la vida marina.

—Mirar este pez, ¡qué bonito! —señala Gisela.

—Y esa planta parece un bosque encantado bajo el agua -comento con la formación de algas.

Mientras exploramos las rocas, nos encontramos con un fascinante mundo marino que se revela a medida que observamos de cerca. Pequeños pececillos coloridos se deslizan entre las grietas, y moluscos adheridos a las rocas muestran su asombrosa diversidad.

—¡Mirad esos moluscos! Son como pequeñas joyas pegadas a las rocas. —agrega Hugo.

—¡Y esos pececillos son tan rápidos! ¿Puedo intentar atrapar uno con las manos?

—No cariño, ten cuidado y no olvides que son criaturas delicadas.

—No debemos sacar ningún animalito del mar ¿de acuerdo Emma?

—Sí -asiente.

Emma se sumerge con cuidado, intentando acercarse a los ágiles pececillos sin tocarlos. Pero ellos son escurridizos y se van espantados.

—¡Estos pececillos son más rápidos de lo que pensaba!

—¡Mirad este molusco, tiene un patrón increíble en su concha! —exclamo.

—La vida marina es tan increíble —comenta Hugo—. No hay nada como investigar estos rincones.

Juntos, continuamos admirando la belleza natural que nos rodea. La mezcla de

curiosidad y asombro llena el aire mientras descubrimos la riqueza del mundo submarino. La playa, lejos de ser solo arena y olas, se convierte en un escenario maravilloso donde cada rincón esconde secretos que nos conectan con la magia del océano.

Gisela comunica que siente un repentino escozor en la pierna.

—¡Ay, parece que algo no va bien! —me alarmo.

—Me duele —llora.

—Tranquila, cariño. Déjame ver—dice Hugo.

Con lágrimas en los ojos, muestra la marca en su pierna.

—¿Qué pasa? ¿Fue una medusa?

—Creo que sí. Vamos a salir del agua y buscar ayuda.

Nos apresuramos a salir del mar, mientras Gisela se aferra a la pierna, preocupada por la picadura. La llevamos a la orilla y buscamos al socorrista.

—Por favor, necesitamos ayuda. A mi hija le ha picado por una medusa.

El socorrista nos atiende rápidamente y le brinda los primeros auxilios a Gisela, mientras Hugo y yo la consolamos.

—¿Voy a estar bien, papá?

—Claro cariño. Los socorristas saben cómo tratar las picaduras de medusa. Estarás bien.

—Es bastante común encontrarse con medusas por aquí. Habéis hecho lo correcto en venir.

Le aplica vinagre y un enjuague.

—Si persiste la molestia, aquí tenéis una crema específica que ayudará a aliviar el escozor.

Hugo asiente agradecido. La atención profesional calma cualquier preocupación.

Después del pequeño incidente con la medusa, decidimos regresar al chiringuito para disfrutar de otro delicioso almuerzo. Cuando llegamos, nos reciben con una cálida bienvenida y nos conducen a nuestra mesa favorita cerca de la playa. El sol brilla en el cielo y el sonido de las olas rompiendo suavemente en la orilla crea una atmósfera relajante y agradable.

Pedimos una deliciosa fideuá con *alioli* llena de mariscos frescos y sabrosos, y una ensalada fresca de tomate como acompañamiento. Hoy las niñas querían hamburguesa y eso han tomado con patatas fritas y ensalada también. Mientras esperamos que llegue la comida, disfrutamos del ambiente animado del chiringuito

—Este chiringuito se ha convertido en nuestro lugar favorito. ¡No podemos resistirnos a su buena comida!

Pero mi chico está serio, no sigue mi conversación.

—¿Ocurre algo?

—Sí -suspira—. No puedo creer que no estuvieras vigilando a Gisela mientras buscaba peces. ¿Cómo no viste la medusa?

—No puedes echarme la culpa de algo así —me defiendo—. Estaba cerca, pero no pude prever que iba a haber una medusa en esa zona.

—Deberías haber estado más atenta. Gisela podría haberse hecho aún más daño. No puedo creer que no hayas sido más cuidadosa.

—La estaba cuidando, pero estas cosas pasan. No puedo controlar cada pequeño detalle.

—No es solo un pequeño detalle, Helena. Es la seguridad de mis hijas. Necesitamos ser más responsables.

Eso me ofende.

—¿Ahora son sólo tus hijas?

Estoy a punto de llorar, pero me trago las lágrimas.

—Estás haciéndome sentir culpable, no es justo. Ambos somos responsables de cuidarlas, también son mías porque las cuido junto contigo. ¡Que no se te olvide!

—No voy a discutir más.

La tensión en la playa aumenta, y a pesar de haber disfrutado de la mañana, la tensión reina entre nosotros en este momento.

—No puedo creer que estemos arruinando nuestras vacaciones por esto.

—No es solo por esto, Helena. Vuelvo a repetirte que es por la seguridad de nuestras hijas. Necesitamos estar más alerta.

Molesta, decido dar un paso atrás y respirar profundamente antes de hablar.

—Ambos estábamos con ellas y no necesitas tratarme como si fuera la peor madre del mundo.

—Lamento si ha sonado así, no es mi intención, pero necesitamos aprender de esto.

Emma pide *kétchup* para mojar las patatas fritas, así que llamo al camarero y le pido una botella. Poco después, el camarero regresa con una botella, pero cuando intentamos usarla, nada sale. Hugo y yo nos miramos, confundidos, y volvemos a intentarlo con más fuerza. De repente, la botella emite un sonido extraño y, ¡boom! ¡Estalla como un globo lleno de kétchup! Una ola roja nos golpea a todos, cubriéndonos de la cabeza a los pies. Las niñas gritan de sorpresa mientras las risas se propagan por todo el chiringuito. ¡Qué manera más peculiar de condimentar la cena! Nos quedamos atónitos, mirando la escena caótica frente a nosotros, mientras los clientes del restaurante nos miran con asombro y algunos estallan en carcajadas. Con una sonrisa avergonzada, llamamos al camarero para pedirle más servilletas y comenzamos a limpiarnos mientras las risas continúan resonando a nuestro alrededor. Sin duda, será una anécdota para recordar.

Con el paladar satisfecho, nos encaminamos a la playa. Mientras las niñas se sumergen en la creación de castillos de arena y Hugo se acomoda para su siesta bajo la sombrilla, yo encuentro mi rincón perfecto para sumergirme en la lectura de mi libro favorito.

—¿Queréis que os lea un poco mientras jugáis?

Emma y Gisela asienten emocionadas, y así, entre risas y palabras, compartimos un momento encantador. Mientras leo, las olas del mar sirven de fondo, añadiendo una melodía suave a mi voz.

Las risas y los susurros de las niñas al construir sus castillos de arena se mezclan con el suave ronquido de Hugo, quien disfruta plenamente de su merecida siesta.

Después de un rato disfrutando de la lectura, las niñas se cansan de escuchar y deciden sumarse a la diversión en la playa. Dejan los castillos de arena a medio construir y se unen a un animado juego de carreras y risas a orillas del mar.

—¡Vamos, Gisela, a ver quién llega primero al agua!

—¡Claro, pero esta vez yo ganaré!

Las olas rompen suavemente en la costa, y el sol brilla con fuerza en el cielo azul. Las risas de las niñas se mezclan con el sonido del mar, creando una sinfonía de alegría y felicidad.

Observa a Hugo dormido, su cabello alborotado por la brisa marina. Una sonrisa se dibuja en mi rostro mientras lo mira con cariño. A pesar de sus pequeñas excentricidades, no puedo evitar sentirme agradecida por tenerlo a mi lado.

—Cariño, no ronques tan fuerte... —susurro con ternura, intentando no llamar

demasiado la atención.

Pero Hugo sigue dormido, ajeno a mis palabras ya las miradas curiosas de los demás veraneantes. Un ronquido suave escapada de sus labios, y no puedo evitar sonrojarme por la vergüenza que me provoca la situación.

Suspirando, me recuesto en la toalla y cierro los ojos, dejándome llevar por la tranquilidad del momento. A mi alrededor, las risas de las niñas continúan, llenando el aire con una energía contagiosa. A pesar de los pequeños momentos incómodos, sé que estoy disfrutando de unos preciosos días en familia.

***

Después de un día lleno de risas en la playa, decidimos pasear un rato y nos dirigimos al centro comercial del centro. Las niñas están emocionadas por explorar las tiendas y, de paso, aprovechamos para hacer algunas compras.

En el centro comercial, las risas continúan mientras ellas exploran las tiendas de juguetes y nos sorprenden con sus elecciones. Mientras tanto, Hugo y yo elegimos algunas prendas y accesorios para llevarnos como recuerdo.

—Creo que Emma quiere convertirse en la próxima estrella del pop con ese micrófono de juguete—comento alegre.

—Y Gisela ya tiene una colección de juguetes que podría rivalizar con cualquier tienda.

Después de las compras, decidimos que es hora de cenar. Optamos por una pizzería italiana cercana, donde el aroma delicioso de la masa recién horneada nos da la bienvenida. Nos sentamos en una mesa acogedora y disfrutamos de una cena relajada.

La elección de pizzas se convierte en una tarea complicada con tantas opciones deliciosas, pero finalmente, cada uno elige su favorita. La combinación de compras, buena comida y risas hace que el día mejore después de nuestra pequeña discusión.

Decidimos continuar la diversión y nos dirigimos a unos recreativos cercanos. Las luces brillantes y los sonidos animados nos reciben en un ambiente lleno de juegos y entretenimiento. Las pequeñas están emocionadas por probar cada máquina y juego, y mi chico y yo nos animamos a participar.

Nos dirigimos a la zona de bolos, y las niñas están emocionadas de probar suerte. Con la ayuda de Hugo y mía, seleccionamos las bolas adecuadas y les damos algunos consejos sobre cómo lanzarlas. Las risas llenan la pista de bolos mientras todos intentamos hacer el mejor lanzamiento.

—¡Vamos, Emma! Apunta al centro, justo como te enseñé —grito.

—Gisela, relájate y lanza la bola con confianza. ¡Tú puedes!

Entre risas y alguna que otra bola que va en dirección equivocada, disfrutamos de una tarde de bolos en familia. Aunque no somos expertos, la competencia amistosa y las risas hacen que sea una experiencia muy chula.

Después de algunos intentos, decidimos explorar otros juegos en los recreativos.

Al regresar al apartamento, una sensación de inquietud se apodera de nosotros al percatarnos de que la puerta está entreabierta. Un escalofrío recorre mi espalda mientras nos aproximamos con cautela, Hugo a la cabeza y las niñas detrás de nosotros.

—¿Seguro que cerramos bien antes de salir? —pregunto con miedo.

—Sí, lo recuerdo claramente. Esto es extraño—responde.

Con precaución, empujamos la puerta y entramos con nerviosismo. El silencio del apartamento parece más inquietante de lo normal. Revisamos cada rincón, pero no encontramos nada fuera de lugar. Las niñas miran con curiosidad y un dejo de temor.

—¿Habrá sido el viento?

—Tal vez, pero es mejor asegurarnos de que todo esté en orden.

Después de una exhaustiva revisión, confirmamos que no hay señales de intrusos ni cosas fuera de lugar. Un suspiro de alivio recorre la habitación, pero la inquietud persiste en el aire.

—Quizás solo fue un pequeño susto sin explicación.

Decidimos dejar atrás el misterioso episodio y retomar la tranquilidad de nuestras vacaciones, aunque la duda persiste en el fondo de nuestras mentes. Con las niñas distraídas, intentamos restablecer la normalidad y continuar con la diversión planificada para el resto de la tarde.

Después de asegurarnos de que las gemelas estén cómodas y bien dormidas, decidimos dedicarnos un tiempo a disfrutar de la noche en pareja. Hugo, con su habilidad para preparar bebidas, decide sorprenderme con unos mojitos.

—Una noche tranquila en el balcón suena perfecta, ¿no crees?

—¡Definitivamente! Y esos mojitos suenan aún mejor.

—Esto es para que me perdones -me hace ojitos y me entrega uno.

—Eres duro en ocasiones.

—Lo siento, he pagado contigo mis nervios. Perdóname.

—Está bien, lo comprendo, pero yo no tuve culpa… No vi a esa dichosa medusa.

—Lo sé.

Con los mojitos en mano, nos instalamos en el balcón del apartamento decididos a hacer las paces. La brisa suave y el murmullo distante del mar crean el escenario perfecto para una velada relajada. Las luces de la ciudad y las estrellas en el cielo nos acompañan mientras disfrutamos de nuestras bebidas y la agradable compañía.

—Esto es justo lo que necesitábamos, un ratito a solas. Gracias por los mojitos y por hacer esta noche tan especial.

—No hay de qué, cariño. Solo quería asegurarme de que nuestras vacaciones fueran memorables.

Brindamos por el momento y por la familia, dejando que la tranquilidad de la noche nos envuelva. Con risas, conversaciones íntimas y el susurro de las olas de fondo, disfrutamos de nuestra noche en pareja, agradecidos por estos pequeños momentos que hacen que este verano sea verdaderamente inolvidable.

—Este balcón tiene una vista increíble, ¿verdad?

—Sí—le doy un sorbo a mi copa—, y estos mojitos están deliciosos.

—Me alegra que te gusten, sabes que es mi especialidad-dice mientras me guiña un ojo.

—Te amo, Hugo.

—Y yo a ti, Helena. Por muchas más noches como esta.

Brindamos de nuevo.

—No importa lo que venga, mientras estemos juntos, todo está bien.

—Exacto. Juntos, superamos cualquier cosa.

La noche transcurre, dejándonos con la sensación de que estas vacaciones están tejiendo

recuerdos que fortalecerán aún más nuestro lazo familiar. Con una mezcla de gratitud y amor, nos retiramos del balcón, llevándonos con nosotros la magia de esta velada especial.

6

Las vacaciones llegan a su fin, y con un sentimiento agridulce, regresamos a nuestro hogar y a la rutina diaria. Ha sido una experiencia inolvidable y las hemos compartido como familia por primera vez.

A medida que desempacamos nuestras maletas y volvemos a la vida cotidiana, recordamos con cariño los momentos que pasamos este verano. Aunque nos han surgido diferencias, hemos aprendido a valorar la importancia de la comunicación en nuestra relación.

Ya es septiembre y como todos los niños, Emma y Gisela vuelven a la escuela.

Me despierto con el sonido estridente del despertador, marcando el comienzo de una mañana agitada. Hugo y yo nos enfrentamos a la vorágine cotidiana de preparar desayunos, empacar almuerzos y asegurarnos de que nuestras gemelas estén listas.

La cocina se llena con el aroma del café recién hecho mientras intentamos coordinar nuestras tareas. Corro de un lado a otro, peinándome una coleta alta echando un ojo a las tostadas para que no se quemen, mientras Hugo regresa de pasear a Gala.

Las voces apresuradas y los ruidos de los utensilios de cocina se mezclan mientras intentamos mantener el ritmo. Ayudo a Emma y Gisela a terminar de vestirse, peinarse y tomar el desayuno. Nos aseguramos de que tengan todos los libros y cuadernos necesarios en sus mochilas.

El reloj avanza implacablemente, y aunque cada segundo parece crucial, logramos sortear el tiempo. Con un suspiro de alivio, llevamos a las gemelas a la puerta, mochilas al hombro, listas para enfrentar un primer día de aprendizaje. Aunque el caos matutino puede ser abrumador, sabemos que es parte del ritual que une a nuestra familia antes de que el día nos absorba por completo.

Por otro lado, nosotros volvemos a nuestras responsabilidades. Hugo patrullando la ciudad en moto y yo bañando y acicalando a perros. En un día de la rutina cotidiana, en *Canis Style*, donde continúo trabajando con Alma y Marga, estoy ocupada bañando a un peludo, un *San Bernardo* llamado *Max* mientras nos ponemos al día de cómo han ido las vacaciones.

Max es un perro encantador, pero con un pelaje tan abundante que parece estar oculto en una montaña de pelo. En el baño, este comienza a soltar pelo a un ritmo frenético, como si estuviera participando en un concurso de "quién puede soltar más pelo en un minuto". El agua y el jabón hacen que el pelo se pegue a mí, y pronto parece que tengo un abrigo de pelo de San Bernardo. Yo me descojono y suelto;

—¡*Max*, estás en pleno proceso de cambio de abrigo, amigo, pero yo no tengo culpa!

A medida que continúa soltando pelo, me doy cuenta de que esto va a requerir un poco de esfuerzo extra para limpiarlo. Pero no puedo evitar reír ante la cantidad de pelo que está liberando.

—¡Vas a dejar el lugar lleno de tus pelos! —dice Marga.

Después de un baño y un secado exhaustivo, finalmente deja de soltar pelo y queda con un pelaje limpio y brillante. La sala de la peluquería, en cambio, parece haber sido víctima de una tormenta de pelo.

El inesperado "festival" del can se convierte en una anécdota divertida que comparto con mis clientes, y todos disfrutan de una buena risa ante la cantidad de pelo que este adorable

perro ha liberado en la *pelu* ese día.

¡A recoger se ha dicho!

Más tarde se presenta *Rocky*, un encantador *pomerania* naranja con un pelaje esponjoso y una personalidad que no pasa desapercibida.

Llega lleno de energía y entusiasmo. ¡Es tan avispado que no para quieto! En cuanto entra, comienza a dar vueltas y a saltar, como si estuviera listo para una fiesta en lugar de un baño. Parece que ya ha convertido la peluquería en su pista de baile personal.

—¡Hola, *Rocky*! ¡Parece que ya estás listo para la diversión!

Este no se queda quieto ni por un segundo. Mientras lo baño, se sacude como un pequeño terremoto de pelaje cada vez que le aplico el champú. Parece estar tratando de liberar su energía acumulada en forma de burbujas de jabón.

—¡*Rocky*, estás haciendo que esto sea una experiencia de baño muy animada!

Después de su baño, decidimos darle un tratamiento de spa especial. Le aplicamos un acondicionador que hace que su pelaje brille aún más y lo deja oliendo deliciosamente bien. Disfruta cada momento de su tratamiento de spa y parece estar en el paraíso de los perritos.

Cuando finalmente está listo, el perro sale de la bañera y comienza a correr por la peluquería como si estuviera participando en una carrera de velocidad. Su pelaje esponjoso se agita mientras se divierte, y su energía contagiosa ilumina todo el lugar.

La visita de *Rocky* y su entusiasmo añaden un toque de alegría y emoción a mi día en la peluquería canina. Su tratamiento de spa especial lo hace lucir y sentirse aún mejor, y estoy segura de que se va a casa como el perro más feliz del mundo.

La peluquería canina se llena de actividad cuando llegan más perritos, cada uno con su personalidad única y sus necesidades de cuidado. Estoy ocupada bañando, cepillando, cortando y mimando a nuestros peludos clientes, mientras ellos muestran su gratitud con lenguas felices y colas que no paran de moverse.

La mañana se va volando, y al mediodía decidimos tomar un merecido descanso para ir a comer. Cerramos temporalmente la peluquería y dejamos que los perritos descansen en sus jaulas cómodas y espaciosas.

—Bueno, chicos, es hora de tomarnos un respiro. Prometo que volveremos a haceros lucir espectaculares en un rato.

Junto a mi equipo, salimos de la peluquería y nos dirigimos a nuestro restaurante preferido. Compartimos risas y anécdotas mientras disfrutamos de una comida reconfortante. Sabemos que, al regresar, seguiremos teniendo faena para el resto de la tarde.

Después de un breve descanso, volvemos a abrir las puertas de la peluquería canina, donde nuestros peludos amigos nos esperan con sus colitas moviéndose y miradas expectantes. El resto del día promete ser igual de emocionante y lleno de momentos tiernos y divertidos con nuestros clientes caninos.

Por la tarde, acicalo a una gatita blanca persa con un aspecto encantador pero una actitud indomable. Sus ojos brillantes reflejan una determinación feroz mientras se retuerce y maúlla con descontento en sus pequeños brazos.

—Oh, vaya, parece que tenemos una cliente muy inquieta —suspiro.

La gatita se retuerce en mis brazos, tratando de liberarse con cada oportunidad que encuentra. Su pelaje sedoso se agita en todas direcciones, haciendo que sea aún más difícil controlar su pequeño cuerpo rebelde. Trato de calmarla por todos los medios.

—Está bien, pequeña, solo necesito cepillar tu pelaje y recortar un poco tus uñas. Será

rápido, te lo prometo.

La gatita me mira con desconfianza, sus ojos verdes brillantes parecen desafiantes mientras continúa luchando por liberarse. Con paciencia y determinación, tomo un cepillo suave y comienzo a trabajar en los enredos de su pelaje, manteniendo un agarre firme pero suave para evitar que se escape.

—Eso es, solo un poco más y estarás lista para lucir tu mejor aspecto, pequeña rebelde.

La gatita maúlla y gruñe, expresando su disgusto de una manera que no deja lugar a dudas. Aunque su actitud desafiante presenta un desafío, no puedo evitar sonreír ante su determinación y carácter único. Con movimientos hábiles y muchísima paciencia, continúo con mi tarea, decidida a hacer que esta sesión sea lo más suave posible para nuestra pequeña amiga peluda.

La gatita persa, a la que cariñosamente llamo *Diva*, parece decidida a hacer de su visita a la peluquería canina una experiencia difícil. Mientras intento recortar sus uñas con cuidado, ella se retuerce y salta con agilidad, haciendo que el proceso se convierta en un juego de persecución entre sus patas y las tijeras.

—Vaya, *Diva*, ¡parece que estás determinada a desafiarnos hoy! —exclama Marga—. ¡No te preocupes, no te dejaremos escapar tan fácilmente!

Con su energía inagotable, da un salto repentino, haciendo que la caja de accesorios se vuelque, dispersando peines y cepillos por todo el suelo. Ella se para sobre sus patas traseras con una expresión de triunfo en su rostro peludo, como si estuviera celebrando su victoria momentánea. Estallamos en risas.

—¡Oh, eres todo un espectáculo! —ríe Alma—. Parece que has decidido que la peluquería es toda tuya.

Con un poco de astucia y mucho sentido del humor, logro capturar a *Diva* y continuar con el proceso de aseo, asegurándome de que se sienta cómoda y segura en cada momento. A pesar de su actitud desafiante, no puedo evitar encariñarme con su personalidad animada y traviesa, convirtiendo su visita en una experiencia memorable y llena de risas para todas nosotras.

Termino la jornada laboral, me cambio con mi ropa de diario y cuando estoy poniéndome los zapatos justo mi teléfono comienza a sonar. Miro la pantalla y veo que es una llamada de mi pareja.

—Hola amor. ¿Qué pasa?

Hugo, con tono preocupado, comenta;

—Cariño, necesito que vengas a casa lo más rápido posible. Hay algo importante que tenemos que hablar.

Mi corazón se acelera ante la gravedad en su voz.

Me quedo en silencio por un momento, sintiendo cómo la preocupación se apodera de mí. ¿Qué podría ser tan importante como para que Hugo me llame de esa manera? Sin perder tiempo, le digo que estaré en casa lo antes posible y cuelgo el teléfono. Mis pensamientos se agitan mientras guardo rápidamente mis cosas en el bolso y cierro la peluquería canina.

El camino de vuelta a casa se siente interminable, mi mente dando vueltas y vueltas tratando de anticipar lo que Hugo podría tener que decirme. Al llegar, entro corriendo por la puerta y me lo encuentro en el salón, su rostro serio y preocupado.

—¿Qué sucede? —pregunto, apenas conteniendo la ansiedad en mi voz.

Suspira profundamente antes de responder, su mirada encontrando la mía con

sinceridad.

—¿Están bien las niñas?

—Sí, no es sobre ellas. Es algo delicado, que debíamos hablar en persona.

—¿Qué está pasando? -pregunto sentándome en el sofá, a su lado—. ¿Por qué suenas tan serio?

Respira hondo.

—Hay algo importante que necesito contarte. He estado guardando esto por un tiempo, pero siento que ya no puedo mantenerlo en secreto.

Mi corazón late con fuerza, esperando que continúe.

—Quieren trasladarme a otra ciudad, a mí y a otros compañeros —anuncia—. Me lo dijeron antes de nuestras vacaciones, pero me lo callé para que no fastidiará las mismas. Es una oportunidad increíble para mi carrera, pero significaría mudarnos.

Mi mente da vueltas mientras proceso la noticia. Mudarse a otra ciudad sería un cambio importante en nuestras vidas, especialmente con Emma y Gisela.

—Esto es... me tomas por sorpresa. ¿Qué quieres hacer?

—Quiero que estemos juntos en esto -agarra mi mano con determinación—. Pero también entiendo que es una decisión difícil y que podría afectar nuestras vidas y la de las niñas.

Nuestra conversación continúa, explorando los pros y los contras de esta decisión. Aunque estamos preocupados por cómo afectaría a nuestras vidas y a la familia que hemos construido, también reconocemos la importancia de seguir nuestras metas y oportunidades profesionales.

—Necesitamos pensar esto con cuidado y considerar lo que es mejor para todos nosotros.

Asiente.

—Así es... Lo que más quiero es que estemos juntos, independientemente de lo que decidamos.

La noche se convierte en una discusión calmada, profunda y reflexiva sobre nuestro futuro.

Emma y Gisela, son una parte fundamental de nuestras vidas. Hemos construido una familia feliz y estable juntos, y cualquier cambio les afectaría.

—Nunca pensé que enfrentaríamos una situación como esta —comento—. Pero también entiendo cuán importante es esta oportunidad para ti.

—Gracias por entenderlo, Helena. Lo último que quiero es que te sientas presionada o atrapada en esta situación.

Nuestra conversación continúa durante horas, explorando los pros y los contras de la mudanza, cómo afectaría nuestras carreras, la vida de las niñas y nuestra relación.

—Somos un equipo. Sea cual sea la decisión que tomemos, la tomaremos juntos y nos apoyaremos mutuamente.

—Eso significa el mundo para mí.

—Es la hora de ir a buscar a las niñas al colegio. ¿Me acompañas?

—Claro, vamos.

Hugo y yo nos reunimos nuevamente en la puerta de la escuela para recogerlas. Las risas y charlas animadas de ambas llenan el aire mientras caminamos de regreso a casa. El sol del atardecer pinta el cielo con tonos cálidos, y la sensación de haber superado otra jornada nos reconforta.

Al llegar a casa, nos sumergimos en la siguiente tarea de la lista: la tarea escolar. Sentadas alrededor de la mesa de la cocina, desplegamos libros y cuadernos. Hugo se encarga de las matemáticas, mientras yo ayudo con la gramática. Las gemelas, aunque a veces distraídas por su energía infantil, se esfuerzan por completar sus asignaciones.

El aroma reconfortante de la merienda comienza a llenar la casa, ya que he preparado cruasanes de chocolate en el horno que nos tomamos junto a unos batidos. Entre explicaciones y correcciones, compartimos anécdotas divertidas del día escolar.

Emma me explica que le ha encantado el menú del comedor del colegio, y Gisela que ha jugado con sus amigos y les ha contado lo bien que lo ha pasado en vacaciones.

A medida que avanzamos en la tarea, el ambiente se llena de un cálido sentido de unidad y cooperación familiar.

Con las tareas escolares finalmente completadas y las niñas duchadas, nos sentamos juntos a disfrutar de una cena ligera; sopa clara de fideos y filete de pollo. Las risas y conversaciones continúan fluyendo, y la casa se llena de la sensación acogedora de estar juntos. A pesar del ajetreo del día, conseguimos relajarnos un poco todos juntos.

La noche cae y en plena madrugada, aunque no hemos tomado ninguna decisión, siento que estamos más unidos que nunca. Estamos dispuestos a enfrentar cualquier cosa que la vida nos presente, sabiendo que lo más importante es nuestra conexión y amor inquebrantable el uno al otro y a nuestras pequeñas. Pienso en mi trabajo, y se añade otra preocupación a tener en cuenta ante la posible mudanza.

A la mañana siguiente, continuamos charlando del tema, a solas, mientras desayunamos y las niñas lo hacen en la cocina.

—Hugo, no he pegado ojo pensando en mi trabajo aquí. He construido mi propia clientela en la peluquería canina, y me preocupa dejar atrás a mis clientes y mi equipo.

—Lo entiendo, cariño —asiente comprensivo—. Tu trabajo es importante y has invertido mucho tiempo y esfuerzo en él.

Ambos reconocemos que tomar una decisión tan trascendental no puede basarse únicamente en las oportunidades profesionales de uno de nosotros. Ambos tenemos carreras y sueños que deben ser considerados.

—Creo que deberíamos explorar si hay opciones para mí en la nueva ciudad, ya sea abriendo mi propia peluquería canina o buscando empleo. Quiero seguir siendo independiente y continuar con mi carrera.

—Sería maravilloso si pudiéramos encontrar una solución que nos permitiera a ambos avanzar en nuestras carreras y mantenernos unidos como familia.

Ambos estamos dispuestos a hacer los sacrificios necesarios para que nuestra familia siga siendo fuerte y este unida. Los días pasan mientras Hugo y yo meditamos sobre la importante decisión que se avecina. Cada uno de nosotros reflexiona sobre lo que significa para nuestra familia, nuestras carreras y, sobre todo, nuestra relación. La tensión en el aire se siente cada vez más palpable, pero también lo hace nuestro deseo de encontrar una solución que funcione para todos.

En este período de reflexión, hablamos abierta y sinceramente sobre nuestros sueños y metas a largo plazo. También consideramos cómo esta decisión afectará a Emma y Gisela.

Tras mucho meditar sobre el tema, finalmente tomamos una decisión sobre el futuro de nuestra familia. Sentados juntos en la sala de estar, es el momento de compartir nuestra elección.

—He estado pensando mucho en todo esto, y quiero que sepas que estoy dispuesta a

apoyarte en esta oportunidad que tienes. Creo que es importante para ti y tu carrera.

—Helena, aprecio mucho tu apoyo y comprensión… Eres el amor de mi vida.

Esbozo una sonrisa.

—Pero también quiero que sepas que, después de reflexionar, he decidido que tengo suficientes ahorros para abrir mi propia peluquería canina. Quiero seguir con mi carrera yo también.

-¡Eso es increíble! Estoy emocionado de que puedas seguir haciendo lo que amas y, al mismo tiempo, estar cerca de mí. Te ayudaré en todo lo que pueda.

Sabemos que enfrentaremos desafíos en el camino, pero estamos listos para superarlos juntos. Nuestra familia está unida y fuerte, lista para embarcarse en esta nueva aventura en la que cada uno de nosotros persigue sus sueños y metas.

La emoción y el alivio llenan la casa.

—No puedo evitar sentirme agradecido por tenerte a mi lado.

—Estoy emocionada por embarcarnos en esta nueva aventura juntos y buscar una nueva casa.

Esta decisión marca un nuevo comienzo para nuestra familia. Abrazamos el cambio con valentía y esperanza, confiando en el camino hacia nuevas oportunidades y logros.

Ese domingo por la mañana, el sol brilla en el cielo y el aire está lleno de emoción mientras Hugo y yo nos preparamos para una emocionante excursión al zoológico con las gemelas. La ilusión y la alegría son palpables en el ambiente mientras cargamos el coche con una cesta de picnic y con la batería de los móviles bien cargadas, para poder capturar todos los momentos especiales.

—Chicas, ¿estáis listas para pasar un día maravilloso en el zoológico?

Gisela entusiasmada responde;

—¡Sí, papá! Quiero ver a los leones y los elefantes.

Emma salta de alegría.

—¡Y yo quiero ver a los monos y los pingüinos!

—Parece que tenemos un itinerario completo —rio—. ¡Vamos a hacerlo realidad!

Con las niñas en la parte trasera del coche, nos dirigimos al zoológico con música alegre sonando en la radio. Cuando llegamos, el zoológico se abre ante nosotros, lleno de la promesa de un día lleno de descubrimientos y aventuras.

Recorremos los diversos hábitats, desde la majestuosidad de los leones hasta la agilidad de los monos juguetones. Cada animal que vemos nos hace maravillarnos de la belleza y diversidad de la vida salvaje en nuestro planeta. Las niñas están encantadas, haciendo preguntas interminables y tomando fotos de sus animales favoritos.

—¡Mirad el elefante, es enorme!

—¡Y los pingüinos son tan graciosos!

Estamos encantados de ver la emoción en sus ojos mientras exploramos el zoológico. Tomamos un descanso para disfrutar de nuestro picnic en un área sombreada, compartiendo bocadillos y risas mientras hablamos sobre los animales que hemos visto hasta ahora. Mientras disfrutamos de nuestro picnic en el zoológico, Hugo y yo compartimos una mirada significativa. Sabemos que es el momento adecuado para hablar con Emma y Gisela sobre la mudanza a una nueva ciudad y la idea de hacer nuevos amigos en una nueva escuela.

—Hay algo importante que queremos contaros.

—¿Qué pasa papi? -pregunta curiosa.

Gisela mientras mordisquea una manzana insiste;

—Sí, ¿qué pasa?

—Hemos estado pensando en algunas cosas últimamente, y hemos tomado una decisión.

—Estamos considerando mudarnos a una nueva ciudad. Eso significa que tendremos que cambiar de escuela y vivir en una casa diferente.

Las caritas de ambas de pronto se llenan de sorpresa y duda mientras procesan la noticia.

—¿Mudarnos? ¿De verdad?

—Pero ¿qué pasará con nuestras amigas?

—Sabemos que esto puede ser difícil. Entendemos que tenéis amigas aquí y que cambiar de escuela no es fácil.

—Pero también creemos que esta mudanza es una oportunidad para nosotros cuatro. Podremos estar más cerca de algunos de nuestros parientes y tendremos nuevas aventuras juntos.

Las niñas intercambian miradas y, finalmente, Emma asiente.

—Está bien. Si eso es lo que queréis...

Gisela, sigue el ejemplo de su hermana.

—Sí, lo entendemos.

—Sabemos que es un cambio grande.

—Y siempre estaremos aquí para apoyarnos, sin importar dónde estemos.

Después de esa conversación, continuamos disfrutando de nuestro día en el zoológico, sabiendo que, aunque la mudanza será una locura, nuestra familia está unida.

—Este es un día perfecto en familia, ¿verdad?

—Definitivamente. Ver a las niñas tan felices y curiosas es lo mejor.

Después de la comida, visitamos el acuario, donde las niñas quedan hipnotizadas por los peces de colores brillantes y las criaturas marinas. Luego, exploramos el área de las aves exóticas, donde nos impresionan los colores y las canciones de las aves tropicales.

Mientras exploramos con ellas, una escena inesperadamente divertida comienza a desarrollarse en el área de los monos. Observamos un grupo de monos juguetones que saltan de un lado a otro, cuando uno de ellos, un mono inquieto, decide hacer una travesura.

El mono, con su pelaje desaliñado y ojos curiosos, se acerca a la cerca que nos separa y comienza a imitar nuestros gestos. Gisela, que es conocida por su risa contagiosa, no puedo contenerse y empieza a reír a carcajadas.

—Mira, Helena, ¡el mono está haciendo lo que yo hago!

El mono, como si estuviera jugando, imita las caras y los gestos de Gisela. La niña, encantada, le muestra diferentes expresiones faciales, y el mono la imita a la perfección. Emma también se une a la diversión, riendo mientras intenta hacer muecas cómicas.

—¡Papá, el mono también está haciendo caras divertidas para mí!

Hugo y yo no podemos evitar unirnos a la risa contagiosa de las niñas. La escena es tan divertida y adorable que otros visitantes del zoológico comienzan a notar lo que está sucediendo y se acercan para verlo.

Algunos niños también imitan caras hacia el mono, tratando de ver si también los imitan. La risa se extiende por toda el área, creando una atmósfera de alegría y diversión compartida.

—Creo que hemos descubierto el mono más gracioso del zoológico.

—Definitivamente —ríe—. Este mono es todo un comediante.

Pasamos un rato divertidísimo interactuando con el mono y compartiendo risas con los otros visitantes. Es uno de esos momentos inolvidables, la belleza de disfrutar de la vida y de los pequeños placeres que ofrece la naturaleza y la compañía de nuestra familia. Pero de repente, una señora mayor cercana comienza a sentirse mal y pierde el conocimiento. La preocupación se extiende entre los visitantes cercanos y sus familiares. Hugo, que tiene conocimientos de primeros auxilios, no duda en actuar de inmediato.

Se acerca rápidamente a la mujer mayor, verificando su pulso y asegurándose de que está respirando adecuadamente. Mientras tanto, yo llamo al personal del zoológico para que envíen ayuda médica de manera urgente.

—Señora, ¿me puede escuchar? —pregunta—. Estoy aquí para ayudarla. Mantenga la calma.

La señora, aunque débil, asiente con la cabeza y comienza a recobrar la conciencia lentamente. Mientras tanto, el personal del zoológico llega con un carrito de primeros auxilios, y un paramédico se hace cargo de la situación.

—Gracias por su ayuda —dice éste—. Vamos a evaluar su estado y brindarle atención médica.

Hugo, habiendo realizado lo que estaba a su alcance, se aparta para permitir que el personal médico atienda a la mujer. Las niñas, que han estado observando preocupadas, se acercan a nosotros.

—¿Está bien la señora, Helena?

—Sí, cariño —la tranquilizo—. El personal del zoo y el paramédico están cuidando de ella ahora. Todo estará bien.

—Parece que tiene una bajada de azúcar —confirma—. Gracias por su ayuda, fue vital para su recuperación inicial.

Los visitantes del zoológico se reúnen en un círculo, mostrando su apoyo y preocupación por la mujer. Después de un tiempo, la señora es estabilizada y la trasladan a un centro médico cercano para un chequeo más completo.

—Niñas, siempre es importante saber cómo ayudar a alguien en una situación de emergencia. Afortunadamente, la señora está recibiendo la atención que necesita.

—Tienes razón, papá.

—Sí, que valiente eres —agrega Gisela con admiración.

Después de este incidente, continuamos nuestro día.

Pasamos la tarde en el área infantil del zoológico, donde los cercados albergaban una variedad de animales adorables, desde pollos y gallinas hasta cobayas, conejos y cabritas pequeñas. Las niñas estaban encantadas de estar tan cerca de estos animales, y nosotros también compartíamos su emoción.

—¡Mira, Emma! ¡Hay pollos y gallinas! Son tan graciosos.

—¡Y mira esos conejitos! Son tan esponjosos.

Hugo y yo observábamos a nuestras niñas mientras interactúan con los animales bajo la atenta mirada de los monitores y otros padres que también disfrutan del momento. Los niños están aprendiendo a cuidar y respetar a los animales mientras acarician sus suaves pelajes y plumajes.

—Esto es maravilloso, ¿verdad, cariño?

—Definitivamente. Es importante que las niñas tengan la oportunidad de conectarse con la naturaleza y aprender sobre la vida animal.

Las niñas se acercan con cuidado a las cabritas pequeñas, extendiendo sus manos para tocarlas suavemente. Las cabritas, curiosas, dejan que las niñas las acaricien con cariño.

—Así es, chicas, tratad a los animales con suavidad y amor —comenta el cuidador.

Ambas asienten y continúan disfrutando de esta experiencia única. La belleza de la naturaleza y el contacto con los animales puede ser educativo y enriquecedor para los más jóvenes.

—¿Puedo quedarme aquí con los conejitos un poco más?

—Claro, cariño. Disfruta de tu tiempo con ellos —dice Hugo.

Gisela también se une a su hermana, y Hugo y yo observamos con alegría cómo comparten momentos especiales con los animales en el área infantil. Es una tarde memorable llena de aprendizaje y cariño en familia.

Al final de un día lleno de aventuras en el zoológico, con nuestras hijas cansadas pero felices, emprendemos el regreso a casa. El sol comienza a ponerse en el horizonte, y el viaje de regreso en el coche está lleno de risas y conversaciones sobre los animales que vimos y las experiencias compartidas.

—¿Os habéis divertido?

—Sí, mamá Helena. Fue genial ver todos esos animales —dice Emma tras un bostezo.

—Y las cabritas eran las más tiernas —añade Gisela.

Hugo, mirándolas por el espejo retrovisor murmura;

—Estoy seguro de que dormirán bien esta noche.

Mientras conducimos de regreso a casa, Emma y Gisela se sumergen en el sueño, acurrucadas en sus asientos. Las luces de la ciudad comienzan a iluminar el camino a medida que nos acercamos a nuestro hogar.

Al regresar del zoológico, todos nos ponemos los pijamas y vamos directos a dormir tras cenar algo ligero.

Cerca de las diez y media nuestra casa se suma en la tranquila oscuridad de la noche. Sin embargo, las noches con niños son tan impredecibles... Con patrones de sueño cambiantes, desde pesadillas hasta noches de insomnio, en esos momentos tienes que demostrar resiliencia como madre.

En medio de la quietud, un susurro angustiado rompe el silencio. Es la voz temblorosa de Emma, quien ha tenido una pesadilla. Yo, siempre alerta a los llamados de sus pequeñas, me apresuro hacia la habitación de las gemelas.

—Mamá Helena, tuve una pesadilla espantosa —dice Emma, con lágrimas aun marcando sus mejillas.

Me siento en el borde de la cama, envolviendo mis brazos alrededor de ella con ternura.

—Estoy aquí, cariño. Cuéntame sobre lo que has soñado.

Emma comparte sus temores, y la escucho con paciencia, consolándola con palabras reconfortantes. Gisela, sintiendo la tensión en el aire, se acurruca más cerca en su cama.

Mientras calmo a Emma, Gisela revela su propia inquietud.

—No quiero dormir sola —murmura, con ojitos llenos de preocupación.

Sonrío con dulzura y le ofrezco la mano.

—Entonces, no dormirás sola. Ven, mi amor.

Me traslado a la otra cama, creando un pequeño refugio de amor y seguridad donde las dos hermanas pueden descansar juntas.

Con la luz tenue de la lámpara de mesilla, les cuento historias reconfortantes y comparto

risas suaves. La noche se transforma en un momento íntimo, donde el lazo maternal se fortalece aún más.

A pesar de todo, las pesadillas y los miedos nocturnos no cesan y decido llevarlas a la habitación que comparto con su padre. Hugo, visiblemente cansado y tal vez un poco frustrado, se muestra en desacuerdo.

—No podemos seguir permitiendo que las niñas duerman con nosotros cada vez que tengan una pesadilla. Necesitan aprender a ser más maduras y a enfrentar sus miedos.

Suspiro.

—Entiendo lo que dices, pero son solo niños. Necesitan consuelo y seguridad. No creo que estemos mal al brindarles eso.

La discusión se desata en la penumbra de la habitación, nuestras opiniones chocan como olas en un mar tormentoso. Él insiste en la importancia de que las niñas aprendan a enfrentar sus temores y a dormir solas, mientras que yo defiendo la idea de que la madurez llega gradualmente y que necesitan el apoyo de sus padres para superar momentos difíciles.

—¿No crees que es hora de que dejen de depender tanto de nosotros para dormir? ¿Qué pasará cuando duerman solas en alguna excursión? Tienen que aprender a enfrentar estas cosas a tiempo -insiste, con un tono más elevado.

Sin ceder, respondo con firmeza;

—También es parte de la paternidad apoyarlas cuando lo necesitan. No creo que estemos haciendo algo malo.

La discusión persiste, las emociones están a flor de piel. La habitación, que suele ser un refugio tranquilo, ahora se siente cargada de tensión.

—Está bien. Que se queden.

7

A medida que transcurren las semanas, Hugo y yo nos aventuramos a descubrir la nueva ciudad en busca de nuestro futuro hogar. Recorremos las calles animadas y los barrios pintorescos, admirando las casas con encanto y los jardines exuberantes que se cruzan en nuestro camino. Cada puerta que se abre revela una oportunidad, y no podemos evitar sentirnos emocionados ante la idea de comenzar una nueva vida en este lugar especial.

Visitamos una casa con un jardín trasero amplio y un porche acogedor que nos roba el corazón. Los árboles frondosos y las flores coloridas crean una atmósfera mágica, y nos imaginamos a nuestras hijas corriendo y riendo. La sensación de calidez y comodidad nos envuelve mientras exploramos cada habitación, visualizando cómo nuestra familia podría convertir este lugar en nuestro propio refugio feliz.

En los siguientes días indagamos en la comunidad local, conociendo a vecinos amigables y descubriendo las maravillas ocultas de la ciudad. Mientras caminamos por las calles llenas de vida, nos damos cuenta de la diversidad cultural y las numerosas actividades comunitarias que hacen de este lugar un destino vibrante y acogedor. Nos sentimos cada vez más entusiasmados por la idea de formar parte de este barrio y construir una vida significativa aquí.

Otro día, exploramos otra casa con detalles encantadores. Los techos altos y las molduras elegantes nos transportan a otra época, y nos maravillamos ante la artesanía y el encanto clásico que se entrelazan en cada habitación. Mientras nos sumergimos en la nostalgia de este lugar atemporal, nos damos cuenta de que esta casa podría convertirse en el escenario perfecto para crear nuevos recuerdos.

Finalmente nos encontramos con un agente inmobiliario que nos guía a través de una variedad de opciones de vivienda en diferentes vecindarios de la ciudad. Su conocimiento experto nos brinda una perspectiva valiosa y nos ayudan a comprender mejor las posibilidades emocionantes que nos esperan en nuestro nuevo hogar. A medida que visitamos más propiedades, nos sentimos cada vez más cerca de encontrar el lugar perfecto que será el hogar de nuestros sueños.

Al regresar, discutimos qué vivienda es la que más nos ha gustado.

—¿Qué te parece la primera casa? Tiene un jardín espacioso y las habitaciones son mucho más grandes -le pregunto.

Con expresión pensativa, responde;

—Sí, el espacio es genial, pero me pregunto si realmente necesitamos algo tan grande. Además, la cocina es un poco pequeña para mi gusto y el precio es elevado.

Sus palabras me hacen sonreír, sabiendo que siempre ha tenido una debilidad por cocinas espaciosas.

—Bueno, también la segunda opción. Es un poco más modesta, pero tiene su encanto.

—Pero, ¿no crees que las habitaciones eran un poco pequeñas? Y además estaba poco iluminado.

Le respondo con una risa suave.

—Bueno, las niñas no necesitan tanto espacio, ¿verdad? Y creo que es más fácil de mantener.

Después de meditar varias opciones, Hugo y yo nos acordamos de una en especial en

una calle de lo más tranquila.

—La tercera que hemos visto me gustaba. No es demasiado grande, pero tiene ese encanto hogareño. Además, el jardín es pequeño y sería perfecto para que las niñas jueguen con *Gala*.

—Y podríamos celebrar sus cumpleaños.

Asiente con aprobación.

—Exacto, y la cocina parece lo suficientemente amplia para tus habilidades culinarias y mis mojitos.

Reímos.

—Además, la habitación de matrimonio tiene mucha luz y da a una calle silenciosa. Es perfecta para descansar.

—Y es la que está cerca más cerca de la escuela. Creo que sería un lugar conveniente para todos.

Nos abrazamos. Con la esperanza de un futuro emocionante, decidimos dar el siguiente paso y hacer de ese lugar nuestra nueva casa. Llamamos al comercial y le exponemos nuestra decisión final, nos cita para firmar y tramitar papeles. Juntos, construiremos recuerdos, superaremos desafíos y creceremos como familia en este acogedor rincón que llamaremos hogar.

***

—Mamá Helena, papá…

—¿Qué ocurre? ¿No estabais jugando a las muñecas?

—Se nos ha olvidado algo…

—¿De qué se trata?

—¡Tenemos una tarea especial para mañana! —exclama Gisela,

Curiosa, miro a las gemelas y pregunto:

—¿Qué tarea es esa, cariño?

Emma agrega con una risa traviesa:

—Tenemos que llevar un collar de macarrones a la escuela.

Hugo y yo intercambiamos miradas de sorpresa y luego soltamos una carcajada.

—¡Un collar de macarrones! Eso suena divertido.

—Pero chicas, ¿por qué no nos lo dijisteis antes? —pregunto, tratando de contener mi risa.

Gisela se encoge de hombros con inocencia,

—¡Se nos olvidó! Pero podemos hacerlos rápido antes de mañana.

Hugo se une a la diversión, ya que tiene turno de noche en comisaría.

—Bueno, parece que tendremos una misión de fabricación de collares de macarrones esta mañana. Vamos, pongámonos creativos.

—Iré a ver si tenemos materiales…

Ojeo rápido y me doy cuenta que tenemos de todo menos macarrones así que salgo disparada hacia el super en busca de éstos.

Minutos más tarde, la cocina se convierte en un festival de macarrones, pegamento y purpurina. Mientras las niñas crean sus obras maestras, Hugo y yo admiramos el entusiasmo en sus rostros.

El aire se llena de risas y charlas animadas mientras las niñas se sumergen en su mundo

de creatividad. Las risas de las niñas y el brillo en sus ojos son una hermosa melodía para nuestros oídos.

—Han quedado preciosos estos collares.

—Y nos lo hemos pasado genial.

—Sí, definitivamente. Me encanta verlas tan felices.

—Cariño, he de sacar a Gala a pasear y luego preparar mi bolsa de trabajo con algo de picoteo para pasar la noche. ¿Te importa que vaya preparando la cena mientras bañas esta vez tú a las niñas?

—Claro, no hay problema —respondo—. Puedo encargarme de eso mientras tú preparas todo.

—Genial. Solo asegúrate de que no se les olvide lavarse bien detrás de las orejas.

—Lo tendré en cuenta. Además, tengo pensado leerles el libro que les compramos del zoo antes de dormir. ¿Te parece bien?

—¡Por supuesto! Les encanta cuando les lees antes de dormir. Seguro que les hace mucha ilusión.

—Bueno, ahora regreso del paseo y me pongo manos a la obra con la cena entonces. ¡Gracias de nuevo, cariño!

—De nada, amor.

Cojo las toallas y preparo la bañera con agua caliente, asegurándome de que esté a la temperatura perfecta. Mientras tanto, las gemelas se desvisten con mi ayuda, aun murmurando sobre tener que interrumpir su creatividad. Pero no cedo, mantengo un tono firme pero cariñoso mientras las guío hacia el baño.

—Chicas, ya habéis oído a papá. Es hora del baño.

—¡Pero Helena, queremos seguir haciendo collares!

—Lo sé, pero tenéis que hacer caso y ducharos como os ha dicho vuestro padre. Podéis seguir pintando mañana después de la escuela.

—¡Pero mamá Helena!

—Vamos, al baño las dos.

—Está bien...

—Así me gusta, chicas. Rápido, que papá preparará la cena.

Emma y Gisela asienten resignadas y con expresiones de protesta en sus rostros. De repente, las niñas comienzan a discutir sobre quién se lleva qué al baño.

—¡Quiero llevar a mi muñeca sirena al baño! -exclama Gisela.

—¡No, yo quiero llevar mi peluche del parque de atracciones!

—Chicas, no podemos llevar juguetes al baño entre semana, lo sabéis bien.

—¡Pero mi sirena quiere venir!

—¡Yo quiero!

—Además Emma, el peluche se puede mojar y tardará días en secarse.

La discusión se intensifica mientras las niñas se aferran a sus puntos de vista con indignación. Finalmente se cansan y yo puedo bañarlas tranquilamente.

Se escucha la puerta cerrarse mientras yo les seco el pelo con secador. Gala viene súper contenta a vernos como si hubiera pasado días sin vernos. Le cuento a Hugo mi aventura en el baño.

—Me alegra que hayas vuelto. Las niñas ya están bañadas y listas para cenar —comento

mientras termino de secar a Emma.

—Voy a preparar la cena y a ponerle pienso a Gala -responde Hugo, dirigiéndose hacia la cocina.

Pero apenas unos minutos después, el aroma de la comida flota por la casa y las niñas corren hacia la mesa en pijama. Gisela frunce el ceño al ver el pescado sobre su plato.

—¡No quiero pescado! —exclama Gisela, empujando su plato con desdén.

—Hija, no puedes hacer berrinches así. Es importante comer de todo para estar sana -interviene Hugo, con tono serio.

—Gisela, cariño, es importante probar cosas nuevas. Además, papá ha preparado la cena con mucho esfuerzo. ¿Por qué no lo pruebas? —añado, intentando calmar la situación.

Gisela cruza los brazos con obstinación, pero después de unos momentos de insistencia por parte de Hugo y mía, finalmente accede a probar un pequeño trozo de merluza. Decepcionada por el sabor del pescado, comienza a sollozar con tristeza y protesta:

—¡No me gusta! ¡Quiero frankfurts! -declara entre lágrimas, mirando con desesperación a su padre.

Hugo suspira, visiblemente frustrado por la reacción de Gisela, pero trata de mantener la calma:

—Entiendo que no te guste, pero es importante comer de todo. Prometo que la próxima vez prepararé algo que te guste más, ¿vale?

Las lágrimas de Gisela continúan rodando por sus mejillas, pero asiente con la cabeza, aceptando a regañadientes la situación.

Cenamos y tras recoger los platos y fregarlos con un beso en la mejilla de cada una de nosotras, Hugo se despide y toma su mochila. Le miro preocupada mientras se dirige hacia la puerta, sabiendo que estos días estará trabajando en turno de noche.

—¡Cuidado en el camino! -le advierto con tono preocupado—. No me gustaría que te pasara algo malo.

Hugo me sonríe con ternura, tratando de tranquilizarme:

—No te preocupes, cariño. Estaré bien. Nos vemos por la mañana.

Asiento con una sonrisa forzada, tratando de disipar mis preocupaciones mientras observo cómo se aleja por la puerta.

Después de que las niñas se acurrucan en sus camas para ver los dibujos animados en la televisión, aprovecho el momento para contarles un cuento de animales de la selva. Sus ojitos brillan de emoción mientras les narro las aventuras de los simpáticos personajes.

Poco a poco, el cansancio las vence y sus párpados comienzan a pesarles. Una vez que están profundamente dormidas, suspiro aliviada y me doy cuenta de que tengo un momento de tranquilidad para mí misma.

Después de recoger la cocina y asegurarme de que todo esté en orden, preparo una taza de infusión de lavanda, mi favorita para relajarme. Me acomodo en el sofá al lado de Gala, con un buen libro entre las manos y me sumerjo en sus páginas, dejando que la historia me transporte.

Con cada sorbo de infusión y cada página que paso, siento cómo la calma y la serenidad llenan mi ser. Finalmente, cuando mis ojos comienzan a cerrarse por el cansancio, me preparo para irme a dormir, agradecida por este momento de paz.

***

A medida que los días van pasando, nos centramos en la tarea de empaquetar nuestras pertenencias para la mudanza. Las cajas se acumulan en cada rincón de la casa, llenas de recuerdos y objetos que hemos acumulado a lo largo de este año. Es un proceso laborioso pero necesario, y juntos nos organizamos para hacerlo lo más eficientemente posible.

Poco a poco, la casa va quedando vacía a medida que las cajas se van llenando y los muebles van siendo desmontados. Cada objeto guardado es un pequeño paso hacia nuestro nuevo comienzo en la ciudad de Alcántara. A pesar del cansancio y el trabajo duro, nos sentimos emocionados por lo que nos depara el futuro en nuestro nuevo hogar.

El sol brilla intensamente en el cielo despejado, llenando el día con su cálido resplandor. Los rayos dorados iluminan cada rincón, haciendo que todo se vea más vívido y radiante. El cielo azul se extiende infinitamente sobre nosotros, sin una sola nube a la vista. El calor del sol acaricia suavemente la piel, invitando a salir y disfrutar del día al aire libre. Es un día soleado y hermoso, perfecto para comenzar la mudanza.

Me despido de Marga y Alma, mis queridas compañeras de trabajo durante tantos años. Ellas se han ofrecido a echarnos una mano con el traslado, y su apoyo significa mucho para mí.

—Oh, Helena, vamos a extrañarte tanto en la peluquería —dice Marga con una mirada nostálgica.

—Sí, has sido una parte fundamental de nuestro equipo, y no será lo mismo sin ti —agrega Alma, con un gesto de tristeza en su rostro.

Les sonrío con pesar, agradecida por sus palabras.

—Gracias a ambas. Trabajar con vosotras ha sido una experiencia increíble. Siempre recordaré los momentos divertidos que compartimos y todo el apoyo que me habéis dado.

—¡Por supuesto! Asegúrate de ir escribiendo sobre tu nueva vida. Estamos ansiosas por saber cómo te va en Alcántara -dice Marga, con una sonrisa alentadora.

—Y no dudes en visitarnos cuando vuelvas por aquí, la puerta siempre estará abierta para ti -añade Alma, con sinceridad.

Les aseguro con un gesto firme:

—Definitivamente lo haré. Vosotras dos sois más que colegas, sois amigas para toda la vida-nos abrazamos con fuerza.

El camión de mudanzas llega puntualmente, listo para cargar nuestras pertenencias. Con cada caja que se carga en el camión, sentimos que nos despedimos de una parte de nuestra vida anterior y nos preparamos para comenzar de nuevo en un lugar desconocido.

Después de un emotivo intercambio de abrazos y palabras de despedida con mis queridas amigas, nos subimos al coche y emprendemos el viaje hacia Alcántara. Las niñas, inquietas en sus asientos traseros, observan con curiosidad por la ventana mientras pasamos paisajes familiares que se desvanecen lentamente en el horizonte.

Mientras conducimos hacia nuestro nuevo hogar, mi mente se llena de preguntas y reflexiones sobre cómo será nuestra vida en la ciudad. Me pregunto si las niñas se adaptarán fácilmente al nuevo colegio y si harán nuevos amigos con facilidad. ¿Estarán emocionadas por estar un lugar diferente o sentirán nostalgia por lo que dejamos atrás?

También me preocupa cómo nos adaptaremos nosotros, como familia, a esta nueva etapa de nuestras vidas. ¿Encontraremos nuestra rutina en este nuevo entorno? ¿Cómo será nuestra relación con los vecinos? ¿Lograremos establecer nuevas amistades y crear recuerdos felices en este lugar?

A medida que avanzamos por la carretera, estas preguntas y dudas flotan en mi mente, recordándome que este cambio es más que solo un traslado de casa; es el comienzo de una nueva aventura.

Al cabo de las horas llegamos a nuestra nueva casa, una encantadora residencia con un jardín acogedor. Aunque cansados por el viaje y los preparativos, la emoción por comenzar esta nueva etapa nos impulsa a desempacar y hacer de este lugar nuestro hogar lo antes posible. Con la ayuda del equipo de mudanza, comenzamos a sacar las cajas del camión y llevarlas al interior de la casa.

Mientras desempaquetamos, Hugo saca una caja etiquetada como "artículos frágiles".

—Mira esto Helena.

Y acto seguido, exclama con ironía;

—¡Vaya, parece que los platos han sobrevivido al viaje sin ningún percance!

Sorprendida, abro la caja y descubro que los platos están todos rotos en mil pedazos. Entre risas, comento:

—Bueno, al menos ahora tenemos una excusa para comprar una nueva vajilla, estaba cansada de la vieja.

Hugo asiente, riendo, y añade;

—Sí, ¿no lo habrás roto adrede?

Las risas nos acompañan mientras limpiamos el desastre de platos rotos y seguimos con más cajas.

Mientras organizamos la sala de estar, Emma encuentra una caja de juguetes que habíamos olvidado embalar. Con una sonrisa traviesa, exclama:

—¡Mira mamá Helena, mis muñecas están de fiesta en esta caja!

Al abrir la caja, descubrimos que las muñecas están entremezcladas con los juguetes de Gisela, y parecen estar disfrutando de una especie de baile.

Hugo y yo nos miramos, entre divertidos y sorprendidos, mientras las niñas hacen que sus muñecas "bailen" y "charlen" entre ellas.

—¡Parece que las muñecas también se han tomado su mudanza con mucho entusiasmo! -comento con una sonrisa.

—¡Sí, y parece que están organizando una fiesta sorpresa para nosotros! — responde Hugo, con una risa contagiosa.

Nos unimos a la diversión y pasamos un rato alegre jugando con las muñecas junto a las niñas, convirtiendo un pequeño olvido en un momento de alegría.

Las niñas, ansiosas por explorar su nuevo hogar, nos miran con ojos suplicantes.

—¿Podemos ir al jardín, por favor? -pregunta Gisela, con una sonrisa radiante.

Hugo y yo intercambiamos una mirada cómplice y asentimos con una sonrisa.

—Por supuesto, pero tened cuidado porque hay que podar algunas plantas —les advierto con cariño.

Abrimos los ventanales que dan al jardín y las niñas salen corriendo, seguidas de cerca por Gala, nuestra fiel compañera de cuatro patas. Sus risas llenan el aire mientras corretean entre las flores y un árbol limonero en pleno crecimiento, explorando cada rincón.

—Huelo a flores—exclama Emma, mientras Gisela intenta atrapar una mariposa que revolotea cerca.

Observamos con ternura cómo disfrutan de su libertad y nos sentimos felices de haber encontrado este lugar donde puedan crecer y jugar en un entorno seguro y acogedor.

—¡Oye, Helena! -exclama Hugo con entusiasmo—. Hablando de fiestas… ¿Qué te parece si organizamos una?

Levanto la vista de la caja que estoy vaciando y lo miro con una sonrisa.

-¡Me parece una excelente idea! -respondo emocionada. Será una manera perfecta de inaugurar nuestra nueva casa y compartir este momento con nuestros amigos y familiares.

Hugo asiente con una amplia sonrisa.

—¡Exactamente! Podemos hacer una barbacoa en el jardín, poner música y disfrutar de buena compañía -sugiere con entusiasmo.

Nos miramos el uno al otro, contagiados por el entusiasmo de la idea. Estoy emocionada por la perspectiva de crear nuevos recuerdos en nuestro hogar recién estrenado.

A medida que avanza la mañana, el hambre comienza a hacerse presente y decidimos pedir pizza para comer. Nos sentamos en el suelo de la sala de estar, rodeados de cajas y con la música de fondo de los clásicos del rock, mientras disfrutamos de unas deliciosas pizzas y compartimos anécdotas sobre nuestra mudanza. En un momento de distracción, noto que nuestra traviesa perra *Gala* ha desaparecido de nuestro alrededor. Con sus hábiles aptitudes ha logrado agarrar un enorme trozo de pizza barbacoa con carne picada y queso de la caja y ahora se lo está zampando a bocados gigantescos.

—Oh, no, *Gala*. ¡Eso no es para ti! -exclamo con una mezcla de asombro y diversión mientras intento quitarle el trozo de pizza.

Las niñas estallan en carcajadas ante la travesura de *Gala*, mientras ella, ajena a mis intentos de recuperar la pizza, disfruta de su inesperado botín con una expresión de satisfacción en su rostro canino.

—¡Gala, suelta eso ahora mismo! -le ordeno, tratando de mantener un tono firme mientras luchamos por el control del trozo de pizza.

Con una velocidad sorprendente, devora el trozo de pizza antes de que podamos siquiera intentar quitárselo. Las niñas continúan riendo mientras *Gala* disfruta de su inesperado festín con una expresión de satisfacción en su rostro canino.

—Qué testaruda —comenta Hugo con una sonrisa mientras la perra termina rápidamente su festín.

—Me da miedo que tenga dolor de tripa después.

—No te preocupes cariño.

Después de reponer fuerzas, nos ponemos manos a la obra para comenzar a colocar los muebles y objetos en su lugar. Juntos, organizamos el salón, la cocina y los dormitorios, tratando de encontrar la disposición perfecta para cada espacio. Aunque el trabajo es arduo, el ambiente está lleno de colaboración, y cada pequeño avance nos acerca un poco más a sentirnos como en casa.

A medida que el sol se va poniendo en el horizonte, nos sentimos satisfechos al ver cómo nuestro nuevo hogar comienza a tomar forma. Aunque todavía queda mucho por hacer, nos sentamos juntos en el suelo del salón, rodeados de cajas y muebles desordenados, sintiendo la calidez y la esperanza de un nuevo comienzo.

El ambiente tranquilo nos envuelve mientras nos preparamos para pasar nuestra primera noche en ella. Colocamos colchones en el suelo del salón y nos acomodamos con mantas y almohadas.

Las niñas están emocionadas por la idea de una "fiesta de pijamas" y están absortas viendo dibujos animados en la *Tablet* con *Gala* a sus pies.

Hugo anda poniendo bombillas y yo mientras tanto yo estoy preparando unos sándwiches de pavo con queso para cenar. De pronto, escucho el sonido del timbre. Hugo está más cerca, así que se dirige a abrir la puerta. Me doy cuenta de que aún no tiene puesta la camiseta, solo lleva puestos unos pantalones.

—¿Quién será a estas horas? - murmuro para mí misma mientras termino de untar la mayonesa en el pan. La curiosidad me gana y me asomo desde la cocina para ver quién ha venido a visitarnos.

—¡Hola, vecinos! -nos saluda una mujer con una sonrisa que ilumina su rostro -. Soy Laura, la vecina de al lado. Vivo con mi marido y nuestros hijos. Bienvenidos a la vecindad.

—Muchas gracias, encantado de conocerte.

—Hola, Laura. Gracias por tomarte la molestia de saludarnos -respondo con amabilidad, mientras observo cómo sus ojos recorren el torso desnudo de Hugo con un brillo curioso. Me resulta gracioso y apenas puedo contener una sonrisa divertida mientras ella sigue hablando.

—Dicen que es un barrio muy tranquilo -interviene Hugo, sin darse cuenta del interés de nuestra nueva vecina.

—Así es, aquí vivimos hace unos años y no hay delincuencia.

—Gracias por la bienvenida.

Laura asiente con entusiasmo y continúa hablando sobre el vecindario, pero no puedo evitar pensar en lo divertido que resulta ver cómo mira de reojo el físico de Hugo.

—Cualquier cosa que necesitéis no dudéis en pedírnoslo.

—¡Por supuesto! Gracias por la acogida y por ofrecerte a ayudarnos —le digo con una sonrisa agradecida mientras Hugo asiente con cortesía.

—De nada, queridos. Estoy aquí para lo que necesitéis —responde Laura con una amabilidad sincera—. Bueno, no os quitaré más tiempo. Disfrutad de vuestra primera noche en la casa nueva.

Nos despedimos con cortesía y cierto alivio, y una vez que Laura se ha ido hablamos entre nosotros.

—Parece ser una buena vecina —comenta él, rompiendo el breve silencio.

—Así parece -respondo con una risita —. Pero no puedo evitar notar cómo te ha mirado.

Hugo ríe y me da un ligero empujón juguetón.

—Tranquila, cariño. Estoy completamente enamorado de ti, no hay nada de qué preocuparse.

Sus palabras me reconfortan mientras nos dirigimos de vuelta a la cocina para terminar de preparar la cena. Una vez listo, llevamos los sándwiches de pavo con queso a la mesa del comedor, donde las niñas ya están esperando con ansias para cenar.

—¡Qué rico huele todo! exclama Emma con entusiasmo, mientras Gisela asiente emocionada.

Las niñas disfrutan de sus sándwiches con avidez y, entre bocado y bocado, Hugo y yo charlamos sobre nuestros planes para la nueva casa. Discutimos ideas para decorar las habitaciones, cómo aprovechar al máximo el espacio del jardín y qué mejoras podríamos hacer a largo plazo.

—¿Podemos tener una casita de juegos en el jardín? —pregunta Emma con los ojos brillantes de emoción.

—¡Claro que sí, cariño! Podemos buscar una bonita para que juguéis tú y Gisela — respondo con una sonrisa, contagiada por su entusiasmo.

Hugo asiente, añadiendo algunas sugerencias sobre el diseño y la ubicación de la casita de juegos. Mientras tanto, *Gala*, espera pacientemente bajo la mesa, esperando a que caiga algún pedazo más de comida.

Después de cenar, recogemos la mesa juntos y lavamos los platos. Las niñas se van a cepillar los dientes y se preparan para ir a dormir, mientras Hugo y yo nos tomamos un momento para relajarnos en el sofá.

—Ha sido un día agotador —comento, apoyando mi cabeza en el hombro de Hugo.

—Lo ha sido. Pero estoy feliz de estar aquí contigo y con las niñas, comenzando esta nueva aventura juntos- responde, rodeándome con un brazo y dándome un beso en la frente.

Nos quedamos un rato más charlando en la tranquilidad de nuestro nuevo hogar, emocionados por todo lo que el futuro nos depara.

***

Me levanto temprano y encuentro a mi chico aún en la cama, con el pelo alborotado y una expresión somnolienta en su rostro. Su pelo rebelde se despeina en todas direcciones, dándole un aspecto adorable. Con un bostezo, se frota los ojos y se despereza, estirando sus largos brazos hacia el techo. Su camiseta está un poco arrugada por la noche, pero se ve cómodo en sus pantalones de algodón y zapatillas. Me acerco y le doy un beso en la mejilla.

—¿Buenos días, cariño? ¿Cómo has dormido? —le pregunto con una sonrisa.

—Buenos días, mi amor. He dormido bien, gracias. ¿Y tú? —responde él, devolviéndome la sonrisa.

—También. Estoy emocionada por el día que nos espera —le digo, mientras me siento en el borde de la cama.

—Sí, yo también. Las niñas seguro que lo pasarán genial en su primer día de colegio —comenta, con una expresión de ternura en su rostro.

Con esa conversación, nos levantamos y nos preparamos para enfrentar el día juntos.

Hugo se dirige a la cocina con paso tranquilo y enciende la cafetera mientras el aroma del café recién hecho comienza a impregnar el aire. Mientras tanto, noto que su mirada se desvía hacia la ventana y escucho que murmura un suave "buenos días". Me acerco a él con curiosidad y pregunto:

—¿A quién saludabas, cariño?

Hugo sonríe y señala hacia afuera.

—Es Laura, nuestra nueva vecina. La vi mientras estaba en el jardín —responde, con una expresión de interés en su rostro.

—¡Ah, ya veo! Bueno, eso es genial —comento con entusiasmo, mientras me uno a él en la cocina para preparar el desayuno.

Disfrutamos de un desayuno tranquilo y a solas, compartiendo conversaciones y risas mientras nos preparamos para el día que nos espera. Después de terminar, cada uno se dirige a sus quehaceres matutinos: Hugo se encarga de peinarse y vestirse con su habitual elegancia, mientras yo me arreglo con calma, eligiendo con cuidado mi atuendo para el día.

—Buenos días. ¿Hoy vamos al colegio?

—¡Buenos días, cariño! Sí, hoy es vuestro primer día. ¿Estás lista?

—¡Sí, sí! ¡Quiero conocer a mis nuevos amigos y jugar!

—Eso suena genial, chicas. Vamos a preparar un desayuno rápido y luego nos ponemos

los uniformes.

Las niñas asienten con entusiasmo mientras se sientan a la mesa para desayunar un vaso de leche con cola cao y magdalenas.

Después del desayuno, nos apresuramos a vestir a las niñas con sus uniformes, asegurándonos de que estén impecables y listas para su gran día.

—¿Cómo te sientes? -pregunto a Gisela mientras ajusto su mochila.

—Estoy emocionada pero un poco nerviosa, mamá. ¿Y si no hago amigos?

—No te preocupes. Eres una niña muy amable y seguramente harás muchos amigos hoy.

—¡Yo también quiero muchos amigos! —añade Emma, saltando de emoción.

—Venga, vamos a por ello. Será un día genial, ya veréis.

Con un beso en la mejilla de cada una, salimos de casa y nos dirigimos hacia la escuela, con los corazones llenos de emoción y orgullo por nuestras valientes niñas.

***

Después de dejarlas en la escuela, Hugo y yo decidimos explorar un poco más el vecindario, ya que es su día de fiesta. Visitamos algunas tiendas y nos sorprendemos gratamente al descubrir un paseo amplio lleno de tiendas de ropa, cafeterías... Caminamos a paso ligero, mientras conversamos sobre nuestras impresiones de la ciudad y las posibles actividades que podríamos hacer en el futuro.

—¿Qué te parece la ciudad hasta ahora? —pregunta Hugo, mientras observa un escaparate con interés.

—La verdad es que me está sorprendiendo gratamente. Además, la gente parece muy amable -respondo, disfrutando del sol y del bullicio a nuestro alrededor.

—Sí, estoy de acuerdo. Me encanta el ambiente de este barrio. Es tan acogedor -dice con una sonrisa.

Continuamos caminando y, de repente, me topo con un local que llama mi atención. Es un espacio amplio y bien ubicado, con grandes ventanales que permiten la entrada de mucha luz natural. Me detengo frente a él, con una idea repentina en mi mente.

—Mira. ¿Qué te parece este local? —digo, señalando el edificio con entusiasmo.

Hugo se detiene a mi lado y observa el lugar con detenimiento.

—Hmm, se ve bien. ¿Estás pensando en.…?

—Sí —le interrumpo, sonriendo—. Podría montar aquí mi peluquería canina. El espacio es perfecto, y la ubicación es ideal.

Me mira con una mezcla de orgullo y emoción.

—Me encanta la idea. Además, sabes que siempre te apoyaré.

Nos quedamos unos minutos más observando el local y discutiendo las posibilidades, imaginando cómo podría transformar ese espacio en el centro de peluquería canina de mis sueños.

Tomo el teléfono y agendo una cita con el dueño del local.

—Hola, buenos días. Me gustaría programar una cita para ver el local que tienen en alquiler en la calle principal.

—¡Claro! —responde una voz amable al otro lado del teléfono—. ¿Cuándo le gustaría venir?

—¿Podría ser mañana por la mañana? —pregunto, esperando que haya disponibilidad.

—Sí, mañana a las 10:00 está perfecto. Nos vemos entonces.

—¡Genial, gracias! Hasta mañana.

Cuelgo el teléfono y miro a Hugo con una sonrisa emocionada.

—Cita programada para mañana a las 10:00. Voy a ver el local.

—¡Eso es estupendo! -dice dándome un abrazo—. Estoy seguro de que te va a encantar.

—Espero que sí —respondo, sintiendo una mezcla de nervios y entusiasmo—. Será el primer paso para hacer realidad mi sueño aquí.

Seguimos caminando por el vecindario, charlando sobre cómo podríamos decorar el local y qué servicios ofrecería. La idea de comenzar algo nuevo en una ciudad diferente me llena de energía y motivación.

Después de explorar un poco más, decidimos parar en una panadería para disfrutar de un café y un croissant. Mientras nos sentamos en una pequeña mesa al aire libre, Hugo me observa con cariño.

—¿Qué tal si llevamos también unas chuches para las niñas cuando las recojamos? —propone.

—Les encantará la sorpresa —respondo, pensando en cómo estarán ellas en su primer día de escuela.

—¿Crees que se adaptarán bien? —pregunta dándole un sorbo a su café.

—Estoy segura de que sí. Son muy sociables y les encanta hacer nuevos amigos. Además, la escuela parecía muy acogedora cuando la visitamos.

—Tienes razón. A veces me preocupo demasiado —dice sonriendo.

—Es normal preocuparse, pero confío en que todo saldrá bien —le aseguro, sintiendo la misma confianza para mí misma.

Pasamos un rato agradable en la panadería, disfrutando del momento y planeando nuestro futuro. A medida que el día avanza, la emoción de lo que está por venir nos llena de energía, listos para enfrentar todos los desafíos y aventuras que nos esperan.

Hacia la tarde, nos sentamos en el salón con las niñas para escuchar cómo les ha ido en su primer día. Están emocionadas y no paran de hablar al mismo tiempo, así que Hugo y yo nos turnamos para entender lo que cada una dice.

—¡Mamá Helena, papá! —grita Gisela, mostrando un dibujo—. Hice este dibujo en clase. Es de nuestra nueva casa.

—¡Es precioso, Gisela! —le digo, admirando los colores brillantes y los detalles—. ¿Y tú, Emma? ¿Cómo fue tu día?

Emma saca un informe de extraescolares de su mochila y lo pone sobre la mesa.

—Quiero hacer gimnasia rítmica. La profesora nos lo explicó y me encantó.

Gisela, que estaba hojeando el mismo informe, interviene con una gran sonrisa.

—¡Y yo quiero hacer patinaje! Vi a las chicas patinando y quiero aprender.

Hugo y yo nos miramos, felices de verlas tan entusiasmadas.

—Está bien, chicas. Vamos a inscribirlas en esas actividades —dice Hugo, dándoles un beso en la frente a cada una—. Pero ahora, ¿qué tal si hacemos algo divertido para la cena?

—¡Pizza! —gritan las dos al unísono.

Nos dirigimos a la cocina y comenzamos a preparar la pizza. Las niñas eligen sus ingredientes favoritos mientras Hugo y yo supervisamos el caos que se desarrolla. La harina vuela por todas partes y las risas llenan la casa.

—Papá, quiero mucho queso —dice Emma, intentando poner una cantidad exagerada de queso mozzarella.

—Y yo quiero aceitunas —añade Gisela, con un tono adorable mientras coloca las rodajas.

—Está bien, pero aseguraros de dejar espacio para que se cocine bien —les digo, ayudándolas a distribuir los ingredientes.

La pizza se hornea y pronto nos sentamos todos a la mesa.

—Esto está riquísimo —dice Hugo, tomando un gran bocado—. Buen trabajo, equipo.

—¡Sí! —gritan las niñas, con la boca llena de pizza.

Después de cenar y recoger la cocina, llevamos a las niñas a sus camas y les leemos un cuento para ayudarlas a relajarse. Las veo quedarse dormidas con una sonrisa en el rostro, lo que me llena de tranquilidad.

Más tarde, cuando la casa está en silencio, Hugo y yo nos sentamos en el salón, planeando nuestro próximo fin de semana a solas.

—Podríamos ir a ese pequeño spa del que me hablaste —sugiere Hugo, mientras me abraza—. Relajarnos un poco y desconectar de la mudanza.

—Me parece una excelente idea —respondo—. Necesitamos un tiempo para nosotros después de toda esta locura.

—Exacto. Un fin de semana para disfrutar de nuestra compañía —dice, besándome suavemente.

Nos quedamos hablando un rato más, planeando los detalles y soñando con el merecido descanso.

Finalmente, nos retiramos a nuestra habitación, el cansancio del día empieza a desvanecerse mientras cerramos la puerta detrás de nosotros. Me siento al borde de la cama, dejando escapar un suspiro de satisfacción y agotamiento. Hugo se sienta a mi lado, me mira con una sonrisa tierna y me acaricia el cabello.

—Hoy ha sido un buen día, ¿verdad? —pregunta con su voz suave y cálida.

—Sí, ha sido un gran día —respondo, apoyando mi cabeza en su hombro.

Sus manos comienzan a moverse lentamente por mi espalda, masajeándome con firmeza y ternura. Siento cómo la tensión del día se disipa bajo su toque. Me giro para mirarlo, encontrando su mirada fija en la mía, llena de deseo y amor.

—¿Sabes qué? —dice, inclinándose para besarme—. Creo que deberíamos celebrarlo de una manera especial.

Sonrío y respondo a su beso con fervor, sintiendo cómo la energía entre nosotros se intensifica. Nos dejamos llevar por la pasión, nuestros besos se vuelven más urgentes y nuestras manos exploran con ansias. Nos desvestimos rápidamente, arrojando la ropa al suelo sin pensar, solo concentrados en el momento presente.

Nos dejamos caer sobre la cama, los cuerpos entrelazados. Hugo me besa el cuello, sus labios ardiendo contra mi piel, provocando escalofríos de placer que recorren todo mi ser. Me arqueo bajo su toque, mis manos aferrándose a sus hombros mientras el deseo se apodera de nosotros.

—Te amo —susurra en mi oído, su aliento caliente contra mi piel.

—Y yo a ti —respondo con voz temblorosa.

Nuestros cuerpos se mueven juntos en una danza de intimidad salvaje, cada caricia y beso encendiendo aún más la pasión entre nosotros. La conexión es intensa, profunda, y nos

perdemos en el placer compartido, olvidándonos de todo lo demás.

Finalmente, exhaustos pero satisfechos, nos acurrucamos sobre las sábanas. Hugo me abraza con fuerza, sus manos todavía acariciándome suavemente mientras nuestros cuerpos se relajan juntos.

—Ha sido increíble —digo, mi voz es apenas un susurro mientras mi respiración se calma.

—Sí —responde, besándome en la frente—. Te amo, Helena.

—Y yo a ti, amor —respondo, cerrando los ojos mientras el sueño comienza a llevarme —. Gracias por todo.

Nos quedamos así, abrazados y felices, hasta que el sueño nos reclama por completo. Mañana será un nuevo día, pero por ahora, tenemos este momento perfecto solo para nosotros.

8

El sol brilla alto en el cielo mientras camino hacia el local, con el corazón palpitando de emoción y un poco de nerviosismo. Al llegar, me recibe un hombre de mediana edad con una sonrisa cálida y ojos brillantes, que se presenta como el dueño del mismo.

—Hola, soy Helena. Un placer conocerle —digo, estrechándole la mano firmemente.

—Igualmente, Helena. Soy Javier. ¿Por qué no pasamos y hablamos un poco más sobre tu proyecto? —responde, haciendo un gesto para que entre.

El local es espacioso, con grandes ventanales que permiten la entrada de mucha luz natural. Mientras caminamos, Javier me hace algunas preguntas sobre mi idea para la peluquería canina y mis planes para el negocio. Le explico con entusiasmo cada detalle: las mesas de grooming, la bañera especial, la zona de descanso para los perros, los productos de alta calidad y la sección de piensos naturales y comida húmeda.

—Tengo que decir que estoy impresionado —dice Javier cuando terminamos el recorrido—. Parece que has pensado en todo. Me gusta mucho la idea de ofrecer un servicio tan completo y especializado.

—Gracias. Realmente creo que hay una gran demanda para este tipo de servicio, ya que no he visto ninguna otra peluquería. Además, quiero que sea un lugar donde tanto los perros como sus dueños se sientan bienvenidos y cómodos —respondo, sintiendo cómo la emoción crece en mi interior.

—Estoy seguro de que tu negocio será un gran éxito —dice con una sonrisa, estrechando mi mano—. Bienvenida al vecindario.

Nos sentamos en una pequeña oficina al fondo del local para discutir los términos del alquiler. Javier es muy flexible y parece realmente interesado en ayudarme a poner en marcha la peluquería canina.

—Vamos a hacer esto oficial —dice, sacando algunos documentos—. Quiero que tengas un buen comienzo, así que los primeros tres meses te haré un descuento en el alquiler para que puedas invertir más en el equipamiento y el marketing.

—¡Eso sería increíble! —exclamo, sintiendo una oleada de alivio y gratitud—. Realmente lo aprecio.

Firmamos los papeles y nos estrechamos la mano de nuevo. Salgo del local con una alegría que no me cabe en mí, visualizando cómo voy a transformar ese espacio en el lugar perfecto para mis clientes de cuatro patas.

Mientras camino de regreso a casa, decido llamar a Hugo para compartir la buena noticia. Sé que estará tan emocionado como yo.

—Hola, amor —contesto cuando él responde

—Hola, Helena. ¿Cómo ha ido? —pregunta, su voz llena de interés.

—¡Fue genial! El dueño del local está encantado con mis ideas. ¡Ya tenemos el lugar perfecto para la peluquería canina! —exclamo con entusiasmo.

—Eso es increíble. Sabía que lo lograrías —dice Hugo, su voz llena de orgullo—. Ya estoy deseando ver cómo se desarrolla todo.

De repente, escucho un pitido en la línea, indicando que tengo otra llamada entrante. Miro la pantalla y veo que es del colegio de las niñas.

—Cariño, me está entrando otra llamada del colegio. Te llamo luego, ¿vale?

—Claro, habla con ellos. Nos vemos en casa. Te amo.

—Y yo a ti. Hasta luego.

Cambio de llamada y contesto al colegio, tratando de mantener la calma.

—Hola, soy Helena, la madre de Gisela y Emma.

—Hola, señora. Soy la secretaria del colegio. Gisela se ha puesto mala de la tripa y creemos que sería mejor que la llevara a urgencias.

Mi corazón se acelera al escuchar esto.

—Voy de inmediato. Gracias por avisar.

Cuelgo y corro hacia el coche, preocupada por mi pequeña. Llego al colegio y encuentro a Gisela en la enfermería, con una expresión pálida y dolorida.

—Vamos, cariño, te llevaré al médico —le digo suavemente, ayudándola a levantarse.

Conduzco lo más rápido que puedo hacia el área de urgencias del ambulatorio. Durante el trayecto, trato de mantener a Gisela tranquila.

—Todo va a estar bien, cariño. El médico te ayudará a sentirte mejor.

Una vez en la clínica, nos atienden rápidamente. Después de un examen, el médico nos dice que es una gastroenteritis leve, probablemente causada por algo que comió. Nos da algunas recomendaciones y nos manda a casa.

De regreso a casa, Gisela se queda dormida en el coche. La llevo cuidadosamente a su cama y la arropo con cariño. Me siento al borde de la cama, observando cómo duerme, agradecida de que no sea nada grave.

Decido enviarle un mensaje a Hugo para que no se preocupe cuando vea que no estamos en casa:

“Todo bien. Gisela tiene una gastroenteritis leve. Estamos en casa y ella está descansando. Nos vemos luego. Te amo.”

Me recuesto en el sofá, agotada por el ajetreo del día, pero aliviada de que todo haya salido bien.

***

Hugo y yo decidimos aprovechar el día para comprar pintura y materiales para la remodelación del local. Queremos tener todo listo para empezar a trabajar en la nueva peluquería canina cuanto antes. La madre de Hugo se ofrece amablemente a cuidar a Gisela y Emma, así que dejamos a las niñas con ella y nos dirigimos al centro comercial.

El trayecto en coche está lleno de conversaciones sobre colores y estilos.

—Estaba pensando en un verde menta para las paredes —le digo a Hugo—. Es un color relajante y fresco, perfecto para la peluquería.

—Me gusta la idea —responde Hugo, asintiendo—. También necesitamos decidir sobre el suelo. ¿Qué te parece algo resistente y fácil de limpiar?

—Definitivamente. Quizás un laminado de buena calidad o un vinilo que imite madera. Quedaría genial y sería práctico —le contesto, emocionada.

Llegamos a un centro comercial famoso por estar dedicado al bricolaje y comenzamos a recorrer los pasillos. Al poco de estar allí tenemos el carro lleno de pintura, herramientas y todo tipo de materiales de construcción. Me siento como una niña en una tienda de golosinas, emocionada por todo lo que vamos a hacer con ello.

—Mira esto —digo, señalando una muestra de pintura verde menta—. Creo que este es el tono perfecto.

—Sí, está genial. Vamos a llevar un par de botes —responde él, metiéndolos en el carrito.

También elegimos rodillos, brochas, cinta de pintor y plásticos para cubrir el suelo. Seguimos caminando y nos detenemos en la sección de suelos.

—¿Qué opinas de este vinilo? —pregunta Hugo, señalando una muestra que imita la madera clara.

—Me encanta. Es elegante y práctico. Vamos a llevarnos un par de rollos —respondo, sonriendo.

Después de llenar el carrito con todo lo necesario, nos dirigimos a la caja para pagar. La emoción que tengo por empezar es palpable.

—Estoy tan emocionada por ver cómo queda todo —digo mientras Hugo carga las bolsas en el coche.

—Yo también. Va a ser increíble, Helena. Vamos a hacer un gran equipo —responde él, dándome un beso en la frente.

Cuando estamos acabando de cargar las cosas en el maletero, nos encontramos con la vecina Laura, que viene acompañada por un hombre alto y sonriente.

—¡Hola, vecinos! —dice Laura con entusiasmo al vernos—. Qué casualidad encontrarnos aquí. Os presento a mi marido, David.

—Hola, encantado de conoceros —dice este, estrechando nuestras manos—. Laura me ha hablado de vosotros.

—Igualmente —responde Hugo con una sonrisa—. Es un placer conocerte.

—¿Estáis comprando algo en especial? —pregunta Laura, mirando los botes de pintura y los materiales en nuestro carrito.

—Sí, vamos a remodelar un local que hemos cogido para abrir nuestra peluquería canina —le explico—. Estamos muy emocionados por empezar.

—¡Qué emocionante! —exclama Laura—. Seguro que quedará genial. Oye, ya que estamos aquí, queríamos invitaros a una fiesta en nuestra casa este fin de semana. Sería genial conoceros mejor y que os integréis en el vecindario.

Hugo y yo intercambiamos una mirada. Aunque nos encantaría ir, este fin de semana ya tenemos planes.

—Gracias por la invitación —digo, sonriendo—. Pero este fin de semana tenemos planes que no podemos cambiar. Nos encantaría ir en otra ocasión.

—Claro, no hay problema —responde Laura con amabilidad—. Habrá muchas más oportunidades. ¡Os esperamos para la próxima!

—¡Perfecto! —añade Hugo—. Nos encantaría ir en otra ocasión. Gracias por pensar en nosotros.

Nos despedimos de Laura y David, y nos marchamos del centro comercial. En el coche de regreso a casa, hablamos sobre la invitación de nuestros nuevos vecinos.

—Parecen muy agradables, ¿no crees? —comento, observando a Hugo.

—Sí, lo son. Estoy seguro de que tendremos muchas oportunidades para socializar con ellos —responde él—. Pero estoy feliz de que este fin de semana sea solo para nosotros.

—Yo también. Será bueno tener algo de tiempo juntos antes de que empiece la locura de la remodelación —digo, dándole un beso en la mejilla.

Llegamos a casa y encontramos a las gemelas descansando en el sofá con su abuela viendo una película de dibujos.

—¿Cómo se han portado nuestras pequeñas? —pregunto, acercándome a Gisela.

—Se han portado genial. Gisela ya se siente mucho mejor —responde la madre de Hugo con una sonrisa.

—Gracias por cuidar de ella, mamá —dice Hugo—. Realmente lo apreciamos.

—De nada, querido. Siempre estoy aquí para ayudar —responde su madre.

—La abuela ha de marcharse ya, decidle adiós.

Las niñas corren hacia la abuela y se aferran a sus piernas.

—¡No queremos que te vayas, abuela! —dice Gisela con un puchero.

—Sí, quédate con nosotras —añade Emma, abrazándola fuerte.

Hugo sonríe y se agacha para estar a la altura de las niñas.

—No os preocupéis, chicas. Este fin de semana vais a tener una sorpresa —dice Hugo —. Vais a ir a dormir en casa de los abuelos.

Los ojos de las niñas se iluminan de inmediato.

—¿De verdad? —pregunta Gisela con emoción.

—¡Sí! —responde Hugo—. Helena y yo vamos a ir a un sitio a descansar, y vosotros vais a tener todo un fin de semana en su casa. ¿Os gusta la idea?

—¡Sí, sí! —exclama Emma, dando saltos de alegría—. ¡Nos encanta la idea!

La abuela sonríe, claramente feliz de pasar tiempo con sus nietas.

—Será muy divertido, chicas. Prepararé galletas y veremos películas de princesas — dice acariciando el cabello de Gisela.

—¡Galletas! —grita Gisela, aplaudiendo—. ¡Quiero hacerlas contigo!

—Y yo también —añade Emma, con la misma emoción.

—Perfecto —dice Hugo, levantándose—. Gracias, mamá. Sabemos que estarán en buenas manos.

—De nada, hijo. Sabes que siempre disfruto pasar tiempo con las niñas —responde su madre—. Vosotros dos disfrutad de vuestro descanso. Os lo merecéis.

Nos despedimos de la abuela, y Hugo y yo empezamos a preparar nuestras cosas para el fin de semana. La casa está llena de entusiasmo y risas mientras las niñas cuentan emocionadas sus planes.

—No puedo esperar a ir a la casa de la abuela —dice Gisela—. Va a ser tan divertido.

—Sí, seguro que lo será, cariño —respondo, sonriendo—. Y papá y yo también vamos a tener un buen descanso. Será bueno para todos.

—Vamos a tener una gran aventura—dice Emma, abrazándome.

—Así será —digo, devolviéndole el abrazo—. Y cuando volvamos, tendremos muchas historias que contarnos.

Después de una cena ligera, Hugo y yo nos sentamos juntos en el sofá, buscando en internet distintos hoteles y destinos para nuestro fin de semana de descanso. Hojeamos páginas web de estancias rurales, hoteles boutique y retiros de spa, discutiendo las opciones y leyendo reseñas de otros huéspedes.

—Este hotel parece bonito —comento, señalando la pantalla de mi portátil—. Tiene una piscina cubierta y un área de spa.

Hugo asiente, examinando las fotos detenidamente.

—Sí, se ve genial. Y está cerca de un lago, así que podríamos hacer algunas actividades

al aire libre también —dice, mostrando interés.

Continuamos explorando diferentes opciones, debatiendo sobre la ubicación, las instalaciones y las actividades disponibles en cada lugar. Finalmente, nos decidimos por un encantador hotel boutique en las afueras de la ciudad, con vistas a las montañas y un ambiente tranquilo y relajante.

—Creo que este es el lugar perfecto para nuestro fin de semana —digo, sonriendo mientras confirmamos la reserva.

Me rodea con el brazo y me da un beso en la mejilla.

—Estoy de acuerdo. Va a ser un tiempo maravilloso para nosotros dos, lejos del bullicio de la ciudad —dice, con una sonrisa en los labios.

Con la emoción de nuestra escapada a solas, nos retiramos a la cama, listos para disfrutar de un merecido descanso juntos.

Pero de pronto, cuando ya casi estamos cerrando el pago, nuestros ojos se iluminan al descubrir una irresistible oferta: un paquete romántico que incluye spa, cena, una botella de cava y bombones, todo ello en un precioso hotel burbuja con la promesa de disfrutar de unas espectaculares vistas a las estrellas.

—¡Mira esto, Helena! —exclama Hugo, señalando emocionado la pantalla de la computadora—. ¡Es perfecto para nosotros!

Nos quedamos maravillados ante la idea de pasar una noche en esa habitación iglú, rodeados de naturaleza y con la posibilidad de contemplar el cielo estrellado desde la cristalera panorámica.

—Es increíble, Hugo. ¡Me encantaría hacerlo! —respondo, contagiada por su entusiasmo.

Sin dudarlo, procedemos a reservar el paquete romántico y anticipamos con emoción nuestra próxima aventura juntos. La idea de relajarnos en el spa, disfrutar de una deliciosa cena bajo las estrellas y brindar con cava en nuestra acogedora habitación llena de ilusión y expectativas.

Con una sonrisa en los labios y el corazón lleno de emoción, nos preparamos para vivir una experiencia inolvidable en medio de la naturaleza.

9

Con el paso de los días, finalmente terminamos las reformas tanto en casa como en el local. Éste último luce exactamente como lo había imaginado. Ahora, con todo en su lugar, me encargo de organizar la inauguración. Quiero que sea un evento memorable, algo que atraiga a la comunidad y presente oficialmente nuestra peluquería canina. El centro brilla con un aire moderno y acogedor. Las mesas de trabajo están dispuestas de manera ordenada, cada una equipada con herramientas y productos de alta calidad para el cuidado de las mascotas. La bañera, grande y reluciente, es el centro de atención, con grifos de agua caliente y fría para adaptarse a las necesidades de cada cliente peludo.

He organizado cuidadosamente los productos de cuidado en estantes, con una amplia selección de champús, acondicionadores y lociones para satisfacer las necesidades de cada tipo de pelaje. También hay una variedad de cepillos, peines y herramientas de corte para garantizar un acabado impecable en cada sesión de belleza canina.

En una esquina de la sala, he creado una zona de descanso para los perros, con cómodas camas y juguetes para mantenerlos entretenidos mientras esperan su turno. Un aroma agradable flota en el aire, gracias a los difusores de fragancias naturales que añaden un toque de frescura al ambiente.

Además, no faltan las golosinas para consentir a los clientes, dispuestas en bonitos frascos de cristal que añaden un toque decorativo al espacio. En resumen, mi centro de peluquería canina es un lugar donde la comodidad y el bienestar de las mascotas son la prioridad, y donde tanto los dueños como sus amigos de cuatro patas se sienten como en casa.

Las paredes del centro están pintadas en un relajante tono verde menta, que crea una atmósfera tranquila y acogedora. Este color refleja la naturaleza y la serenidad, proporcionando un ambiente relajante.

En una sección de la tienda, he colocado una amplia variedad de piensos naturales y comida húmeda, cuidadosamente seleccionados para garantizar una alimentación saludable y equilibrada para las mascotas. Los estantes están llenos de productos de alta calidad, elaborados con ingredientes naturales y nutritivos.

Mi elección de ofrecer alimentos naturales y saludables es parte de mi compromiso con el bienestar y la salud de las mascotas.

***

No solo es un lugar donde las mascotas reciben un excelente cuidado de belleza, sino también un espacio donde se promueve un estilo de vida saludable y natural para los amigos de cuatro patas.

En la sala de espera, he colocado unas cómodas sillas para que los clientes puedan relajarse mientras esperan. Además, instalé un aparato de espuma para realizar tratamientos de spa y masajes de ozono. Este dispositivo es perfecto para mimar a las mascotas y darles un tratamiento único. Es importante para mí ofrecer no solo un excelente servicio de peluquería canina, sino también una experiencia agradable y reconfortante para todos nuestros clientes peludos y sus familias.

Ahora, con todo en su lugar, me encargo de organizar la inauguración. Quiero que sea

un evento memorable, algo que atraiga a la comunidad y presente oficialmente nuestra peluquería canina.

—Hugo, creo que deberíamos enviar invitaciones a todos los vecinos y algunos negocios locales —le digo mientras reviso la lista de invitados en mi tablet—. Quiero que conozcan nuestro lugar y se sientan bienvenidos.

—Buena idea —responde, hojeando su móvil mientras se relaja en el sofá—. ¿Y qué piensas hacer con la decoración y la comida?

—Pensaba en algo sencillo pero elegante. Un par de globos, flores frescas, y una mesa con aperitivos y bebidas. Nada demasiado ostentoso.

Hugo asiente, dejándome continuar con los planes. Envío las invitaciones por correo electrónico y empiezo a contactar a un par de proveedores para los aperitivos. También decido contratar a un fotógrafo para capturar los mejores momentos del evento, de modo que podamos usarlas para promocionarnos en las redes sociales.

***

La mañana de la inauguración llega rápidamente. Hugo se ocupa de las últimas decoraciones mientras yo superviso la llegada de la comida y las bebidas. Las gemelas, emocionadas, corren por el local ayudando como pueden.

—Mamá Helena, ¿dónde ponemos estos globos? —pregunta Gisela, sosteniendo un manojo de globos de colores.

—Ponedlos en la entrada, cariño. Que se vea alegre y llamativo —respondo con una sonrisa.

A medida que la hora de la inauguración se acerca, el nerviosismo empieza a mezclarse con la emoción. Los primeros invitados comienzan a llegar: vecinos curiosos, amigos y algunos dueños de negocios cercanos. Laura, nuestra vecina, es una de las primeras en llegar, seguida de su marido.

—¡El lugar se ve genial! —dice Laura con una sonrisa amplia, mientras observa el local —. Estoy segura de que vais a tener mucho éxito.

—Gracias, Laura. Significa mucho para nosotros —respondo, sintiendo una oleada de gratitud.

El local se llena rápidamente de risas y conversaciones. Los perros invitados parecen disfrutar de la nueva zona de descanso, y los dueños no paran de elogiar la decoración y el ambiente.

—Amor, esto es un éxito —dice Hugo, acercándose a mí y abrazándome por la cintura —. Todo tu trabajo duro ha valido la pena.

—No podría haberlo hecho sin tu apoyo —le respondo, dándole un beso en la mejilla.

La inauguración de "Peludos y Felices" es un evento especial para mí, y entre los invitados especiales están mis queridas amigas Marga y Alma. Ellas han sido testigos de la dedicación y el esfuerzo que he invertido en todos estos años como peluquera canina, y estoy emocionada por tenerlas presentes en este día tan importante.

—¡Marga, Alma! ¡Qué alegría verlas aquí en este día tan especial para mí! —digo, entusiasmada.

—No podríamos haber faltado a esta inauguración por nada del mundo. Estamos emocionadas por ti. —sonríe Alma.

—Sí, has logrado un lugar hermoso. Estamos seguras de que será un éxito. —dice Alma asintiendo con la cabeza.

Nos abrazamos con alegría, compartiendo momentos de risas y recuerdos. Marga y Alma están impresionadas por lo bien que ha quedad todo y por la atmósfera acogedora de la peluquería.

—Gracias por vuestro apoyo. Vuestra amistad significa el mundo para mí —les digo, agradecida.

—Sabemos cuánto has trabajado para llegar hasta aquí, y estamos orgullosas de ti. —dice Marga emocionado.

Alma añade:

—Esta peluquería es un reflejo de tu amor por los animales. Estamos seguras de que será un éxito rotundo.

La inauguración continúa con más risas, conversaciones animadas y un ambiente de celebración. Mis compañeras se unen a otros invitados para felicitarme por mi logro.

Su presencia en este día especial llena de alegría mi corazón. Saber que tengo el apoyo de mis amigas en este emocionante capítulo de mi vida me hace sentir aún más agradecida y emocionada por lo que el futuro nos depara. La amistad duradera y el éxito profesional se unen en este día, y sé que he comenzado una nueva etapa llena de oportunidades y alegrías.

Oigo de lejos…

—Marga, esto es increíble. Helena ha logrado crear un lugar maravilloso aquí.

—Tienes razón—asiente con la cabeza—.

—¿Y si le preguntamos si tiene un sitio para nosotras? —sugiere Marga, entusiasmada.

—No es mala idea. Podríamos seguir trabajando juntas, además estoy harta de trabajar en *Cannis Style*.

Después de conversar conmigo sobre la posibilidad de trabajar juntas, quedan impresionadas por mi entusiasmo y disposición a considerar su propuesta. Les ofrezco la oportunidad de unirse a mi equipo.

—Chicas, estaría encantada de que trabajaseis conmigo, pero tener que venir hasta aquí a vivir no será, ¿algo duro? Si que es verdad que juntas, podemos hacer de 'Peludos y Felices' un lugar aún más especial —les digo, agradecida.

La emoción en sus ojos me confirma que es lo que desean hacer. Siento una profunda gratitud por tener a Marga y Alma a mi lado, no solo como amigas, sino también como compañeras en este nuevo y emocionante viaje. La tarde avanza y la inauguración se convierte en una celebración animada. Los niños juegan con los perros, los adultos charlan y degustan los aperitivos, y el fotógrafo captura cada momento especial. Al final del día, estoy agotada pero feliz, sabiendo que hemos dado el primer paso hacia el éxito de nuestra peluquería canina.

—Creo que hemos encontrado nuestro lugar aquí, Hugo —le digo mientras cerramos el local y nos dirigimos a casa.

—Sí, y esto es solo el comienzo. —responde, sonriendo—. Juntos, podemos con todo.

La inauguración es un éxito rotundo, me siento emocionada por lo que nos depara el futuro. Más tarde, Laura y David nos proponen ir a su casa a tomar unas copas.

—Al acabar os tenéis que pasar por nuestra casa —nos invita Laura con una sonrisa encantadora—. Nos encantaría conoceros mejor.

Aceptamos la invitación y, después de recoger un poco el local, nos dirigimos a su casa. Al llegar, no puedo evitar sentirme impresionada por la elegancia del lugar. Sin embargo,

también noto que la decoración es un poco excesiva, con muchos detalles y ornamentos por todas partes.

—Es una casa preciosa—digo mientras observamos el entorno.

—Gracias, Helena. Pasa, ponte cómoda —responde guiándonos hacia el salón.

Nos acomodamos en el espacioso y lujoso salón, donde David ya ha preparado unas copas de vino. La atmósfera es relajada al principio, charlamos sobre nuestras experiencias en la ciudad y nuestras expectativas para el futuro.

—Hugo, deberías venir más por nuestra casa. Pareces el tipo de persona que sabe disfrutar de una buena compañía —dice Laura, con una mirada que dura un poco más de lo necesario.

—Bueno, me encantaría —responde Hugo, visiblemente incómodo, tratando de mantener la compostura.

Mientras tanto, David se acerca a mí y me ofrece otra copa de vino.

—Helena, te ves fantástica esta noche. Debes tener muchos admiradores —me dice, su tono halagador me hace sentir incómoda.

—Gracias, David. Pero mi único admirador es Hugo —respondo con una sonrisa, tratando de desviar la conversación.

La noche continúa con más insinuaciones, y aunque trato de mantenerme relajada, la situación se vuelve cada vez más incómoda. Laura y David parecen disfrutar de este juego, sin embargo, mi chico y yo intercambiamos miradas de incomodidad.

—¿Nos acompañáis al jardín? Tenemos una vista increíble de la ciudad desde aquí —sugiere Laura, tomando el brazo de Hugo.

—Claro, vamos —responde Hugo, pero me lanza una mirada de ayuda.

Mientras caminamos hacia el jardín, David aprovecha la oportunidad para caminar a mi lado.

—Helena, deberías venir a hacer ejercicio conmigo alguna vez. Tengo un gimnasio privado que seguro te encantará.

Finalmente, Hugo y yo decidimos que es hora de marcharnos. Nos disculpamos educadamente y agradecemos al matrimonio por la velada, aunque con un cierto alivio de estar saliendo de esa situación.

—Ha sido una noche interesante, pero creo que debemos irnos —digo, tratando de mantener la cordialidad en mi voz.

—Por supuesto, otra vez será —responde Laura, su mirada aún fija en Hugo.

—Gracias por todo —añade Hugo, y nos dirigimos a la puerta.

Al salir de la casa, Hugo y yo intercambiamos una mirada que lo dice todo. La experiencia ha sido incómoda, y ambos estamos contentos de haber puesto fin a la velada.

—Bueno, esto ha sido… algo raro, ¿no crees? —dice Hugo una vez que estamos a salvo en nuestro coche.

—Sí, bastante —respondo, y ambos dejamos escapar una risa nerviosa, aliviados de estar solos nuevamente

***

Al día siguiente, decidimos enfocarnos en nuestras responsabilidades y dejar atrás la inusual velada con Laura y David. Por la mañana, después de dejar a las niñas en la escuela, me

dirijo al local para ultimar los detalles. Reviso que todo esté en su lugar: las mesas de trabajo, la bañera reluciente, los estantes llenos de productos de alta calidad y la zona de descanso para los perros. Todo luce perfecto.

El día pasa rápidamente entre ajustes finales y reuniones con Alma y Marga. Me aseguro de que todas estén al tanto de sus roles y de que entiendan la importancia de ofrecer un servicio excelente. La emoción de abrir oficialmente la peluquería me llena de energía.

Al mediodía, recibo una llamada de Hugo durante su descanso.

—Hola, cariño. ¿Cómo va todo? —me pregunta, su voz llena de curiosidad.

—Va genial. Estoy dando los últimos retoques y organizando todo—respondo, sonriendo—. ¿Y tú? ¿Cómo va tu día?

—Bastante bien. Mucho trabajo, pero nada que no pueda manejar. Oye, me ha llamado mi madre. Dice que las niñas están emocionadas por pasar el fin de semana con ella.

—Perfecto, eso nos da un respiro para nuestra escapada —le digo, sintiendo una ola de alivio.

—Sí, estoy deseando que llegue. Después de todo el estrés de la mudanza y la inauguración, nos vendrá bien un poco de tiempo a solas —comenta Hugo, su tono relajado.

—Sin duda. Necesitamos ese tiempo juntos.

Por la tarde, las niñas salen del colegio y las recojo con una sonrisa en el rostro.

—¿Cómo ha ido el día, chicas? —les pregunto mientras las abrocho en sus asientos.

—¡Genial, mami! —responde Gisela—. Hoy he jugado con mis nuevas amigas y me he apuntado a la clase de gimnasia rítmica.

—Y yo voy finalmente voy a hacer patinaje —añade Sofía, muy emocionada.

—Me alegro mucho. Vamos a casa y os prepararé algo rico para merendar.

Llegamos a casa y las niñas se ponen a hacer los deberes mientras yo preparo la merienda. Hugo llega poco después y se une a nosotras en la cocina.

—¿Qué tal vuestro día? —pregunta, dándoles un beso en la frente a cada una.

—¡Muy bien, papi! —responden al unísono, contándole con entusiasmo sus aventuras escolares.

La tarde pasa tranquilamente y, después de cenar algo ligero, Hugo y yo nos sentamos en el sofá a ver una serie sin poder evitar hablar de nuestro fin de semana romántico. Aunque estamos un poco nerviosos por dejar a las niñas, sabemos que estarán en buenas manos. Este tiempo juntos nos permitirá recargar energías y fortalecer nuestra relación, algo que ambos necesitamos después de todo lo que hemos pasado recientemente.

Más tarde, cuando las niñas están dormidas, Hugo y yo nos dirigimos a nuestra habitación. La luna llena ilumina suavemente la estancia mientras nos abrazamos cerca de la ventana que da al jardín de los vecinos. Nos besamos, disfrutando del momento de intimidad y la tranquilidad de la noche.

De repente, noto algo extraño y me detengo, mirando hacia la ventana de la casa de al lado. Ahí, en la penumbra, veo a Laura y David mirándonos fijamente. Sus rostros están parcialmente ocultos por las cortinas, pero es evidente que han estado observándonos.

—Hugo —susurro, apartándome un poco—, nos están mirando.

Él sigue mi mirada y se da cuenta de la situación. Con una mezcla de sorpresa y molestia, cierra rápidamente las cortinas.

—Qué incómodo —dice, frunciendo el ceño.

—Sí, bastante —respondo, sintiéndome un poco expuesta—. Quizás deberíamos tener

más cuidado la próxima vez.

—Definitivamente —asiente Hugo, tirando de mí hacia la cama—. No dejemos que eso nos arruine la noche.

Nos tumbamos juntos, intentando dejar atrás la incomodidad y centrarnos en el fin de semana que tenemos por delante. A pesar del extraño incidente, nos prometemos disfrutar de nuestro tiempo a solas y hacer de nuestra escapada algo realmente especial.

***

Llegamos al hotel burbuja al caer la tarde, y nos quedamos sorprendidos por la belleza del lugar. La cabaña es circular, en forma de iglú con una gran panorámica acristalada en el techo es aún más encantadora de lo que imaginábamos. Rodeados de naturaleza, con una del cielo que parece especialmente claro esta noche, nos sentimos como en un cuento de hadas.

—¡Es impresionante! —exclamo, mirando alrededor—. Nunca había visto algo así.

—Lo sé, es mágico —responde Hugo, también maravillado.

Pasamos la noche disfrutando de cada momento. A través de la burbuja transparente, contemplamos las estrellas que brillan intensamente en el cielo. Identificamos constelaciones y vemos alguna que otra estrella fugaz, mientras nos acurrucamos bajo las mantas, sintiéndonos más cerca que nunca.

—Mira, creo que ese es Orión —digo, señalando hacia el cielo—. Siempre me ha gustado buscarlo.

—Sí, y ahí está la Osa Mayor —añade Hugo, abrazándome—. Me encanta estar aquí contigo.

Durante la noche, también tenemos la oportunidad de observar pequeños animalillos que se acercan curiosamente a nuestra parcela. Un erizo se mueve con cautela por el suelo, y un búho ulula en la distancia, completando la atmósfera mágica del lugar.

Al día siguiente, nos dirigimos al spa del hotel, donde nos esperan un relajante masaje y tratamientos que nos hacen sentir renovados. Nos dejamos llevar por la tranquilidad y el cuidado que recibimos, sintiendo cómo se disipan todas las tensiones acumuladas.

—Este masaje es justo lo que necesitaba —susurro, disfrutando de cada segundo.

—Yo también. Es como si todo el estrés se estuviera esfumando —responde Hugo, con voz suave.

Más tarde, disfrutamos de una cena a la luz de las velas en un rincón íntimo del jardín del hotel. La comida es deliciosa, y la compañía, inmejorable. Brindamos con cava y saboreamos los bombones que nos esperan en la mesa, sintiéndonos completamente en paz.

—A este ritmo, no querré irme nunca de aquí —digo, sonriendo.

—Podemos regresar cuando queramos —responde Hugo, mirándome a los ojos—. Este lugar siempre estará aquí para nosotros.

Después de la cena, recorremos los jardines, disfrutando del frescor de la noche y del suave aroma de las flores. Hablamos de todo y de nada, riendo y compartiendo nuestros sueños y planes para el futuro. La conexión entre nosotros se siente más fuerte que nunca.

Al regresar a nuestra iglú, nos sentimos completamente felices y satisfechos. La experiencia ha sido inolvidable.

—Ha sido perfecto —susurro, mientras nos acomodamos para dormir—. Gracias por

esto, Hugo.

—Gracias a ti, Helena. Te amo —responde, dándome un suave beso.

La noche es cálida y tranquila mientras Hugo y yo nos dejamos llevar por la pasión del momento.

El aire fresco acaricia nuestra piel mientras nos entregamos el uno al otro. El susurro del viento y los sonidos lejanos de la naturaleza crean un ambiente perfecto. En ese instante, todo lo demás parece desvanecerse, dejando solo la sensación de estar completamente vivos y conectados.

Finalmente, cuando ambos alcanzamos el clímax de nuestro acto, Hugo me abraza con ternura. Se toma un momento para recuperar el aliento, y luego, con una mezcla de preocupación y curiosidad, me pregunta en voz baja:

—Helena, ¿todavía estás tomando tus anticonceptivos?

Siento un nudo en el estómago al escuchar su pregunta. Me aparto ligeramente y lo miro, la incomodidad reflejada en mi rostro.

—¿En serio? —respondo con un tono más frío del que pretendía—. ¿Eso es lo primero que se te ocurre preguntar después de un momento así?

Parpadea, sorprendido por mi reacción.

—No quería molestarte. Solo quería asegurarme...

—Ya lo sé, pero siempre es lo mismo. Cada vez que hablamos de esto, me recuerdas que no quieres más hijos. —Me giro, cruzando los brazos sobre el pecho.

Hugo suspira, sentándose a mi lado.

—Es solo que...

—Que tenemos las gemelas y estás satisfecho con eso —lo interrumpo, sintiendo una mezcla de frustración y tristeza—. A veces, siento que no me entiendes. Yo también estoy contenta con las niñas, pero tu constante preocupación por este tema me hace sentir... no sé, como si estuviera siendo vigilada.

Él baja la mirada, aparentemente perdido en sus pensamientos.

—Lo siento, Helena. No quería hacerte sentir así.

Nos quedamos en silencio un momento, dejando que la tensión se disipe lentamente. Finalmente, Hugo me abraza de nuevo, más suavemente esta vez.

—Te amo. No quiero que nada se interponga entre nosotros.

—Yo también te amo —respondo, aunque el malestar aún persiste en el fondo de mi mente.

Nos quedamos allí, abrazados, observando las estrellas, pero la magia del momento ha cambiado. La pregunta de Hugo ha dejado una sombra en la noche, recordándome que, aunque nos amamos, hay temas pendientes que debemos abordar. Después del incómodo intercambio en la terraza, nos movemos con una sensación palpable de tensión hacia el baño. La bañera de espuma, iluminada por velas y con suaves aromas a lavanda y eucalipto, debería ser un refugio relajante, pero la atmósfera entre nosotros se ha vuelto algo más fría.

Nos deslizamos en el agua tibia, la espuma cubriéndonos hasta los hombros. Durante unos minutos, el único sonido es el ligero burbujeo del agua y el crujir de las velas. Nos sentamos en lados opuestos de la bañera, evitando el contacto visual.

—¿Quieres más sales? —pregunta, rompiendo el silencio mientras agarra el frasco.

—Está bien, no hace falta —respondo, mi voz más plana de lo habitual.

Suspira, mezclando el agua con su mano, creando remolinos en la espuma.

—No quería arruinar la noche, solo estaba preocupado.

—Lo sé, pero siempre parece que hay algo que te preocupa.

La conversación se queda en el aire, colgando pesadamente entre nosotros. Intento relajarme, cerrar los ojos y disfrutar del momento, pero no puedo dejar de pensar en lo que ha pasado. Me doy cuenta de que, aunque nos amamos profundamente, hay temas que no hemos resuelto del todo.

—Quizás deberíamos hablar de esto más tarde, cuando estemos más tranquilos —propone, con la voz más suave.

—Sí, quizás —respondo, todavía mirando el agua.

Intentamos cambiar de tema, pero la conversación no fluye como antes. Hablamos de cosas triviales: la decoración del lugar, el buen servicio del hotel, las próximas actividades que podríamos hacer, pero la chispa y la intimidad se han desvanecido por el momento.

Después de un rato, Hugo se levanta primero, envolviéndose en una toalla y saliendo del baño. Me quedo unos minutos más, intentando encontrar un momento de paz en la bañera, pero el agua empieza a enfriarse, y la sensación de relajación se escapa.

Al salir del baño, me encuentro con Hugo en la habitación. Está mirando su teléfono, distraído. Me visto en silencio, tratando de evitar cualquier confrontación. Decidimos ver una película juntos, pero incluso eso se siente forzado. Nos acomodamos en la cama, pero la cercanía física no puede borrar la distancia emocional que se ha creado.

—Vamos a intentar disfrutar el resto del fin de semana, ¿vale? —dice, intentando sonreír.

—Claro, lo intentaremos —respondo, devolviéndole una sonrisa débil.

Nos abrazamos, pero el abrazo es más un intento de reconexión que una expresión de afecto genuino. Mientras la película comienza, intento concentrarme en la pantalla, pero no puedo evitar pensar en cómo esta conversación ha revelado grietas que no puedo ignorar.

Después de un rato de silencio, mientras la película transcurre sin que ninguno de los dos realmente la esté viendo, me vuelvo hacia Hugo, la necesidad de abordar el tema finalmente superando mi deseo de evitar el conflicto.

—Hugo… —digo suavemente, tratando de no sonar acusatoria—. Me pregunto, ¿qué tan grave sería para ti si me quedase embarazada?

Él se gira hacia mí, su expresión pasando de la sorpresa a la preocupación. Suspira, bajando el volumen de la televisión.

—Helena, no quiero hacerte sentir mal. Es solo que…

—Tú siempre has sido tan claro en que no querías más hijos —digo, sintiendo una mezcla de frustración y tristeza—.

—No he cambiado de opinión, pero creo que es más miedo que otra cosa. Ya hemos pasado por tanto con las gemelas, y apenas estamos comenzando a adaptarnos aquí. La idea de un bebé ahora... me asusta. Pero también me preocupa lo que piensas tú al respecto.

Me recuesto contra las almohadas, mirando al techo. Sus palabras resonando en mi cabeza.

—Entiendo tus miedos, pero esa pregunta me hizo sentir que no confías en mí... No es solo sobre tener más hijos, sino sobre cómo nos comunicamos y decidimos juntos.

—Tienes razón, lo siento. Lo último que quiero es que sientas que estoy dudando de ti o

de nuestra relación.

Asiento lentamente, dejando que sus palabras se asienten. Hay un silencio cargado entre nosotros, pero esta vez no es incómodo, sino lleno de reflexión.

—Quiero que sepas que, aunque la idea de un bebé ahora me aterra, también confío en que podríamos manejarlo si pasara. Juntos. No quiero que esto se interponga entre nosotros.

—¿De verdad?

—Sí. Sólo quiero tu felicidad.

Miro a Hugo, sus ojos sinceros y preocupados. Sus palabras me traen algo de consuelo, aunque la conversación sigue siendo delicada.

—Aprecio que me lo digas. Pero necesitamos ser claros y apoyarnos mutuamente, sin presiones. Vamos a seguir hablando de esto, con calma, cuando estemos más tranquilos.

Hugo asiente, acercándose para tomar mi mano. La aprieta suavemente, un gesto de reconciliación.

—Prometido —dice con una pequeña sonrisa—. Hablaremos de esto con calma.

Nos quedamos así por un momento, en silencio, pero esta vez siento que hemos dado un pequeño paso hacia la reconciliación. La tensión empieza a disiparse, y aunque sabemos que queda mucho por resolver, estamos dispuestos a enfrentarlo juntos. Finalmente, volvemos a centrarnos en la película, esta vez un poco más relajados, sabiendo que la comunicación es la clave para superar cualquier obstáculo.

***

Los días en "Peludos y Felices" son todo lo que había soñado y más. Desde que abro la puerta por la mañana hasta que la cierro por la tarde. Cada día está lleno de alegría, risas y mucho, mucho pelo de perro. Me encanta mi trabajo y la oportunidad de trabajar con los animales y sus dueños, quienes traen sus propias personalidades al negocio.

Una mañana, mientras estoy organizando los productos de cuidado, entra una señora mayor con un pequeño Shih Tzu que lleva un moño en la cabeza con un lazo azul. La señora me sonríe y dice:

—Este es mi Príncipe, ¿podrías hacerle un corte especial? Quiero que parezca un león, ya sabes, con una melena alrededor de la cabeza.

No puedo evitar sonreír ante la petición. Asiento y empiezo a trabajar en Príncipe, quien se porta de maravilla mientras lo arreglo. Al final, el pequeño Shih Tzu se ve bastante regio con su nueva melena de león. La señora está encantada y Príncipe parece bastante contento con su nuevo look.

Otro día, un hombre joven entra corriendo con un gran Golden Retriever, ambos empapados de barro. El hombre, claramente agobiado, exclama:

—¡Por favor, ayúdame! *Rex* decidió que hoy era un buen día para nadar en el estanque del parque. Este con la lengua fuera y una expresión alegre en su rostro, claramente no ve el problema. Me río y le indico al hombre que puede dejarlo conmigo. Después de una buena ducha y un cepillado exhaustivo, *Rex* está limpio y reluciente de nuevo. El hombre se disculpa profusamente, pero le aseguro que es todo parte del trabajo y que ambos son bienvenidos cualquier día, con o sin barro.

Una de las experiencias más cómicas ocurre cuando una familia entra con un Chihuahua llamado *Rocco*. La dueña me dice que éste necesita un corte de uñas, pero cuando intento

hacerlo, el pequeño perro se convierte en una bola de energía, saltando y corriendo por toda la peluquería. Marga y Alma intentan ayudar, pero es increíblemente rápido. Al final, logramos cortarle las uñas mientras está distraído con una golosina, pero no sin antes haber tenido un buen ejercicio persiguiéndolo por el lugar.

Alma, riendo, comenta:

—¡En este lugar nunca te aburres, Helena!

Y tiene toda la razón. Cada día nos trae algo nuevo y emocionante. A pesar de los desafíos, el amor y la gratitud de los dueños cuando recogen a sus mascotas felices y bien cuidadas hace que todo valga la pena.

En mis momentos de descanso, a menudo me encuentro reflexionando sobre lo afortunada que soy. Marga y Alma han sido un apoyo increíble y nuestras conversaciones durante el trabajo hacen que las horas pasen volando. Hugo también viene a menudo a visitarnos, trayendo café. Un día, mientras estamos cerrando, Marga se me acerca y dice:

—Helena, no sé cómo lo haces, pero has creado un lugar maravilloso aquí. Es un placer venir a trabajar todos los días.

Sonrío, sintiéndome agradecida por sus palabras y por la increíble comunidad que se ha formado en "Peludos y Felices". Aquí, cada día es una nueva aventura, y no cambiaría esta experiencia por nada en el mundo.

Los días pasan y la peluquería se convierte rápidamente en un punto de referencia para los dueños de mascotas de la ciudad. Los piensos naturales que ofrecemos están teniendo una gran aceptación, aunque no faltan los clientes que quieren regatear los precios.

Una tarde, entra un hombre alto y corpulento con un bulldog inglés llamado *Brutus*. El hombre, de apariencia ruda, se acerca al mostrador y comienza a quejarse del precio del pienso.

—¿Por qué es tan caro este saco? —pregunta, frunciendo el ceño—. En la tienda de la esquina está más barato.

Intento explicarle que nuestros productos son de alta calidad, hechos con ingredientes naturales y sin aditivos. Pero él no parece muy convencido.

—Vamos, mujer, hazme un descuento —insiste, cruzándose de brazos.

Respiro hondo, manteniendo la calma.

—Lo siento, pero no podemos hacer descuentos en los productos. La calidad tiene su precio, y queremos ofrecer lo mejor para sus mascotas.

El hombre resopla, pero finalmente paga sin decir más. *Brutus*, mientras tanto, parece completamente ajeno al intercambio, olfateando curiosamente el mostrador.

Luego está el caso de *Thor*, un enérgico labrador negro que siempre llega como un torbellino. Un día, mientras intento darle un baño, Thor decide que sería más divertido sacudirse y mojar todo a su alrededor, incluida yo.

—¡*Thor*, para! —exclamo, mientras intento en vano cubrirme del agua que vuela por todas partes.

Marga y Alma estallan en risas desde el otro lado de la tienda, y no puedo evitar unirme a ellas, aunque esté empapada de pies a cabeza. Thor, por su parte, sigue feliz como una lombriz, ajeno al caos que ha causado.

Otra mañana, un pequeño Pomerania llamado *Coco* es traído por una señora elegantemente vestida. A simple vista parece adorable, pero cuando intento cortarle las uñas, se convierte en una pequeña furia, retorciéndose y gruñendo.

—¡Vamos, *Coco*, quédate quieto! —murmuro, tratando de no perder la paciencia.

Finalmente, con la ayuda de Marga y un par de golosinas, logramos calmarlo y terminar el trabajo. La señora se disculpa profusamente, pero sonríe con alivio al ver a su perrito con las uñas cortas y limpias.

Uno de los días más ajetreados comienza con un adorable Beagle llamado *Toby*, que entra en la tienda con su dueña, una joven madre con un bebé en brazos. Mientras intento tranquilizar al peludo, el bebé comienza a llorar y este, en un arranque de energía, decide zafarse de mis manos y correr por toda la peluquería.

—¡*Toby*, vuelve aquí! —grito, tratando de no reírme mientras corro tras él.

Marga y Alma se unen a la persecución, y finalmente, entre las tres, logramos atraparlo, que está más emocionado que nunca. La joven madre, visiblemente abrumada, nos lo agradece profundamente.

—No te preocupes —le digo, tratando de calmarla—. Solo está muy emocionado. Vamos a asegurarnos de que esté perfecto para ti.

Mientras estoy terminando con *Toby*, entra un cliente habitual, un hombre mayor con su pequeño yorkshire, llamado *Muffin*. Siempre es un placer trabajar con él ya que se porta genial, ya que es uno de los perros más tranquilos que tenemos. El hombre mayor, sin embargo, siempre tiene alguna queja sobre algo.

—Helena, ¿estás segura de que el champú que usas es el mejor? —pregunta, mirando alrededor con desconfianza—. He escuchado que hay otros mejores.

Le aseguro que usamos productos de alta calidad, pero él siempre parece encontrar algo que criticar. *Muffin*, mientras tanto, se sienta pacientemente y me mira con sus grandes ojos marrones, como si estuviera pidiendo disculpas por su dueño.

Más tarde, un enorme boyero de Berna llamado *Bruno* llega para su cita de baño. Es un perro gentil, pero su tamaño hace que el baño sea un verdadero desafío. Mientras intento moverlo hacia la bañera, él decide que es más divertido sentarse y no moverse.

—*Bruno*, por favor, necesitas levantarte —le digo, empujando suavemente su enorme trasero.

Después de varios intentos y muchas risas, finalmente logramos meterlo en la bañera. Justo cuando empiezo a enjabonarlo, él se sacude, enviando agua y jabón volando por todas partes. Termino empapada una vez más, y Alma, viendo la escena, no puede evitar estallar en carcajadas.

Al final del día, entra un hombre con su perro salchicha, *Duque*. El hombre parece de mal humor y, desde el principio, está claro que va a ser un cliente difícil.

—¿Por qué tarda tanto? —pregunta impaciente.

Trato de explicarle que tenemos una agenda apretada y que hacemos lo mejor para cada perro, pero él sigue quejándose. Mientras peino a su perro, el hombre sigue criticando cada pequeño detalle.

—Tal vez deberías buscar otro lugar para el próximo corte —le sugiero con una sonrisa forzada.

Después de un largo día, finalmente cerramos la tienda. Marga, Alma y yo nos sentamos un momento para relajarnos.

—Hoy fue un verdadero maratón —dice Marga, estirándose en su silla.

—Sí, pero lo manejamos bien —responde Alma, sonriendo—. Y a pesar de todo, me encanta este trabajo.

—Estoy de acuerdo —añado—. A pesar de tener tanto trabajo y de los clientes difíciles,

no cambiaría esto por nada.

Nos reímos juntas, recordando las escenas cómicas del día, y me siento agradecida por tener a Marga y Alma a mi lado en esta aventura. La peluquería "Peludos y Felices" está creciendo y cada día trae nuevas experiencias y retos que enfrentamos con entusiasmo y un poco de humor.

***

Otro día, mientras estoy concentrada cortando el pelo de un encantador Poodle, escucho un grito desde la zona de baño.

—¡Helena! ¡No sale agua caliente! —grita Alma, luchando por mantener a un perro mojado y tembloroso bajo el grifo.

Suspiro y dejo las tijeras a un lado, disculpándome con el dueño, que está esperando pacientemente.

—Dame un segundo, por favor. Parece que tenemos un problema con el agua —le digo, tratando de mantener la calma.

Me dirijo rápidamente hacia la zona de baño, donde Alma está tratando de bañar a *Golfo*, un mestizo de mastín con una paciencia admirable, pero que claramente no está disfrutando del agua fría. Intento abrir y cerrar el grifo varias veces, pero apenas sale un hilo de agua y está helada.

—Esto no pinta bien —digo, frunciendo el ceño—. Creo que necesitamos llamar a un fontanero.

Alma asiente, secándose las manos en un paño y tratando de consolar a Golfo con algunas caricias.

—¿Puedes llamar tú mientras intento arreglar esto? —le pregunto.

—Claro, ahora mismo —responde Alma, sacando su teléfono.

Mientras Alma se pone en contacto con un fontanero, intento pensar en una solución temporal. Decido llenar algunos cubos con agua caliente de la tetera eléctrica que tenemos en la cocina de empleados. No es ideal, pero al menos nos permitirá terminar con el baño de Golfo sin que él pase demasiado frío.

Marga, que está ocupada con otro cliente, se acerca a ver qué sucede.

—¿Problemas con el agua? —pregunta, viendo mi expresión preocupada.

—Sí, no hay agua caliente y el flujo es muy bajo. Alma está llamando a un fontanero ahora —le explico mientras lleno otro cubo de agua caliente.

—Bueno, al menos podemos manejar esto por ahora. ¡Voy a asegurarme de que los clientes sepan que habrá un pequeño retraso! —dice Marga, siempre eficiente.

Finalmente, Alma regresa con buenas noticias.

—El fontanero puede venir en una hora —dice, aliviada.

—Perfecto, gracias, Alma. Intentemos mantener la calma y seguir adelante —le digo.

Con los cubos de agua caliente, logramos terminar el baño de Golfo. Él parece agradecido por el esfuerzo adicional, y su dueño también lo aprecia.

—Lo siento por el inconveniente —le digo al dueño de Golfo mientras le entrego su perro, limpio y reluciente.

—No hay problema, gracias por cuidar tan bien de él —responde con una sonrisa.

Poco después, el fontanero llega y se pone a trabajar en el sistema de agua. Mientras

tanto, seguimos adelante con los cortes y los peinados, ajustando nuestra rutina lo mejor que podemos.

—Espero que esto no dure mucho —murmura Marga mientras sigue trabajando con un Cocker Spaniel inquieto.

—Estoy segura de que lo arreglarán pronto —respondo, tratando de mantener el ánimo positivo.

Finalmente, el fontanero nos informa que ha encontrado el problema: una tubería obstruida que necesita ser reemplazada. Trabaja rápidamente y, después de un par de horas, el agua caliente vuelve a fluir como debería.

—¡Gracias! —digo al fontanero mientras le pago por su servicio—. Nos has salvado el día.

Con el agua caliente de nuevo funcionando, terminamos el día sintiéndonos exhaustas pero satisfechas. A pesar de los contratiempos, logramos mantener la calma y el buen humor.

—Hoy también ha sido un día de locos, pero lo hemos manejado bien —digo, sentándome con Alma y Marga al final del día.

—Sí, y con un poco de suerte, mañana será más tranquilo —responde Alma, sonriendo.

—Eso espero —añade Marga—. Pero sin importar lo que pase, sé que podemos manejarlo juntas.

Otro día, mientras estoy terminando un corte de un adorable *bichon maltés* llamado *Bella*, un grito agudo resuena por todo el local. Dejo las tijeras en la mesa y corro hacia la zona de baños, donde Alma está parada sobre una silla, señalando el suelo con el dedo tembloroso.

—¡Una rata! —grita, con los ojos muy abiertos.

Marga aparece desde la otra habitación, con una mezcla de preocupación y curiosidad en el rostro.

—¿Qué pasa? —pregunta, mirando a Alma y luego al suelo.

Sigo la dirección de su dedo y, efectivamente, una pequeña y ágil rata está correteando por el suelo de la peluquería. Parece más asustada que nosotros, buscando desesperadamente una salida.

—¡Oh no! ¿Cómo ha entrado aquí? —me pregunto en voz alta, mientras trato de no entrar en pánico.

De repente, recuerdo el incidente con el fontanero y las tuberías. Quizás, cuando estuvo arreglando el problema del agua caliente, esta pequeña intrusa encontró su camino hacia el interior.

—Debe haber venido de las tuberías cuando el fontanero estuvo aquí la última vez —le digo a Marga, mientras Alma sigue señalando frenéticamente a la rata desde su posición segura en la silla.

—Bueno, tenemos que sacarla de aquí antes de que los clientes se den cuenta —dice Marga con determinación.

Armada con una escoba, intento dirigir a la rata hacia la puerta trasera, pero la pequeña criatura es sorprendentemente ágil y rápida, esquivando mis intentos de guiarla.

—Necesitamos una trampa o algo —dice Alma desde su trono improvisado.

De pronto, uno de nuestros clientes, que había venido a recoger a su perro, entra en la escena.

—¿Necesitáis ayuda? —pregunta, observando la escena con una mezcla de diversión y confusión.

—Sí, tenemos una visita inesperada —le explico, señalando a la rata que ahora se esconde detrás de una estantería.

El cliente, un hombre robusto y de aspecto amigable, sonríe y se arremanga las mangas.

—Dejadme que os ayude —dice, tomando la escoba de mis manos.

Con una precisión sorprendente, logra acorralar a la rata y dirigirla hacia la puerta trasera. Abro la puerta de par en par y, con un último empujón, la rata finalmente sale corriendo al exterior, desapareciendo rápidamente en la vegetación.

—¡Gracias! —digo, sintiendo un alivio inmenso.

—No hay de qué —responde el hombre, devolviéndome la escoba—. Siempre dispuesto a ayudar en situaciones difíciles.

—Te lo agradecemos mucho. Esto ha sido toda una aventura —dice Marga, todavía un poco tensa.

Después de que la rata se ha ido y la puerta está cerrada con seguridad, nos reunimos para asegurarnos de que todos están bien. Alma finalmente baja de la silla, todavía un poco pálida pero ya más tranquila.

—Bueno, eso fue... inesperado —dice, dejando escapar una risa nerviosa.

—Definitivamente una experiencia peculiar —respondo, tratando de relajarme.

Pasamos el resto del día revisando cada rincón de la peluquería, asegurándonos de que no haya más visitantes indeseados. También llamo al fontanero para asegurarnos de que las tuberías están completamente selladas.

Al final del día, nos sentamos juntas, exhaustas pero riéndonos de la situación.

—¿Quién hubiera pensado que tendríamos que lidiar con una rata hoy? —dice Marga, sacudiendo la cabeza.

—Un día más en "Peludos y Felices" —respondo, sonriendo—. Siempre hay algo nuevo que nos sorprende.

Otro día en "Peludos y Felices", una clienta entra con su perro, un hermoso pastor alemán llamado *Odín*. Ella ha sido una cliente fiel desde la inauguración, y siempre es un placer atenderla.

—¡Hola, Helena! —me saluda con una sonrisa—. *Odín* necesita un baño y un buen cepillado hoy.

—¡Hola! Por supuesto, estamos listos para dejarlo reluciente —le respondo, acariciando al entusiasta can que mueve la cola con alegría.

Mientras baño a Odín, la clienta se pasea por la tienda, admirando los productos que tenemos en exhibición. Al terminar, le aplico un poco de nuestro nuevo perfume para perros, una fragancia suave y fresca que ha sido todo un éxito.

—¿Qué le has puesto a Odín? —pregunta la clienta, oliendo a su perro con una expresión de sorpresa y deleite—. Huele maravilloso.

—Es nuestro nuevo perfume para perros —le explico—. Es seguro para ellos y tiene un aroma muy agradable.

—¡Me encanta! ¿Puedo comprar uno? —pregunta, ya mirando la estantería donde están los frascos.

—Por supuesto —le respondo, sacando un frasco y entregándoselo.

Mientras la clienta se dirige a la caja, la puerta de la tienda se abre y veo a Hugo entrar. No puedo evitar sonreír al verlo. Viene directamente hacia mí con esa mezcla de confianza y calidez que siempre me hace sentir especial.

—¡Hola, amor! —dice, dándome un beso rápido—. Pensé en pasar a ver cómo va todo.

—¡Hola! Va genial. Justo estamos vendiendo nuestro nuevo perfume para perros —le digo, señalando a la clienta que está en la caja.

—¡Hugo! —exclama la clienta—. Qué bueno verte. Siempre es agradable encontrarte por aquí.

—Igualmente —responde Hugo, sonriendo—. ¿Qué tal *Odín*?

—Está perfecto, como siempre—dice ella, mientras paga por el perfume—. Y ahora va a oler tan bien como se ve.

—Me alegro de escuchar eso—responde Hugo, guiñándome un ojo.

Después de que la clienta se va, nos quedamos un momento juntos en el mostrador. Es agradable tenerlo aquí, incluso si es solo por unos minutos.

—He pensado en que podríamos ir a comer juntos más tarde, si tienes un rato libre —me dice, mirándome con esos ojos que siempre logran derretir mi corazón.

—Me encantaría —respondo—. Justo tengo un hueco a las dos.

—Perfecto. Te recogeré entonces —dice, dándome otro beso antes de salir.

El resto de la mañana pasa rápidamente. Sigo atendiendo a los clientes y asegurándome de que todos los perros reciban el mejor cuidado posible.

A las dos en punto, Hugo llega para recogerme. Nos dirigimos a un pequeño bar cerca de la peluquería, disfrutando de un merecido descanso y de la compañía del otro degustamos un menú de cocina casera.

—estas teniendo una buena mañana, ¿verdad? —me pregunta, tomando mi mano sobre la mesa.

—Sí, lo ha sido —respondo, sonriendo—. Y tenerte aquí lo hace aún mejor.

Mientras disfrutamos de nuestra comida, hablo sobre los clientes y los perros que había atendido, y Hugo comparte las novedades de su trabajo. Esos momentos juntos son los que hacen que cada esfuerzo valga la pena. Hacia la tarde, el trabajo en "Peludos y Felices" continúa a buen ritmo. Marga y Alma están atendiendo a los clientes mientras yo me ocupo de un par de adorables cachorros que requieren un recorte. Todo parece ir bien hasta que algo inesperado sucede.

—¡Helena, necesito tu ayuda! —grita Alma desde la sala de baño, donde está intentando bañar a un enorme caniche.

Corro hacia ella, dejando los cachorros a salvo en sus jaulas. Al llegar, veo a Alma completamente empapada, mientras el caniche sacude su enorme cuerpo rizado, lanzando agua por todas partes.

—¡Por todos los cielos, Alma! ¿Qué ha pasado aquí? —pregunto, intentando no reírme.

—¡No lo sé! Solo le estaba mojando cuando de repente decidió convertirse en una fuente ambulante —responde Alma, entre risas y frustración.

En ese momento, Marga entra en la sala, y al ver la escena, estalla en carcajadas.

—¡Alma, pareces un ratón de baño! —se ríe Marga, sosteniéndose el estómago.

—¡Muy graciosa, Marga! ¿Te importaría echarme una mano? —replica Alma, sacudiendo la cabeza para quitarse el agua del cabello.

Mientras Marga y yo intentamos mantener al caniche quieto, Alma se prepara para volver a intentarlo. Justo cuando parece que lo tenemos bajo control, el perro da un salto y se sacude de nuevo, empapándonos a las tres.

—¡Esto es imposible! —grita Alma, ahora riéndose tanto que apenas puede hablar.

—Creo que necesitamos una bañera más grande —añado yo, también riéndome.

Mientras tanto, el perro parece estar disfrutando del caos que ha creado, moviendo la cola y jadeando felizmente.

Logramos terminar de bañar al perro después de varios intentos y mucha agua derramada. Cuando finalmente lo secamos y lo devolvemos a su dueño, nos tomamos un momento para limpiarnos y secarnos.

—Nunca había trabajado tanto para bañar a un solo perro —dice Marga, todavía riéndose.

—Creo que ha sido una de nuestras experiencias más cómicas hasta ahora —añade Alma, secándose el rostro con una toalla.

Me giro para caminar hacia la puerta, pero resbalo en un charco de agua y caigo de culo al suelo con un gran estruendo.

—¡Helena! —exclama Marga preocupada—.

Unos segundos después de que las tres estallemos en risas.

—¡Estoy bien, estoy bien! —digo, tratando de levantarme, pero riéndome tanto que apenas puedo moverme.

El perro, viendo la nueva diversión, empieza a ladrar y saltar alrededor de nosotros, empeorando la situación. Nos toma un buen rato calmarnos y finalmente ponernos en pie.

—Definitivamente algo para recordar —digo, sonriendo a mis amigas mientras limpiamos el desastre.

Justo cuando pensábamos que la tarde estaba terminando de manera tranquila, mi teléfono comienza a sonar. Miro la pantalla y veo un número desconocido, pero decido contestar de todos modos.

—¿Sí? —respondo, tratando de sonar profesional a pesar del agotamiento.

—¿Es usted la señora Helena Sainz? —pregunta una voz seria al otro lado de la línea.

—Sí, soy yo. ¿Quién habla? —respondo, sintiendo una leve inquietud.

—Le llamo del hospital municipal. Su pareja, Hugo, ha tenido un accidente de moto y está siendo atendido en urgencias.

El mundo a mi alrededor se detiene de golpe. Siento cómo el teléfono casi se me cae de las manos mientras el pánico comienza a instalarse en mi pecho.

—¿Está... está bien? —pregunto, con la voz temblorosa.

—Está siendo atendido ahora mismo. Le recomiendo que venga al hospital lo antes posible.

Cuelgo el teléfono, tratando de procesar la información. Mis amigas notan de inmediato el cambio en mi expresión.

—Helena, ¿qué ha pasado? —pregunta Marga, preocupada.

—Es Hugo... ha tenido un accidente de moto. Está en el hospital —digo, mi voz apenas un susurro.

Intercambian miradas de preocupación antes de actuar rápidamente.

—Vamos, te llevaremos al hospital —dice Alma, tomando mi bolso y pasándome el abrigo.

—No te preocupes por nada aquí, nosotras nos encargamos —añade Marga, mientras me guía hacia la puerta.

Nos subimos al coche y Alma conduce rápidamente hacia el hospital. Trato de mantener la calma, pero mi mente está llena de imágenes terribles y pensamientos de preocupación por

Hugo. Cada segundo parece una eternidad.

Finalmente, llegamos al hospital. Corro hacia la recepción, donde una enfermera me dirige a la sala de urgencias. Me encuentro con un médico que me informa de la situación.

—Su pareja ha tenido un accidente serio, pero hemos conseguido estabilizarlo. Hemos realizado algunos exámenes y estamos esperando resultados adicionales. Puede pasar a verlo, pero está sedado por el momento.

Sigo al médico hasta la sala donde Hugo está acostado en una camilla, con varios tubos y monitores a su alrededor. Mi corazón se rompe al verlo así, tan vulnerable.

—Hugo... —susurro, tomando su mano con cuidado y me echo a llorar.

Mientras estoy sentada junto a la cama de Hugo en el hospital, mis pensamientos vuelven a esa misma mañana. Recuerdo cómo estábamos juntos en la cocina, compartiendo un desayuno tranquilo antes de que él se fuera a trabajar. Me acuerdo de su sonrisa y de cómo bromeamos sobre las tareas del día.

"Qué felices éramos esta mañana," pienso mientras acaricio suavemente su mano. *"Podría haber sido la última vez..."*

Marga y Alma me acompañan, ofreciendo su apoyo silencioso. Siento una mezcla de alivio por saber que está en buenas manos y un miedo profundo por lo que pueda venir.

Pasamos el resto del día en el hospital, esperando noticias y tratando de mantenernos fuertes. Los médicos finalmente nos aseguran que, aunque las lesiones son serias, Hugo se recuperará con el tiempo.

Esa noche, mientras regreso a casa, me doy cuenta de lo frágil que es la vida y lo importante que es valorar cada momento. A pesar de todo, tengo esperanza de que, con el tiempo y el apoyo de nuestras familias y amigos, Hugo y yo superaremos esto juntos.

La realidad de lo frágil que es la vida me golpea con fuerza. La idea de perderlo me llena de un miedo profundo que nunca antes había experimentado. Trato de consolarme recordando cada detalle de esa mañana, como si aferrarme a esos recuerdos pudiera mantenerlo seguro.

—Recuerda cómo se quejó del café frío —digo en voz baja, como si Hugo pudiera escucharme. Las lágrimas empiezan a rodar por mis mejillas.

Marga y Alma, que están conmigo, me ofrecen su apoyo silencioso. Siento sus manos en mis hombros, transmitiéndome fuerza.

—Todo va a estar bien, Helena —me dice Marga suavemente—. Hugo es fuerte, saldrá adelante.

Asiento, aunque la angustia todavía me ahoga. Me obligo a respirar profundamente, a mantenerme firme. No puedo permitirme derrumbarme ahora, no cuando Hugo me necesita.

—Sí, lo sé —respondo, más para convencerme a mí misma que a ellas—. Saldrá de esta, y cuando lo haga, vamos a valorar cada momento aún más.

Pasamos la noche en el hospital, cada segundo parece una eternidad. Finalmente, los médicos nos aseguran que Hugo está estable y que sus lesiones, aunque serias, no ponen en peligro su vida.

Esa noche, cuando regreso a casa sola, me siento abrumada por una mezcla de alivio y tristeza. La casa se siente vacía sin él, y el silencio es ensordecedor. Me doy cuenta de cuánto dependo de su presencia, de su amor y de su risa.

Me acuesto en nuestra cama, abrazando una de sus camisetas para sentirme cerca de él. Los eventos del día me han recordado lo preciosa que es la vida y cómo cada momento juntos es

un regalo que no debemos dar por sentado.

Cierro los ojos, decidida a ser fuerte por los dos, y me quedo dormida con la esperanza de que la mañana nos traiga un paso más cerca de su recuperación.

A la mañana siguiente, las niñas se levantan llenas de energía y curiosidad. Sus ojos brillan con la expectativa de ver a su padre antes de ir a la escuela.

—¿Dónde está papi? —pregunta Gisela, frotándose los ojos mientras se acerca a la cocina.

Tomo una profunda respiración, tratando de mantener una sonrisa tranquila en mi rostro. No quiero preocuparlas con la verdad.

—Papá tuvo que quedarse trabajando anoche, cariño —respondo, esforzándome por sonar natural—. Tuvo un turno de última hora y no pudo volver a casa.

—¿Pero estará aquí esta tarde? —insiste Emma, mirando fijamente mi cara en busca de alguna señal.

Asiento, tratando de mantener mi voz serena y calmada.

—Espero que sí, cariño. Vamos a esperar a ver cómo le va en el trabajo, ¿de acuerdo?

Las niñas parecen aceptar mi explicación, aunque veo la duda en sus ojos. Les sirvo el desayuno, tratando de mantener la rutina normal para tranquilizarlas.

—¿Podemos llamarlo? —pregunta Gisela de repente.

—Papá está muy ocupado ahora mismo, pero tan pronto como pueda, estoy segura de que nos llamará —digo, abrazándola—. Ahora, terminad de desayunar para que no lleguemos tarde a la escuela.

Las veo comer, mi corazón se aprieta pensando en Hugo en el hospital. No es fácil ocultarles la verdad, pero sé que es lo mejor por ahora. No quiero que se preocupen o sientan miedo.

Después de dejarlas en la escuela, me dirijo de nuevo al hospital. Camino por los pasillos con una mezcla de ansiedad y esperanza. Cuando entro en la habitación de Hugo, veo que está despierto y aunque todavía se ve débil, hay una chispa de reconocimiento en sus ojos.

—Hola, cariño mío —digo, acercándome a su cama y tomando su mano—. Las niñas creen que estás en el trabajo.

Él intenta sonreír, aunque se nota que el dolor le afecta.

—Gracias por protegerlas, Helena —dice suavemente—. Lo siento por haberte preocupado.

—No pienses en eso ahora —le respondo, acariciando su cabello—. Solo concéntrate en ponerte bien. Las niñas y yo te necesitamos de vuelta en casa.

Paso el resto del día a su lado, hablando en voz baja, compartiendo pequeñas historias y asegurándome de que sepa cuánto lo amamos. Mientras tanto, sigo planificando cómo manejar la situación con las niñas hasta que Hugo esté lo suficientemente bien para volver a casa y explicarles la verdad. Hugo y yo estamos hablando en voz baja cuando de repente, alguien toca a la puerta de la habitación del hospital. Me levanto para abrir y veo a varios de sus compañeros de trabajo, junto con su jefe. Todos lucen preocupados, pero al verle consciente, sus rostros se suavizan un poco.

—¡Hugo! —exclama su compañero Carlos, entrando en la habitación—. Nos alegra verte despierto.

—Gracias por venir, chicos —responde esforzándose por sonreír.

Su jefe, el sargento García, se acerca con una expresión seria pero con un atisbo de

alivio.

—¿Cómo te sientes? —pregunta, posando una mano en su hombro.

—He estado mejor, pero sobreviviré —responde con un tono de humor, tratando de aliviar la tensión.

El capitán asiente y luego se vuelve hacia mí.

—Señora, queremos agradecerle por su paciencia y apoyo. Hugo es un gran agente, y estamos aquí para él y para su familia.

—Gracias, sargento. Aprecio mucho que estéis aquí —digo, conmovida por el gesto.

Uno de los compañeros de Hugo, Tomás, toma la palabra.

—Cuéntanos qué pasó. Sabemos que fue un accidente, pero no los detalles.

Él asiente y, con un suspiro, empieza a contar la historia.

—Estábamos en medio de un operativo, tratando de detener a un tipo que estaba causando problemas. Lo íbamos a multar, pero él decidió salir disparado en su coche, infringiendo todas las leyes de tránsito. No tuve otra opción que perseguirlo. La cosa se puso fea cuando perdió el control y se estrelló contra mi moto.

—Maldito idiota —murmura Carlos—. Siempre hay alguien que piensa que puede burlar la ley sin consecuencias.

—Afortunadamente, estás vivo para contarlo —agrega Tomás—. ¿Necesitas algo, Hugo? ¿Alguna cosa que podamos hacer por ti o por tu familia?

Hugo niega con la cabeza.

—No, solo asegúrense de que el tipo reciba lo que merece. Y gracias a todos por venir. Realmente significa mucho para mí.

Mientras sus compañeros charlan con él y le ofrecen su apoyo, me siento un poco más tranquila al ver cuánto aprecian y respetan a Hugo. Saber que no estamos solos en esto es un gran alivio. Después de un rato, sus compañeros se despiden, deseándole una pronta recuperación. El capitán García se queda unos momentos más, asegurándome que están aquí para cualquier cosa que necesitemos.

—Si hay algo que podamos hacer, no dudéis en llamarnos —dice, mirándonos a los dos —. Y, tómate el tiempo que necesites para recuperarte. Te queremos de vuelta, pero en perfectas condiciones.

—Gracias, sargento —responde Hugo, visiblemente agotado pero agradecido.

Cuando finalmente quedamos solos nuevamente, me acerco a Hugo y tomo su mano.

—Tienes un gran equipo, amor. No estás solo en esto.

—Lo sé, y eso marca la diferencia —responde, apretando suavemente mi mano.

Pasamos el resto del día en silencio, simplemente disfrutando de estar juntos. La visita de sus compañeros ha levantado su ánimo, y estoy decidida a hacer todo lo posible para que su recuperación sea lo más rápida y cómoda posible.

Después de que los compañeros de mi chico se van, el ambiente en la habitación del hospital se siente un poco más ligero. Hugo, aunque todavía dolorido y cansado, parece más tranquilo. Nos quedamos en silencio por un momento, simplemente encariñados.

Al día siguiente, las niñas tienen muchas preguntas sobre donde estaba su padre. Les había dicho la noche anterior que Hugo tenía que trabajar hasta tarde, pero sabía que no podría mantener esa mentira por mucho tiempo. Decido ser honesta, pero suave.

—Vuestro padre ha tenido un pequeño accidente con su moto y está en el hospital, pero está bien —les digo mientras desayunamos—. Vamos a ir a verlo más tarde.

Las niñas me miran con preocupación, pero asienten. Trato de mantener el ánimo en alto, sabiendo que necesitan sentirse seguras. Más tarde, en el hospital, las niñas entran tímidamente en la habitación de Hugo. Al verlo, se les ilumina la cara y corren hacia él, abrazándolo con cuidado.

—¡Papá! —gritan al unísono, y Hugo sonríe, aunque su expresión revela su dolor.

—Hola, mis princesas —dice, abrazándolas de vuelta—. Estoy bien, solo un poco magullado.

Después de un rato, las niñas se acomodan en la habitación, charlando animadamente con su padre. Aprovecho el momento para hablar con el médico fuera de la habitación.

—¿Cuánto tiempo necesitará para recuperarse completamente? —pregunto, preocupada.

—Ha tenido suerte de no sufrir lesiones más graves —responde—. Con descanso y terapia física, debería estar bien en unas pocas semanas. Solo asegúrese de que no se esfuerce demasiado.

Asiento, agradecida por las noticias. Regreso a la habitación con una sonrisa, tratando de mantener el ánimo positivo para todos.

A medida que pasan los días, Hugo mejora lentamente. La familia y los amigos nos visitan, brindándonos apoyo y asegurándose de que no nos falte nada. Incluso Laura, la vecina, se ofrece a ayudarnos con las niñas y a llevarlas a la escuela, pero hay algo en ella que me hace desconfiar y me niego.

***

Un día, mientras Hugo está descansando en casa, decido llevar a las niñas a la peluquería canina. Marga y Alma han estado manejando todo admirablemente en mi ausencia, pero necesito ver cómo están las cosas.

—¡Helena! —exclama Marga cuando entro—. ¿Cómo está Hugo?

—Mejorando cada día —respondo, sonriendo—. Gracias por mantener todo en orden aquí.

—No hay problema —dice Alma, acercándose—. Pero te hemos extrañado ¿Cómo estás tú?

—Un poco abrumada, pero manejándolo —admito—. Gracias por todo.

Pasamos el día poniéndonos al día y asegurándonos de que la peluquería siga funcionando sin problemas. Afortunadamente, las cosas han estado tranquilas, aunque siempre hay alguna que otra situación cómica o desafiante.

Un par de días después, decido llevar a Hugo a la peluquería para un cambio de escenario. A pesar de su reticencia inicial, acepta acompañarnos.

Cuando llegamos, Marga y Alma nos reciben con entusiasmo.

—¡Hugo! —exclama Marga—. ¡Qué bueno verte fuera del hospital!

—Gracias, chicas —responde Hugo, sonriendo—. Es bueno estar fuera.

Mientras Hugo se sienta en la sala de espera, Alma y yo trabajamos en un par de clientes peludos. De repente, Alma se resbala en el piso mojado y cae de culo, provocando una serie de risas.

—¡Ay, Dios! —exclama entre risas—. ¡Necesitamos una señal de 'piso mojado'!

Todos nos reímos, incluido a Hugo, y por un momento, todo se siente normal y lleno de alegría.

A medida que la tarde avanza, la peluquería sigue llenándose de risas y conversaciones animadas. Marga se une a nosotras y comenzamos a compartir historias divertidas de nuestros clientes y sus travesuras caninas. El ambiente es tan relajado y alegre que, por un momento, todos los problemas parecen lejanos.

Después de un rato, Hugo se despide y se dirige a casa, aún recuperándose, pero claramente disfrutando del cambio de escenario. Nos da un beso rápido y se va, prometiendo descansar.

Finalmente, al terminar la jornada, me siento agradecida por el apoyo de mis amigas y la mejora de Hugo. La vida sigue adelante, con sus altibajos, pero enfrentamos todo con optimismo y humor, sabiendo que juntos podemos superar cualquier desafío.

En la tranquilidad de la noche, mientras miro a mis niñas dormir y escucho la respiración pausada de Hugo, me doy cuenta de lo afortunada que soy. A pesar de las dificultades, estamos unidos y eso es lo que realmente importa.

***

Al regresar a casa después de un largo día de trabajo en la peluquería canina, me encuentro con Hugo en el salón. Él está sentado en el sofá, con una expresión pensativa en el rostro.

—Hola, cariño. —le digo, mientras dejo mi bolso en la mesa de la entrada.

Hugo levanta la mirada hacia mí y sonríe levemente.

—Ha sido un día ocupado, pero estoy bien. Acabo de terminar mis ejercicios de terapia para recuperarme del accidente —responde, mientras se levanta del sofá y se acerca a mí.

Me abraza con ternura, y siento el calor reconfortante de su cuerpo contra el mío.

—Me alegra escuchar eso. ¿Quieres contarme cómo ha ido tu día? —pregunto, acariciando su espalda con suavidad.

Hugo suspira y se aparta ligeramente, su mirada ahora más seria.

—Hay algo que necesito contarte, Helena. Mientras hacía mis ejercicios en el jardín, vi a Laura, nuestra vecina, con otro hombre que no era David —dice, con voz cargada de preocupación.

Mis ojos se abren de par en par ante esta revelación inesperada. ¿Laura, la vecina amable y simpática, besándose con otro hombre? La idea parece surrealista y me resulta difícil de creer.

—¿Estás seguro de lo que viste, Hugo? —pregunto, sintiendo un nudo en el estómago.

Hugo asiente con solemnidad, sus ojos encontrando los míos con seriedad.

—Sí, lo vi claramente. Estaban en el jardín, tomando el sol en bañador, y no dejaban de besarse. No quería decirte nada, pero pensé que deberías saberlo —explica, su expresión reflejando la angustia que siente al compartir esta noticia conmigo.

Al escuchar la historia de Hugo, me siento incómoda. La vida privada de nuestros vecinos no nos interesa, y prefiero mantenerme al margen de cualquier drama. No quiero que nuestras vidas se compliquen por cosas que no nos conciernen.

—Hugo, creo que lo mejor es no meternos en la relación de Laura y David —le digo mientras nos sentamos en el jardín—. Su vida privada no nos interesa.

Hugo asiente, visiblemente aliviado de que estemos en la misma página.

—Tienes razón. No es asunto nuestro. Es mejor que no nos juntemos mucho con ellos para evitar problemas.

Pasamos el resto de la tarde disfrutando del aire fresco, hablando de cosas más agradables y concentrándonos en nuestra propia vida. Decidimos que lo más sensato es centrarnos en nuestras propias vidas, dejando que cada quien maneje sus propios asuntos.

Los días pasan y Hugo sigue con su rutina de rehabilitación en el jardín. Cada mañana, después de un desayuno ligero, lo veo salir con sus pesas y bandas elásticas, decidido a recuperar la fuerza y movilidad en su pierna. Aunque todavía cojea un poco, su determinación es admirable.

—¿Cómo te sientes hoy? —le pregunto una mañana mientras lo observo desde la cocina.

—Mejor, cada día un poco más fuerte —responde con una sonrisa.

Hoy es uno de esos días importantes: tenemos cita con el doctor para revisar su progreso. Nos dirigimos a la consulta del médico, con una mezcla de nervios y esperanza. La sala de espera está tranquila, y pronto nos llaman para entrar.

—Buenos días—nos saluda el doctor al entrar en la consulta—. Vamos a ver cómo ha ido ese proceso de recuperación.

Hugo se sienta en la camilla y el doctor comienza a examinar su pierna, palpando suavemente y pidiéndole que realice algunos movimientos.

—¿Has sentido algún dolor intenso o molestia durante los ejercicios? —pregunta el doctor mientras anota algo en su libreta.

—No, solo un poco de rigidez por las mañanas, pero desaparece después de los estiramientos —responde Hugo.

—Eso es normal —asiente el doctor—. La rigidez matutina es común, pero parece que estás progresando muy bien. Vamos a ver esas radiografías.

El doctor coloca las radiografías en el negatoscopio y las examina detenidamente.

—Todo se ve muy bien —dice finalmente, girándose hacia nosotros con una sonrisa—. Hugo, estás haciendo un gran trabajo. La recuperación va muy bien. Sigue con los ejercicios y no te sobreesfuerces. En unas semanas, deberías notar una mejora significativa.

—Gracias, doctor —responde Hugo, visiblemente aliviado—. ¿Hay algo más que deba tener en cuenta?

—Solo asegúrate de no forzar demasiado la pierna. Escucha a tu cuerpo y descansa cuando lo necesites. Si sientes algún dolor intenso o inusual, no dudes en venir a verme.

Salimos del consultorio con una sensación de alivio y optimismo. La recuperación de Hugo está yendo mejor de lo esperado, y eso nos llena de esperanza.

De vuelta a casa, nos sentamos en el jardín a disfrutar de una tarde tranquila. Las niñas corren a nuestro alrededor, riendo y jugando, mientras Hugo y yo hablamos sobre el futuro y nuestros planes.

—Parece que todo está encajando en su lugar, ¿verdad? —comento, tomando su mano.

—Sí, hemos pasado por mucho, pero vamos a salir adelante, juntos —responde Hugo, apretando mi mano suavemente.

-Todo esto que ha ocurrido me ha hecho pensar más en nosotros.

-A mi también.

-Y…

Entonces, Hugo y yo vemos algo inesperado. Al principio, no le prestamos mucha

atención, pero pronto se vuelve imposible de ignorar. Laura está en su jardín con un hombre que no es David. Recuerdo lo que Hugo me había contado y observo la escena con curiosidad.

Para mi sorpresa, poco después, David sale al jardín y se une a ellos. Lo que sucede a continuación nos deja boquiabiertos: los tres comienzan a besarse. Me siento incómoda y no puedo evitar mirar a Hugo, buscando una reacción.

—¿Estás viendo lo mismo que yo? —susurro, sin apartar la vista de lo que está ocurriendo al otro lado de la valla.

—Sí... —responde Hugo, su voz cargada de asombro—. Esto es... inesperado.

Nos miramos, sin saber muy bien cómo reaccionar. La escena frente a nosotros se vuelve cada vez más íntima, y siento que estamos invadiendo su privacidad, aunque no intencionalmente. Me pongo de pie, intentando actuar como si nada hubiera pasado.

—Deberíamos... —comienzo a decir, sin saber exactamente cómo terminar la frase.

—Sí, vamos a entrar —dice Hugo, entendiendo perfectamente lo que quiero decir.

Nos movemos con rapidez, tratando de evitar hacer ruido y llamar su atención. Entramos en la casa y cierro la puerta detrás de nosotros. Nos miramos con una mezcla de sorpresa y confusión.

—Bueno, eso ha sido... —comento, tratando de romper la tensión con una sonrisa incómoda.

—Definitivamente no esperaba ver eso hoy —responde Hugo, sacudiendo la cabeza.

Nos reímos nerviosamente, tratando de sacudirnos la incomodidad de lo que acabamos de presenciar.

—Supongo que la vida privada de los vecinos realmente no nos incumbe —digo, repitiendo lo que habíamos acordado anteriormente.

—Exacto —asiente Hugo—. Lo mejor es que no nos metamos en sus asuntos.

Cuando finalmente estamos dentro y la puerta está cerrada, la extraña escena del jardín de Laura sigue rondando en mi mente. No puedo evitar pensar en las niñas.

—Cariño, me preocupa que las niñas vean algo así —le digo, tratando de mantener mi voz calmada, aunque estoy inquieta.

—Sí, tienes razón —responde frunciendo el ceño—. No es algo que quisiera que vieran.

Nos quedamos en silencio por un momento, cada uno perdido en sus propios pensamientos sobre cómo manejar esta situación. Me siento un poco atrapada entre no querer entrometerme en la vida de los vecinos y proteger a nuestras hijas de ver algo inapropiado.

—Podríamos hablar con ellas sobre no espiar a los vecinos, sin entrar en detalles —sugiero, buscando una solución.

—Buena idea. Y también podríamos intentar mantenerlas ocupadas en el jardín delantero en lugar del trasero cuando los amigos de Laura y David estén en su casa —dice Hugo, intentando no sonar demasiado preocupado.

—Sí, eso podría funcionar. No quiero que se sientan incómodas—añado.

Hugo asiente y me abraza, un gesto reconfortante que me ayuda a relajarme un poco.

—Nos aseguraremos de que estén bien. Y si llega a ser necesario, quizás podamos tener una conversación amigable con Laura —dice, aunque ambos sabemos que preferimos evitar confrontaciones si es posible.

—Sí, esperemos que no llegue a tanto —respondo, suspirando.

Nos quedamos un rato más en la cocina, hablando sobre cómo manejar la situación y asegurarnos de que las niñas no vean nada inapropiado.

A medida que la tarde avanza, tratamos de seguir con nuestra rutina habitual, aunque la preocupación sigue presente en nuestras mentes. Decidimos llevar a las niñas al parque para distraerlas y alejarlas de cualquier posible situación incómoda en casa.

—Chicas, ¿qué os parece si vamos al parque un rato? —sugiero con una sonrisa, tratando de sonar entusiasta.

—¡Sí! —responden al unísono, emocionadas por la idea.

Mientras preparamos algunas cosas para llevar, Hugo y yo intercambiamos una mirada de complicidad.

En el parque, las niñas corren y juegan con otros niños, disfrutando del aire libre. Hugo y yo nos sentamos en un banco, observándolas y conversando sobre los próximos pasos en su rehabilitación y cómo organizar nuestras vidas ahora que él está mejorando.

—¿Cómo te sientes con los ejercicios de hoy? —le pregunto, preocupada por su recuperación.

—Me siento bien, un poco cansado, pero es normal —responde Hugo, estirándose un poco—. El doctor dijo que estoy progresando bien, así que eso es alentador.

—Sí, me alegre al oír eso. Pronto estarás completamente recuperado —le digo con una sonrisa.

—Eso espero. No puedo esperar para volver a nuestra rutina normal —responde, tomando mi mano.

Nos quedamos en silencio por un momento, disfrutando de la tranquilidad del parque y el sonido de las risas de las niñas. Pero no puedo evitar que mi mente vuelva a lo que vimos en el jardín.

—Hugo, creo que deberíamos establecer algunas reglas claras para las niñas sobre el uso del jardín trasero —digo.

—Sí, estoy de acuerdo. Hablaremos con ellas cuando volvamos a casa.

—Me parece bien.

—Quería decirte algo más.

—¿Qué pasa? —pregunto, notando la intensidad en sus ojos.

—Desde el accidente, he tenido mucho tiempo para pensar. Ese día... —hace una pausa, su voz temblando un poco—, ese día me di cuenta de lo frágil que puede ser la vida. Me di cuenta de lo cerca que estuve de perderlo todo. Y lo que más me dolió fue pensar que podría haberte dejado sola con las niñas.

Siento un nudo en la garganta al recordar el miedo que sentí cuando me llamaron desde el hospital. Aprieto sus manos, tratando de transmitirle mi apoyo.

—Yo también tuve miedo, pero estamos aquí ahora. Eso es lo que importa.

—Sí, estamos aquí gracias a la vida. Y quiero que sepas cuánto te amo. Tú y nuestras hijas sois todo para mí. Te he visto enfrentar cada obstáculo con fuerza, y me haces querer ser un mejor hombre.

Me mira a los ojos, y veo la sinceridad y el amor reflejados en ellos. Siento que mi corazón late más rápido.

—Hugo...

—Quiero hacerte feliz. Quiero que nuestras hijas crezcan viendo el amor que nos tenemos. Y... hay algo más. —Toma aire profundamente antes de continuar—. Quiero tener otro hijo contigo. Quiero que nuestra familia crezca, porque no puedo imaginar mi vida sin ti y las niñas.

Mi corazón se acelera y mis ojos se llenan de lágrimas. La idea de otro hijo siempre me había parecido increíble y ahora con todo lo que ha pasado…

—Hugo, yo... —las palabras se me atascan en la garganta, y él aprieta mis manos con más fuerza-. Sería maravilloso.

—No quiero presionarte, Helena. Sólo quiero que sepas lo que siento, sin prisas. Pero quería que supieras que te amo más de lo que jamás podría expresar, y que estoy dispuesto a todo por ti y nuestra familia.

Las lágrimas caen por mis mejillas, y me lanzo a sus brazos, abrazándolo con todas mis fuerzas.

—Yo también te amo.

Nos abrazamos durante un largo rato. Finalmente, me separo un poco y le doy un beso suave.

—Gracias por abrir tu corazón. Vamos a ser felices, pase lo que pase, juntos.

Sonríe y me besa nuevamente, sellando nuestro compromiso de amor y familia. En ese momento, sé que no importa lo que el futuro nos depare, siempre lo enfrentaremos juntos, con amor y fuerza.

A medida que la tarde avanza y el sol comienza a ponerse, recogemos nuestras cosas y nos preparamos para regresar a casa. Las niñas, cansadas pero felices, se agarran de nuestras manos mientras caminamos.

—¿Os habéis divertido hoy? —pregunta Hugo, sonriendo.

—¡Sí! —exclaman las niñas—. ¿Podemos volver mañana?

—Claro, si os portáis bien volveremos—respondo, guiñándoles un ojo.

De vuelta en casa, mientras las niñas juegan en la bañera mientras se duchan, Hugo y yo nos sentamos en la cocina para hablar sobre cómo abordar la situación con los vecinos.

—Creo que deberíamos hacer la conversación breve y directa, sin alarmarlas demasiado o crearemos interés—digo, sirviéndonos un poco de refresco.

—Sí, algo sencillo como *"No espiar a los vecinos, tenéis que respetar su privacidad"* —responde, asintiendo.

—Exacto. Y tal vez podríamos enfocarnos en pasar más tiempo en el jardín delantero o salir a jugar al parque más a menudo —añado.

Después de cenar, reunimos a las niñas en la sala de estar para tener una charla breve y amistosa.

—Chicas, hay algo de lo que queremos hablaros —comienza Hugo, adoptando un tono suave pero serio—. Es importante que respetemos la privacidad de nuestros vecinos. Eso significa que no deberíamos espiar lo que hacen en sus jardines o en sus casas.

—¿Por qué? —pregunta Gisela, curiosa.

—Porque es importante ser respetuosos y darles su espacio, igual que a nosotros nos gusta tener nuestro espacio privado —explico—. Así que, a partir de ahora, queremos que juguéis en el jardín delantero e iremos al parque si queréis correr y jugar con otros niños, ¿de acuerdo?

Las niñas asienten, aunque parece que no entienden completamente la razón detrás de la nueva regla. No quiero asustarlas ni preocuparlas, solo quiero asegurarme de que no vean nada inapropiado.

—Muy bien, eso es todo. Ahora, ¿queréis ver dibujos antes de dormir? —sugiere Hugo,

cambiando el tema para algo más ligero.

—¡Sí! —responden las niñas emocionadas, corriendo a encender la tele.

Más tarde, cuando ambas están dormidas y la casa está tranquila, Hugo y yo nos sentamos juntos en el sofá, disfrutando del silencio.

—Creo que todo ha salido bien —digo, recostándome en su hombro.

—Sí, esperemos que esto sea suficiente para evitar problemas —responde Hugo, acariciando mi cabello.

Nos quedamos allí, abrazados, intentando dejar de lado las preocupaciones del día.

Pero de pronto nos levantamos, perplejos, y nos miramos con incredulidad.

—¿Qué demonios es eso? —murmura, frunciendo el ceño.

—Parece que viene del jardín de Laura y David —respondo en voz baja, intentando no despertar a las niñas.

Nos acercamos a la ventana, sintiéndonos un poco incómodos. Los gemidos y gritos de placer son inconfundibles. Intercambiamos una mirada de asombro y consternación.

—Esto es ridículo —susurro—. No pueden ser tan ruidosos.

Hugo asiente, apretando los labios en una línea tensa.

—Voy a cerrar la ventana. No necesitamos escuchar esto —dice, acercándose y bajando las persianas rápidamente.

Nos alejamos de la ventana, tratando de bloquear los sonidos con la televisión. Ponemos una película, esperando que el ruido se disipe, pero los gemidos siguen resonando a través de las paredes.

—Esto es increíble. No puedo creer que tengamos que lidiar con esto ahora —digo, cruzando los brazos sobre el pecho.

—Intentemos concentrarnos en la película. Tal vez se calmen pronto —sugiere, aunque su expresión revela su molestia.

Nos sentamos en el sofá, intentando ignorar el ruido. Sin embargo, los gemidos son persistentes, y es difícil concentrarse en cualquier cosa.

—¿Y si mañana hablamos con ellos? —propone Hugo—. No podemos permitir que esto se convierta en un problema recurrente.

—Sí, pero con tacto. No quiero crear más problemas de los que ya tenemos —respondo, suspirando.

Finalmente, después de un rato, los sonidos disminuyen y la casa de los vecinos vuelve a la calma. Hugo y yo nos relajamos un poco, pero la incomodidad persiste.

—Voy a ponerme los auriculares. Necesito un poco de música para calmarme —digo, levantándome del sofá.

—Buena idea. Tal vez deberíamos pensar en cómo plantearles esto mañana —responde, frotándose las sienes.

Con los auriculares puestos, intento dejar atrás los eventos de la noche. Sabemos que debemos encontrar una solución, pero por ahora, lo único que podemos hacer es esperar a que pase la noche en relativa calma.

Nos quedamos en silencio, cada uno inmerso en sus propios pensamientos, esperando que la mañana traiga consigo una mejor resolución para esta situación incómoda.

***

Al día siguiente, Hugo y yo nos armamos de valor y nos dirigimos a la casa de Laura y David. Tocamos a la puerta y, después de unos segundos, Laura nos recibe con una gran sonrisa.

—¡Hola, vecinos! ¿Cómo estáis esta mañana? —dice con entusiasmo.

Intercambiamos miradas nerviosas antes de responder.

—Hola, Laura —empiezo yo, tratando de sonar lo más amable posible—. ¿Podemos hablar contigo un momento? Hay algo que necesitamos discutir.

—Por supuesto, pasad —responde haciéndose a un lado para que entremos.

Nos lleva al salón y nos ofrece asiento. David aparece poco después, uniéndose a nosotros con una expresión curiosa.

—¿De qué se trata? —pregunta sentándose junto a Laura.

Hugo y yo nos miramos antes de que él tome la iniciativa.

—Bueno, no es fácil de decir, pero creemos que es necesario —dice Hugo, con tono serio—. Anoche, escuchamos… algunos ruidos provenientes de su casa. Y, bueno, vimos algunas cosas en el jardín que… que podrían ser inapropiadas si nuestras hijas las vieran.

Laura frunce el ceño, claramente sorprendida, pero no parece ofendida.

—Oh, lo siento mucho. No teníamos idea de que fuéramos tan ruidosos —dice Laura, mirando a David—. Intentaremos ser más discretos en el futuro.

David asiente, pareciendo un poco avergonzado.

—No queríamos causar molestias. Lo último que queremos es incomodar a nuestros vecinos, especialmente a los niños —añade.

—Gracias por entenderlo —respondo, aliviada por su reacción comprensiva—. No queríamos parecer entrometidos, pero sí nos preocupa el bienestar de nuestras hijas.

—Claro, claro. Lo entendemos perfectamente —dice Laura, asintiendo con seriedad—. Agradecemos que hayáis venido a hablarnos directamente. Prometemos tener más cuidado.

Nos levantamos para irnos, sintiéndonos mucho mejor después de la conversación.

—Gracias por ser tan comprensivos —dice Hugo, estrechando la mano de David.

—No hay problema. Gracias por ser honestos con nosotros —responde David, devolviendo el apretón de manos.

—Si alguna vez queréis estar en una de nuestras fiestas privadas… estáis más que invitados. —dice guiñando un ojo.

Perplejos, salimos de la casa de Laura y David, sintiéndonos aliviados por cómo se desarrolló la conversación. Mientras caminamos de regreso a nuestra casa, Hugo me toma de la mano.

—Ha salido mejor de lo que esperaba —dice, sonriendo.

—Sí, estoy contenta de que lo hayan tomado tan bien. Esperemos que todo se calme por ahora —respondo, devolviéndole la sonrisa.

Con la situación aclarada, esperamos que nuestras noches sean más tranquilas y que podamos concentrarnos en disfrutar de nuestra nueva vida en el vecindario.

10

Meses después…

Las niñas se han adaptado muy bien al colegio, han conseguido hacer muchos amigos y están disfrutando de rítmica y patinaje. Hugo se está recuperando completamente del accidente de moto y ha vuelto al trabajo. Mi peluquería canina "Peludos y Felices" esta prosperando, atrayendo a muchos clientes.

Nuestra relación con los vecinos, Laura y David, mejora notablemente. Aunque su estilo de vida es peculiar, continuamos siendo cordiales y respetuosos, y procuramos mantener una convivencia armoniosa. En conjunto, nuestra vida se ha estabilizado y florece, con amor y éxito en todos los aspectos.

La casa está llena de risas y el aroma acogedor de la cena navideña. Las luces del árbol parpadean con calidez, y las niñas corren alrededor de la sala, emocionadas por la llegada de Santa. Hugo está en la cocina, ultimando los detalles de la cena, mientras yo coloco los últimos adornos en la mesa.

—Helena, esto huele delicioso —dice mi amiga Marga, entrando con una botella de vino—. No puedo esperar a probarlo.

—Gracias, Marga. He estado preparando esto todo el día —respondo con una sonrisa, ajustando una vela.

Poco a poco, van llegando más amigos y familiares. Alma, con su inagotable energía, se encarga de organizar juegos para los niños, mientras mi suegra, siempre tan amable, me ayuda a servir los aperitivos.

—Esto se siente como un verdadero hogar —dice Alma, abrazándome—. Me alegra mucho estar aquí.

—Gracias, Alma. Tú y Marga han sido un gran apoyo para mí todos estos meses— respondo, sintiendo una oleada de gratitud.

Finalmente, todos se sientan a la mesa. Las niñas, ansiosas por abrir los regalos, se sientan a mi lado. Hugo levanta una copa, sonriendo ampliamente.

—Quiero agradeceros a todos por estar aquí hoy. Esta ha sido un año de muchos cambios, pero también de muchas bendiciones. Y hoy, tenemos una noticia muy especial que compartir con todos vosotros.

Miro a Hugo, que asiente suavemente. Me pongo de pie, sintiendo el corazón latiendo con fuerza.

—Quiero compartir con todos que... estoy embarazada —digo, con una sonrisa emocionada.

La habitación estalla en aplausos y felicitaciones. Las niñas me miran con los ojos muy abiertos, llenos de alegría.

—¡Vamos a tener un hermanito! —grita una de ellas, saltando de su asiento.

Hugo se levanta y me abraza, sus ojos llenos de amor y felicidad.

—Te amo, Helena. Esto es lo mejor que podría haber pasado —susurra en mi oído.

La noche continúa con risas, brindis y la alegría de estar rodeados de aquellos que amamos. Mientras me siento junto a Hugo y nuestras hijas, observando a nuestros amigos y familiares disfrutar de la velada, me doy cuenta de la suerte que tenemos. A pesar de los desafíos

que hemos vivido este año, hemos encontrado la felicidad en los pequeños momentos y en el amor que compartimos.

Después de la cena, nos reunimos alrededor del árbol para abrir los regalos. Las niñas, con los ojos brillantes de emoción, desgarran el papel de regalo con entusiasmo. Hugo y yo nos miramos, compartiendo una sonrisa cómplice. *Gala*, nuestra querida perra, se une a la celebración, moviendo la cola y ladrando alegremente.

Al final de la noche, cuando los invitados se despiden y la casa vuelve a estar en silencio, Hugo y yo nos quedamos un momento en la sala, abrazados.

—Este ha sido el mejor regalo de todos —dice Hugo, acariciando mi vientre.

—Sí, lo ha sido —respondo, apoyando mi cabeza en su hombro.

Mientras las luces del árbol de Navidad parpadean suavemente, sé que estamos listos para enfrentar cualquier cosa que venga. Con amor, apoyo y la fuerza de nuestra familia, no hay nada que no podamos superar.

Y así, con la promesa de un nuevo año lleno de amor y esperanza, nos dirigimos juntos hacia el futuro, sabiendo que lo mejor está aún por venir.

Continuará…

Si has disfrutado de la historia te agradecería una buena valoración. También te invito a explorar otros títulos de Iris Vermeil y seguirme en Instagram *iris.vermeil.libros* para más novedades. ¡Gracias por tu apoyo!